

EL AMANTE OCASIONAL



PILAR ALBA-MARÍA LEÓN

PILAR ALBA-MARÍA LEÓN

El Amante Ocasional

CAPÍTULO I

EVA

Esta vez he traspasado la delgada línea entre la emoción y el riesgo. Estoy en casa, en mi habitación, en mi cama, intentando dormir. Cuando me disponía a lograrlo, una idea repentina e inquietante, me hace abrir los ojos y una sensación de pánico pone mis músculos en tensión. Recorro la oscuridad con la mirada, como si quisiera descubrir algo y mis oídos se convierten en dos inmensos túneles, semejantes a los de las lechuzas cuando, ya de noche, se encuentran en peligro. Durante unos minutos casi ni respiro ni me muevo, no tengo articulaciones, sudo, estoy bloqueada.

Sí, en el dormitorio de al lado hay un hombre al que hace solo unas horas que conozco, no sé nada de él, solo me ha dicho que se llama Julio y he sido yo misma quien le ha metido en casa. Es cierto, antes de acostarme he mirado las noticias en Internet, como hago todas las noches. No solo las de España; también me gusta saber lo que pasa en Francia, país en el que viví algunos años. Echando una rápida ojeada, he visto que en Perpignan, hace una semana, habían asesinado a dos mujeres. El asesino andaba suelto y podría ser que hubiese huido hacia España. La descripción que hacían del posible criminal, era casi calcada al hombre que está a unos pocos pasos de mí. Moreno con ojos azules... No decían nada sobre la nacionalidad del asesino.

Haciendo un enorme esfuerzo, acudo a razonamientos tranquilizadores y, poco a poco, me voy calmando: pero... ¿qué me pasa? ¿Por qué esta paranoia? Es un hombre bastante normal, puede haber muchos parecidos a él... Ese pensamiento me tranquiliza y casi sonrío pensando en lo tonta que soy. No suelo tener miedo. He estado en situaciones difíciles sin asustarme. Todo está tranquilo, no tengo nada que temer. Las noches empiezan a ser frías y, aprovechando que hoy duermo sola, me he puesto un pijama de felpa, de esos que a mí me gustan tanto y que horrorizan a los hombres. Me doy cuenta de que está mojado por el sudor.

¿He cerrado con llave la puerta del dormitorio? Tendría que levantarme a mirar. No por nada... solo por precaución. Pero sigo en la cama, tapada hasta las cejas, aguzando el oído, como si me fuera la vida en ello.

C666

Soy una mujer casada, atractiva, delgada, rubia, con un hijo ya independizado. No estoy "desatendida" por mi marido ni me siento sola ni inútil ni tengo excusa alguna para hacer lo que hago. Simplemente me gusta.

Tengo una profesión liberal y mucho tiempo libre, el que yo quiero. Mi marido, arquitecto de renombre, viaja mucho y los dos sabemos que no estamos hechos para las normas. Así nadie engaña a nadie. No busco amor ni comprensión ni apoyo moral. Todo eso lo tengo. Busco el temblor, la piel de gallina cuando un cuerpo entra en contacto con otro cuerpo, el deslizarme por otra piel, las ganas de más. O de otra cosa.

Empecé a entrar en las páginas de ligues de Internet con una mezcla de curiosidad y de desafío (“a ver si te atreves”). Como un reto conmigo misma. Ocurrió ya hace tiempo, una noche que, con mi amiga Irene, fuimos a cenar y a tomar una copa. Le conté que los socios de algunas de esas páginas eran mayoritariamente casados o tenían pareja. La publicidad de una de ellas iba dirigida a mujeres con ganas de experimentar algo nuevo: “Reanuda la pasión, ten una aventura”.

Cuando llegué a casa, encendí el ordenador y, sin pensarlo más, entré en la que, a partir de ahora, sería para mí y para mi amiga, “la página”. Irene solo se animó a entrar meses más tarde. Al principio, me entretuve leyendo los perfiles. Los había de todas clases: altos, bajos, calvos, con pelo, universitarios, sin estudios, jóvenes, maduros... Pero lo que más me llamó la atención fue que todos aseguraran poseer un irrefrenable impulso sexual. Casi sin pensar, escribí mi perfil. Y di mi verdadero nombre:

“Me llamo Eva. Eva340a. Soy mujer casada, infiel por naturaleza y por convicción, atractiva, de mente abierta, independiente y progresista, crítica con las injusticias. Busco hombre atractivo de mente y de cuerpo. No soporto a los agobiantes, a los que cuentan chistes, a los que practican religiones ni a los que se enamoran.”

A los pocos minutos, recibí un aluvión de respuestas. Y, entre todas, C666.

¿Por qué me fijé en C666? ¿Fue porque el 666 es el número de la Bestia? ¿o fue por lo que me decía en su primer mensaje?:

De: Carlos
c666@hotmail.com
Fecha: 20 de junio de 2007 15:19:14 GMT+02:00
Para: Eva
eva340a@hotmail.com

“Lo poco que cuentas sobre ti, es la antítesis de lo que yo busco. Por eso debemos conocernos”.

Y nos conocimos. Se llamaba Carlos

Quedamos en un spa del que él era socio, a una hora en la que habría poca gente.

–Mi bañador será amarillo –le dije.
–Muy bien, yo te buscaré –me dijo.

Nos encontramos en una piscina pequeña de agua caliente. Estábamos solos.

Nunca mando fotos ni las pido. Me basta con lo que dicen de ellos mismos, aunque a veces no corresponde ni por asomo a la realidad. Para mí supone una decepción, pero, sobre todo, una sensación de haber sido engañada. Carlos me pareció atractivo, de acuerdo con su descripción.

Era alto y fuerte, casi gordo, sin llegar a serlo. Yo me quedé en un extremo de la piscina. Él en el otro. No se acercó a mí para nada. Hablamos poco y nos miramos mucho. Entre frase y frase, largos silencios. Tenía una mirada que no perdía detalle y una voz suave. No sonrió ni una sola vez.

Apenas había luz. La penumbra y el agua caliente me sumían en un estado placentero que mermaba mi voluntad de resistir cualquier intento por su parte. El ambiente era tranquilo, sin la tirantez que suele haber en los primeros encuentros. Allí se estaba bien y, a pesar de que en las miradas había atracción y provocación, yo no necesitaba acortar distancias y parecía que él tampoco. O quería hacérmelo desear...

Solamente, cuando después de un buen rato y ya casi con la piel arrugada por el agua decidimos salir, se acercó a la escalerilla, para darme la mano y ayudarme a subir. En ese momento, los cuerpos mojados y calientes se detuvieron unos segundos a escasos centímetros, con los ojos de uno clavados en los del otro. Pero no intentó nada. Yo tampoco.

Me fui de allí con una mezcla de curiosidad y ganas de volver a verle. Pensando que, para ser mi primer ligue por Internet, había tenido suerte. Al menos parecía alguien poco convencional y eso me gustaba. Quedamos la semana siguiente, en un apartamento en el centro de la ciudad.

Pasé esos días nerviosa, por un lado con ganas de probar lo desconocido –estaba segura, esta vez habría entre nosotros algo más que miradas–, pero también con la inquietud que supone el descubrimiento de alguien del que no sabes nada y al que vas a entregar la confianza suficiente para manejar tu cuerpo desnudo, para ser testigo o, mejor, desencadenante de tus deseos y satisfacciones. No le pregunté si estaba casado, si el apartamento era suyo o era prestado. No pregunté nada.

Abrió la puerta descalzo, con una bata de baño negra. Debajo iba desnudo. Nos miramos, sin movernos, uno a cada lado de la puerta y una suave excitación se instaló en mí. Nada más entrar, sentí un olor a pastelería fresca y a fruta madura. Me cogió de la mano y me llevó a un salón en el que había una mesa grande y redonda en el centro, con bandejas de pasteles, bombones, cruasanes, medias noches y toda clase de alimentos dulces que parecían recién hechos. También había frutas: melón, ciruelas, melocotones... Frutas de temporada y algunas más exóticas, como atemoyas o guayabas, que yo no conocía y que, según me explicó, venían de México. No había ni café, ni leche, ni té, ni alcohol. Solo zumos.

Me explicó que solo comía lo que se podía ver en la mesa. Ni carne, ni pescado ni verduras. Y estaba sano. Entre las bandejas había unos pañitos blancos bordados que daban la sensación de que los detalles estaban muy cuidados. El resto de la habitación, era un poco recargada para mi gusto, pero confortable y luminosa. Me ofreció de todo. No quise nada.

Me resulta difícil describir mis sensaciones. La inquietud de los primeros momentos desapareció y me sentí segura. Intrigada, porque no sabía qué iba a pasar a continuación y sorprendida por semejante recibimiento. Nos sentamos uno frente al otro, como en la piscina.

Él me miraba a los ojos de la misma forma, con algo del desafío del cazador, pero también como si quisiera aprenderse de memoria de arriba abajo. Y de abajo a arriba. Hablamos de dónde vendían los mejores dulces de la ciudad y de otras cosas sin interés.

Estaba sentada en un sillón cómodo y mullido, llevaba un ligero vestido de verano y unas sandalias de tacón alto. Casi sin pensarlo, tomé el poder. Puse la pierna sobre uno de los apoyabrazos y mi falda subió a la altura de la cintura. Completamente abierta y con el tanga incrustado entre los labios mayores, le encaré con la mirada. Él aceptó el reto.

Se levantó despacio, se acercó a mí, se abrió la bata, cogió su pene, lo aproximó a menos de un palmo de mi boca y, mirando a mi entrepierna, se empezó a acariciar despacio. Ninguna intención por su parte de tocarme o de besarme. Solo se ocupaba de él. Ninguna por mi parte de acercar mi boca a su extremidad más acuciante. Mi mano solo se movió para acariciarme a mí misma. Deslicé el dedo por mi sonrisa vertical. Los gemidos se iban haciendo cada vez más sonoros, hasta que el orgasmo me vino sin que yo lo buscara ni lo apremiara. Entonces, él paró el movimiento de su mano, se apartó un poco, cerró su bata con el sexo en ristre y volvió a sentarse en el sillón.

Estaba perpleja. Todo fue muy frío. No hubo nada cariñoso ni apasionado, pero había sido muy excitante. ¡Al menos para mí! Me pregunté por qué Carlos actuó de semejante forma, como un hombre objeto, sin ni siquiera tocarme, sin llegar a eyacular, manteniendo el sexo cerca de mis labios, sin pedirme nada, acariciándose solo para mostrarme su deseo. Me fui con una gran curiosidad. La suficiente para querer volver a verle.

En la segunda cita me recibió de la misma manera, con la bata negra, sin nada debajo, descalzo. Pero esta vez esbozó una sonrisa. Me cogió de la mano, me llevó a la sala de los dulces y me preguntó si quería alguno. Los había rellenos de crema, de chocolate y con distintas mermeladas de frutas. Cogí un pastel de textura suave. Me dijo que se llamaba “macaron”, hecho de almendra, huevo y azúcar. Lo saboreé, dejé que se deshiciera en mi boca y preparé mis sentidos para lo que, previsiblemente, vendría a continuación.

Carlos cogió un pañuelo negro, me vendó los ojos, me abrazó por detrás y me condujo despacio por un pasillo. Me dejé llevar. En el camino, conforme nos alejábamos del olor a pastelería fresca, iba sintiendo el suyo y su respiración tranquila en mi nuca.

En ese corto trayecto me ganó. Me ganó por su olor. Era un olor a macho recién duchado, sin aditamentos. Tal vez se notaba muy ligeramente el perfume del gel.

Me volví hacia él, me pegué a su cuerpo y le recorrí aspirando hasta el fondo. Cuando estuve saciada, continuamos el camino hasta que llegamos a lo que supuse una habitación. Yo, obediente, me dejaba hacer.

Me tumbó despacio sobre la cama, me subió la falda, me quitó las bragas regocijándose en la visión y saboreando el momento, me abrió las piernas y se apartó de mí. De no haber sido por

los leves ruidos, habría creído que se había marchado. Pero no, seguía allí, de pie, al lado de la cama. Escuché un ligero sonido, como de un batir de alas, cada vez más apremiante. Su respiración seguía el mismo ritmo y, poco a poco, se hacía más evidente a mis oídos. Perpleja una vez más, pero notando ya las humedades que aflojaban los músculos de mi vagina y los latidos de mi vulva, cual planta carnívora que espera paciente la presa, me quedé allí, quieta y expectante.

Pasaron dos o tres minutos y noté que se tumbaba en la cama. Sentí su presencia más cercana que nunca, casi formando parte de mi interior más tibio. Le di la bienvenida envolviendo su carne con la mía. Y allí se quedó un buen rato. Por mi parte, le ofrecí un homenaje de movimientos pélvicos de rotación, de traslación, hacia delante, hacia atrás, acompasados, rítmicos, sin estridencias, que él agradeció desbordándose, como pasaba antiguamente cuando se hervía la leche en las cocinas de leña.

El inicio de nuestras relaciones sexuales era el mismo en cada cita, con pequeñas variaciones. Carlos tenía que masturbarse antes para conseguir una erección. Eso a mí me excitaba, me gustaba mirarle mientras lo hacía y a él que yo le mirase. Una vez que lo conseguía, podía estar dentro de mí sin dar muestra de flojera hasta que le suplicaba un poco de descanso. Cuando salíamos de la cama, él me duchaba, me secaba y me vestía. Me cuidaba como a una niña.

Casi no hablábamos. Pasábamos el tiempo en la habitación, comunicándonos por el tacto y la vista. A veces traía algunos pasteles y envolvía partes de mi cuerpo, sobre todo los pechos y las nalgas, de cremas, mermeladas, chocolate y nata. A gusto del consumidor. Y allí desayunaba, comía o cenaba. Otras veces, intercambiábamos los papeles y era yo la que me daba el banquete.

Fui casi feliz durante unos meses. Me acostumbré a sus ritos, a sus cuidados, hasta que él empezó a necesitarme de una forma obsesiva. Como a los dulces. Me convertí en el centro de su vida. Lo dejaba todo por verme y, si alguna semana fallaba, en la siguiente cita lo encontraba apesadumbrado y quejoso. Me empezó a empalagar. Como los dulces. Cuanto más me reclamaba él, más me alejaba yo. Hasta que me alejé mucho. Me alejé del todo.

IRENE

Miro las estanterías llenas de vinos de la tienda *dedelicatessen*, ésta vez sé muy bien lo que quiero. Cojo dos botellas de viña Ardanza y me dirijo a la sección de ibéricos. Una cena sin cocinar que nunca falla, el jamón de bellota y selección de quesos. Aunque en esta ocasión el menú me tiene sin cuidado. Mero trámite.

Esta noche viene a cenar mi amante. Mi nuevo amante casi recién estrenado. Mi amante clandestino que le abro a hurtadillas las puertas de mi casa. El amante que me engatusa los oídos como el murmullo de la serpiente. El amante que me despierta los deseos más morbosos y excitantes.

Me llamo Irene. Tengo dos hijos, estoy divorciada y huyo del matrimonio pero no puedo evitar enamorarme. Sin embargo ahora es distinto. J., mi nuevo amante, es el placer puro de la carne, el gemido que inmola, la gula de los sentidos desmembrados.

Esta noche viene a cenar J., mi nuevo amante.

Sonrío recordándome a mí misma a lo largo de mi vida en este aprendizaje del sexo, del placer versátil, sublime, animal, centrado en los sentidos; como toda obra de arte. Acudo a mi escritorio y con llave abro el último cajón. Al fondo están todos mis cuadernos, hechos a mano, con mi estilográfica de tinta negra. Los escribo en secreto y los guardo. Ahí están las historias con mis amantes. Los que he conocido por “la página”. Tengo toda la tarde por delante. Cojo el primero, es de color naranja y como título pone Manuel47 ¡Carmelo! Me tumbo en el mismo sofá donde nos revolcamos más de una vez y comienzo a leer:

manuel47

Hay días en que me dedico “un completo”. Un completo para mí misma y conmigo misma. El mayor de los placeres. Me despierto indolente, todavía no ha salido el sol, pero, poco a poco, el cielo rojizo da paso a la luz y los colores se hacen más intensos. Todo un día por delante y sin ninguna obligación, sin ningún compromiso que atender. Aparecen dilatadas ante mí las veinticuatro horas de un día libre y un agradable entumecimiento se apodera de mi cuerpo. Cuando el sol alcanza la vertical y la música envuelve mis sentidos, incinero algo de cosa rica y el humo de la hierba benevolente se instala en todos mis huecos. No hay mejor pereza que tumbarse al sol, cuando el cuerpo se abandona al oro de los rayos, entre calada y calada. Cuando el horizonte es el cielo. Preparar un vermut con mucho hielo y sorberlo lentamente hace que, además de la piel que se va tostando, el cuerpo empiece a burbujear con todo tipo de fantasías. Es el momento de iniciar el ritual. Aderezos caseros, escotes ingeniosos, el tacón de aguja y espejos, muchos espejos.

A veces siento más placer masturbándome que follando con un hombre. Desde siempre, bueno desde que me lo insinuó mi marido. Acabábamos de casarnos, yo era demasiado joven y mis

experiencias sexuales habían sido escasas y torpes. Enamorada como estaba, creía que mi función sexual era complacer al hombre.

—¿Te has hecho alguna vez una paja? —quedé perpleja, recién casada y oír algo así de tu pareja.

Nunca lo había hecho de manera consciente, recuerdo el placer del sillín de la bicicleta siendo adolescente. Era un sillín de cuero muy duro, con una punta redondeada perfecta para un masaje en ese punto totalmente desconocido y, cuando aumentaba la velocidad y esa fricción se hacía intensa, empezaba a sentir un regusto inexpresable, íntimo, inconfesable. Seguía pedaleando hasta que el placer se mezclaba con un dolor punzante. Y aún continuaba un rato más. Me gustaba pero no hubiera sabido darle nombre. Recuerdo más de una noche, en el cobijo de las sábanas, deslizando mi mano entre las bragas y sintiendo un gozoso desasosiego, pero jamás hubiera dicho que me masturbaba, cosa exclusiva de hombres. Y nada bueno, no solo por ser pecado y esas leyendas represoras. Era algo malo en sí mismo. Pero, poco a poco, aprendí y no se lo dije a nadie.

El onanismo no está reñido con estar con alguien. Generalmente, he tenido buen sexo con un hombre cuando he conseguido los mejores orgasmos conmigo misma. Orgasmos en plural. Sexualmente tengo la capacidad suficiente para ser autónoma. Pero falta la seducción. La seducción, ese juego de los sentidos enlazados, solo puede ser compartida. La seducción te convierte en diosa. Es difícil renunciar a esta fuente de rejuvenecimiento, de alegría prolongada, de vida.

Me había ido alejando de mi marido. La rutina mata muchos deleites. La seguridad nunca me ha compensado de estas pérdidas y mi deseo —o mi necesidad—me llevó a poner punto final a la relación. Necesitaba seducir. Eva me hablaba de la Red y sus páginas, que tan bien conocía y tanto disfrutaba. Entré en ellas con el ánimo curioso y dispuesto a experimentar. Pronto aprendí el sistema de selección. El primer filtro se hacía con los datos del perfil, muy detallado, y que limité a edad, altura y nivel de estudios. El segundo filtro venía con la escritura, bien redactado con algo de contenido y alguna frase especialmente delatora. Las conversaciones por el Messenger eran fáciles de superar; luego el intercambio de fotos y, si todo iba bien por ambas partes, llegaba el momento de concertar la cita.

Mi primer amante fue Carmelo. Amante ocasional, de una vez a la semana, auténtico descanso del guerrero. Él estaba casado, algo que al principio yo no quería porque me colocaba en situación desventajosa y, sin embargo, cada día nos buscábamos en el Messenger como el sediento busca el agua. La intensidad de las comunicaciones alcanzó tal grado que puedo decir que quedé “colgada” de él. Empecé a estar pendiente del horario para hablar, de un hueco pequeño en mi escaso tiempo para entrar, mirar el correo, mandar un mensaje. Y no me parecía nada virtual. Era tan real como las caricias de una noche de luna.

Carmelo no desaprovechaba ocasión para pedirme una cita. Entre bromas y veras, le recordaba su estado. Yo quería encontrar una pareja “normal”, para viajar, compartir y por supuesto, follar. No encajábamos. Pero tanta complicidad cariñosa acabó encendiendo las ganas de conocernos en persona.

–Un día nos tomaremos una copa –dijimos.

Quedamos en un restaurante de las afueras, a mediodía. Carmelo llevaría una cazadora beige. Su foto me gustó desde el primer golpe de vista. ¡Vaya, para uno que me atrae, está casado! No lo podía creer. Era un bombón, caramelo de chocolate, abrazo amoroso, guapo, todo en él me daba alegría.

Llegué en coche, aparqué no muy lejos y me dirigí apresurada a nuestro primer encuentro. Llegaba tarde. Tras muchas dudas opté por ir vestida normal, como voy al trabajo... Aunque quizás me esmeré un poco más... Busqué la prenda de color beige. No vi a nadie, miraba de reojo a todos los hombres que iban solos. No había llegado. Me aposté en la puerta del restaurante con gran nerviosismo. En el bar de al lado había un hombre solo, parecido a Carmelo, pero su cazadora era azul marino. Me miraba, le miraba. Por fin nos acercamos. Éramos Manuel47 y Morgana77.

–Irene –dije, intercambiando dos besos en las mejillas.
–Carmelo –contestó.

Lo del cambio de color en su vestimenta nunca me quedó claro. Según él, había tenido que echar a lavar la cazadora beige. Pero él observaba desde la puerta de otro bar. Quizá preparando una huida...

–Si alguno de los dos se enamora, esta historia se acabará –le apuntaba con el dedo, firme y mirándole a los ojos.

Carmelo estaba a medio vestir, todavía con el pelo revuelto, mientras yo buscaba mi chilaba de seda roja comprada en Tánger. No hizo falta recordarlo dos veces. Carmelo por nada del mundo podría dejar a su mujer.

–Si es que, además, es buena –decía.

Yo no podía enamorarme porque el amor exige exclusividad, las relaciones funcionan si hay equilibrio en los afectos. Si uno pide más que otro, empieza la servidumbre. En cuanto notara que prendía la pasión, cortaría. Y pretendía que él aceptara lo mismo.

Una vez a la semana comíamos pulpo con cachelos regado con abundante Ribeiro y luego subíamos a casa. Muchas veces por separado, para evitar curiosos inoportunos. El primer día le enseñaba la casa con esa soltura que dan los chupitos de sobremesa, y, cogiéndome desprevenida, me besó. Me sentí como la señora Robinson con la torpeza de un inexperto graduado, aunque en este caso cincuentón. El beso sabía a menta. A menta fresca y a saliva rica, a labios golosos de más besos.

Nos encontramos revueltos en sudores y jadeos, insaciables en juntar, frotar, lamer, gustar todas las partes de nuestros cuerpos hasta estallar, para refugiarnos en la calidez de la piel contra la piel. Este primer día se repitió muchos días. Para mí era la historia perfecta. No me exigía nada. No pedía nada. Era un oasis surgido en medio del desierto cotidiano. Una comida, conversación, un polvo. ¡Qué más podía pedir!

Esperábamos la llegada del encuentro durante toda la semana. Nada más levantarme acudía al ordenador y ahí tenía mi primer mensaje de buenos días. El jueves a las 14:30 quedábamos en una pulpería discreta cerca de mi casa. La placidez de esos primeros meses llegó a ser un estado natural. Mi mundo funcionaba en él como un paraíso de libertad. Para mí estaba clara su postura, nadar y guardar la ropa. Una aventurilla y su mujer, segura, en casa. Interesante. Por primera vez en mi vida fui “la otra”. Parecía haber encontrado la fórmula perfecta. Compartir solo lo bueno. Era maravilloso tener un amante. Un amante que no estaba dispuesto a renunciar a nada y, por tanto, un amante que no podía exigirte nada. Y esto empezaba a gustarme muchísimo.

–Vienes conmigo porque soy una chica “fácil” –le recordaba yo de vez en cuando.

Me encantaba ser fácil, hedonista, frívola. Tantos años quitándome “el pelo de la dehesa” empezaban a dar sus frutos.

A Carmelo, hombre de costumbres, le gustaba repetir, en el mismo orden, todos los pasos hasta llegar a la cama, siempre tan blanca... Su inseguridad inicial y hasta su torpeza se fueron limando con tanta siesta. El pudor quedaba en sus pantalones o en su camisa, que siempre, siempre, doblaba meticulosamente. Una vez liberados de todo señuelo textil el campo de operaciones se ensanchaba sin más límites que la imaginación.

Carmelo era fetichista. Fue un descubrimiento que creció de semana en semana. Yo, enseguida compartí este placer que era nuevo para mí. El primer objeto de deseo fueron mis pies, que pasaron a recibir los cuidados más exquisitos, los masajes más delicados. A partir de esos momentos, aparecía el deseo. Mi amante empezaba por quitarme las medias con una lentitud de cirujano. Cuando alcanzaba la piel, la olía, la besaba, la adoraba, hasta que su boca abierta recibía el pulgar. Mis dedos se tensaban como si fueran cuerdas de un violín y mi cuerpo se arqueaba. Me hice cliente asidua de un sex –shop. Compré zapatos, ligeros, corpiños de cuero, antifaces, sabores y olores.

El erotismo del pie daba comienzo en el restaurante, me resultaba un juego divertido y notar su excitación, mientras hablaba con el camarero o pagaba la cuenta, aceleraba mi respiración. En casa me montó un altar. Yo me subía a los tacones y encima de esa peana improvisada, iba adoptando posiciones fijas, esculturas sugerentes que Carmelo idolatraba. Nunca probamos ni otro sabor ni otros aromas que no fueran los nuestros. El olor de Carmelo me fascinaba, cosa rica, turrón casero. Era golosa de todo lo que emanara de ese cuerpo musculoso. Y de su boca; boca abierta que ya recorría los tobillos y se acercaba a unas rodillas temblorosas, abiertas para

indicar el camino hacia la ambrosía más preciada.

Enseguida me di cuenta de que las prendas eróticas no servían de nada, ni siquiera los zapatos. Su mirada se volvía más intensa cuando mi vestuario se reducía a un fular de seda, adaptado a mi cuerpo, de forma que mostrara retazos de él, nalgas en fragmentos, un pecho al descubierto... Todo esto era para su visión, porque él, siempre ordenado, comenzaba por los pies. Desde mi postura inmóvil de Venus, dejaba balancear una pierna y esa era la primera en ser recorrida por el hormigueo de la excitación.

Una vez hicimos un viaje, uno de esos primeros días de verano, cuando apetece estar todo el tiempo fuera de casa. Se dejó convencer para ir a una playa nudista. Carmelo no había ido nunca, por eso elegimos una de acceso estrecho, medio derrumbado por las lluvias, en una pendiente casi vertical. Hasta tuvimos que bajar los últimos tramos a cuatro patas. Conseguir pisar la arena, ver la playa desierta y el mar era ya una gran compensación. No había nadie. Un paraíso que se iba a convertir en otra gran aventura para Carmelo y para mí. El inmenso arenal sin ninguna huella, el mar incansable lanzando olas con espuma blanca, el sol, todo invitaba a quitarse la ropa. Yo lo hice pero Carmelo no era capaz de arrancarse el bañador y así paseamos por la orilla, entre chapoteos, cogidos de la mano, hasta llegar a una zona de rocas, como un laberinto. Nos subimos a una piedra grande, una plataforma donde cabían nuestros cuerpos entregados al sol, y el sol nos correspondió hinchando lujurias y robando la única prenda textil que quedaba puesta. Estoy segura, Carmelo era la primera vez que hacía el amor al aire libre... Y eso no le excitaba especialmente... Más bien le coartaba... No había absolutamente nadie. Ni siquiera nos podían ver desde el acantilado o desde una barca, porque las rocas nos protegían. Con esa seguridad dejamos que triunfara el instinto.

Toda yo me convertí en un fetiche al tumbarnos en aquel altar de piedra. Las caricias y los besos eran ofrendas al sol. En esta ocasión quise convertirme en adoradora y, por primera vez, Carmelo se hizo objeto dejándose moldear por mi imaginación y recibiendo las dádivas de la más entregada de sus siervas. Recorría su cuerpo y mi lengua lamía sus pezones hinchados. Su boca me buscó de nuevo y de nuevo fui diosa para él. Esta vez me tumbé boca abajo y mis nalgas recibieron el sol, acompañado de ligeras caricias que se volvían pellizquitos juguetones, para luego desparramarse en besos, hasta hundirse en la cámara oscura. Al darme la vuelta abrí un momento los ojos y el cielo limpio que nos daba cobijo empezaba a teñirse de colores en movimiento. En unos segundos, una nube de parapentes, flotaba con lentitud encima de nuestras cabezas, de nuestros cuerpos enlazados, de nuestro concierto de jadeos. Carmelo no veía nada, abducido por el sabor de la piel salada cuando empezaba a coronar la cima de unos pechos generosos. Al verlos acercarse daba la impresión de que iban a aterrizar encima de nosotros. Miré y comprobé que todavía estaban a suficiente distancia para darnos tiempo a consumir, no les distinguía las caras, su tamaño, de lejos, era como el de un madelman. Ellos tan solo verían a una pareja enrollándose en la roca.

—Sigue, sigue, no nos reconocen —le urgía entre susurros entrecortados.

Mi amante, ajeno al tiempo y al espacio, siempre metódico, lamió mis pezones después de venerarlos y se acercó a mi cuello. Me volví para ofrecerle una nuca despejada y abrirle paso hasta el lóbulo de la oreja.

Mi boca buscó su boca y las lenguas se enredaron, los cuerpos se unieron, se clavó en mí y los dos gritamos.

Cuando aún tumbados, volvimos a abrir los ojos, temí recibir una exclamación colectiva, pero el azul, solo el azul del cielo nos miraba con complacencia. Todos los parapentes con sus vaivenes habían tomado rumbo a otras playas.

Pero este idílico plan de ser la otra no duró mucho. Dos acontecimientos vinieron a cruzarse en el camino. Por un lado mi ex se había ido de balneario con una colega de la coral en la que cantaban los dos. Y por otro, la esposa buena, sobre todo buena, entró en el correo de Manuel47 y leyó los mails de Morgana77. Yo había cortado con mi ex definitivamente, pero siempre manteníamos un contacto, una carta, una llamada. En una de esas llamadas me enteré dónde estaba. En un balneario. Sabía lo que eso significaba. Si surgen los celos, inevitablemente, el otro se revaloriza y surge el rugido de la posesión.

–¡Es mío, puta!

Y la señora abnegada descubre que su esposo, su marido, su hombre se la está pegando con una tal Morgana por Internet.

–¡Putas! ¡Es mío!

La mujer se fue desquiciando progresivamente, su vida entera se derrumbaba por algo que jamás se hubiera atrevido ni siquiera a sospechar. Él optó por la negación total y le juraba y volvía a jurar que todo era un juego virtual... Y Morgana una mujer de Castellón... Una mañana, la voz de Carmelo sonó muy asustada, su pene apareció con un sarpullido y picores. Siempre usábamos preservativo, obligatorio, menos la vez de la playa, ese día que tuvimos devoyeur los parapentes. Debería vigilarme. Cada día, además de contarme la evolución de su santa, me ponía al corriente del miembro dolorido. El diagnóstico médico: alergia al látex. Paralelamente yo pensaba en recuperar a mi pareja que andaba con otra, refocilando en un balneario, sin saber siquiera cuándo iban a volver o lo que es peor, la intensidad de ese refocile.

La esposa buena cedió en su perdón, le quitó Internet y durante un tiempo marcó de cerca los movimientos de su esposo. Mi pareja volvió pronto, su aventura no debió de ser muy interesante, los dos queríamos encontrarnos de nuevo como si fuera la primera vez. Preparé un recibimiento de velas y baños de sales. Pero he aquí que su espléndido atributo estaba rojo, rojo, rojo. El diagnóstico médico: hongos, difundidos y aumentados por contacto sexual en la humedad de las saunas.

Aunque parezca increíble, así acabó mi primera historia por Internet. Los dos hombres con los pitos *coloraos* y sin mácula. Pero las cosas no suelen acabar ni empezar cuando uno quiere. Al cabo del tiempo, mi cama se hizo ancha, Carmelo y yo volvimos a vernos, volvimos al Ribeiro y a

las siestas. Pero eso ya es otra historia.

CAPÍTULO II

EVA

Un ruido en la habitación de al lado, algo así como un lamento, o un llanto, me saca bruscamente de mis recuerdos y me devuelve a la realidad. Salto de la cama y me mantengo durante no sé cuánto tiempo de pie, quieta en la oscuridad, sin atreverme a encender la luz. Otra vez el corazón late tan deprisa que los latidos cabalgan unos sobre otros. Silencio total. Seguramente, el invitado está profundamente dormido y solo ha sido un ronquido, me digo a mí misma. Me tranquilizo y, descalza, me acerco hasta la puerta. Tengo que saber si la cerré antes de meterme en la cama. Tanteando noto que el cerrojo, pequeño, frágil, no está echado. Lo cierro, procurando no hacer ruido.

Algo más aliviada busco a tientas el móvil en la mesilla de noche, donde lo dejo habitualmente. ¡El móvil, que pensaba tener conmigo como instrumento salvador, no está en su sitio! Gateo alrededor de la mesilla por si se hubiese caído. Nada. Poco a poco y con creciente pánico, me doy cuenta de la situación. Estoy aislada, indefensa y demasiado alterada para hacer memoria. Seguramente lo olvidaría en el salón.

Calma, calma... ¡tengo el ordenador! Pero... ¿qué hago con el ordenador? No me sirve para pedir ayuda. Aun así, lo he abierto, temiendo que el ruido del encendido se oyera desde la habitación de al lado. Al menos, tengo algo de luz y, sobre todo, necesito que mi cabeza se centre en otras cosas, para que la paranoia no vaya a más, para poder serenarme.

Me esfuerzo por recordar episodios que he vivido con otros hombres que también he conocido en la Red. Tengo delante de mí, en la pantalla del ordenador, las carpetas donde guardo sus fotos y mails. Procuero que mi cabeza se llene de imágenes sugerentes y agradables. Con este propósito, acabo de revivir la historia de C666. Cierro su carpeta y abro otra.

Bifrost

Hubo dos o tres citas que siguieron a C666, pero no pasaron de un café o, como mucho, de una comida. No les busco para contarles mi vida o que me cuenten la suya pero, aunque solo sea para comunicarnos en lo esencial, tengo unos mínimos que no se pueden traspasar. A pesar de haber advertido en mi perfil de las condiciones que debían reunir quienes me contactaran, algunos las pasaron por alto y me escribieron pidiendo un encuentro. Una vez en la cita, no hace falta mucho tiempo para saber a qué grupo pertenecen, o sea que, poniendo cualquier excusa, desaparecía rápidamente.

Tampoco quería guapos al uso. Es más, casi nunca me ha gustado un guapo. Para mí, atractivo significa que su mirada transmita inteligencia, morbo, imaginación, seguridad, sexualidad y, también, empatía.

En principio con Bifrost, puente que une el cielo y la tierra según la mitología celta, me sentí atraída por su Nick y también porque era alto, delgado y le gustaba el arte. Era fotógrafo. Para

variar, pensé que con este sí me gustaría tener alguna conversación. Me arreglé lo justo para sentirme bien, sin exagerar. No me puse perfume. Nunca me pongo porque, si lo hago, sé que miles de mujeres en el mundo huelen igual que yo.

Me gusta mi olor natural, porque me hace especial y única, como también me gusta el olor natural de los hombres... De algunos.

Llegué a la cita cinco minutos tarde, en un discreto banco de un parque, en las afueras de la ciudad, y me encontré con lo que había imaginado. Un hombre con aspecto bohemio y con la ropa y el pelo en un desorden muy calculado. Me recibió con alegría y enseguida surgió una corriente entre nosotros, más de simpatía que de seducción. Se llamaba Javier. Hablamos de todo un poco o, mejor dicho, habló él. También de cosas personales. Estaba casado, tenía dos hijos y era fotógrafo de prensa. Una especie de aventurero de los que buscan el peligro para sentirse vivos, aunque a veces les cueste la vida. Me dijo, que su pasión era hacer fotos de los rostros de las mujeres, a poder ser ya no muy jóvenes, mientras tenían un orgasmo. De mujeres expertas, que no reprimen sus explosiones ni sus gemidos, que se dejan llevar sin prejuicios ni ñoñerías, que en esos momentos solo admiten los dictados de sus sentidos. De mujeres libres.

Esa afición suya me gustó. Me gustó e hizo que mi mirada sobre él cambiase. A partir de ese momento, ya pude imaginarme bebiendo sus fluidos y ofreciéndole los míos.

Sus fotos estaban tomadas siempre en sitios de baja categoría, pensiones, habitaciones alquiladas...Y no lo hacía movido por la perversión. Ni siquiera había tensión sexual por su parte. Lo hacía porque lo encontraba bello. No me lo creí, pero tampoco importaba. Estuvimos unas dos horas hablando y paseando. Sorprendentemente, no me aburrí. Quedamos para el día siguiente.

Acudí a un local en el centro de la ciudad, planta calle, donde tenía el estudio de fotografía. Me había preguntado si me apetecería ver cómo hacía una sesión de fotos de las que a él le gustaban. Y sí, me apetecía. Llegué y me encontré con una puerta de metal gris, llena de grafitis. Llamé a un timbre y alguien abrió desde dentro. Solo se veía una luz muy intensa al fondo. La música que se escuchaba, estaba a un volumen casi insoportable. Reconocí *River Deep, Mountain High*, en la versión de Ike & Tina Turner, una de mis preferidas. Era un espacio no muy grande, lleno de trastos y, sobre todo, de fotos, muchas fotos por todos los lados, la mayor parte de gran tamaño. Me detuve para mirarlas. Todas recogían el mismo tema, rostros de mujer. Rostros de mujer en pleno gozo, en pleno vértigo, en pleno orgasmo. Me di cuenta de que, si no hubiese estado prevenida, esas expresiones, sacadas de contexto y sin verse el resto del cuerpo, podían ser de miedo, de sorpresa e, incluso, de dolor.

Fui avanzando y allí estaba Javier, de pie, con unas cuantas cámaras colgando del cuello. Me hizo un gesto de saludo y señaló una silla vieja e inestable para que me sentara. Pero no estaba solo. Una mujer, reclinada en una cama destartada, cubierta por unas sábanas azules e iluminada por grandes focos, fumaba un cigarrillo de hierba. El olor llegaba hasta mí. Lo aspiré con fuerza. Ella no me vio ni me oyó. Solo le miraba a él. No era muy guapa ni muy joven pero, cuando empezó a estirarse sobre la cama, tenía movimientos de pantera en celo y la mirada

perdida.

Él, esperaba que el espectáculo comenzara con las cámaras preparadas. Yo estaba sentada a unos tres metros de la cama, en la oscuridad, puesto que los focos solo la iluminaban a ella. Convertida en “voyeur” sin haberlo buscado, vacié mi cabeza de imágenes, para recibir las que se me iban a ofrecer. Él bajó un poco la música y empezó a hablar, dirigiéndose a ella.

—Hay otra mujer aquí. No la ves, pero está muy cerca de ti y te está mirando. Está mirando todos tus gestos, tus movimientos, tu cara, tu cuerpo, tus manos... Y lo que ve le gusta. ¿Puedes hacer algo más para que esta mujer no se aburra, para que no pueda apartar sus ojos de lo que tú quieras mostrarle?

Ella esbozó una sonrisa de chica mala, miró alrededor como si quisiera localizarme y soltó un sonido

—...Mmmmhh...

Yo, cual convidada de piedra, estaba encantada por la puesta en escena, por cómo empezaban a desarrollarse los acontecimientos y, al mismo tiempo, dispuesta a facilitarle la tarea, no perdiéndome el menor de sus movimientos ni la mínima expresión ni el menor gesto... O sí, porque en algún momento cerraría los ojos para escuchar hasta el más leve de sus gemidos.

Y el espectáculo dio comienzo. Ella, tumbada en la cama, total y públicamente vestida, con una blusa de seda blanca, falda de tubo hasta la rodilla y zapatos negros de salón, empezó a rozarse los labios con los dedos, sin llegar a chuparlos, bajó por la garganta hasta el botón de la blusa, se paró, pero lo pensó mejor y siguió bajando hasta la cintura. Una vez allí, me pregunté qué dirección iba a tomar. Tenía unos pechos abultados que, aun cubiertos, no pasaban desapercibidos y en la otra dirección, las caderas se adivinaban rotundas, de hembra latina que nunca ha gastado un euro en regímenes de adelgazamiento. Hice una apuesta conmigo misma y ¡bingo! dirigió su mano hacia el norte, por debajo de la blusa. Yo me mantenía en mi puesto, quieta, con los sentidos bien despiertos.

No he tenido ninguna relación con otra mujer ni siquiera he hecho un trío. Algunos hombres me lo han propuesto, a todos les gusta mirar o participar cuando dos mujeres están en acción. A mí me parecía demasiado complicado. Y es que no pensaba que fuera fácil encontrar a alguien de mi mismo sexo que me atrajese hasta ese punto. Pero lo que allí estaba pasando y, sobre todo, la presencia de un hombre, viendo lo que yo estaba viendo, me produjo un suave temblor entre las piernas, que se mantenían una sobre otra.

Ella, concentrada en su mismidad, acariciaba, estrujaba, exprimía sus pechos. Él se acercó y le levantó suavemente la blusa que quedó, junto con el sujetador desabrochado, a nivel de la garganta. Después, le quitó los zapatos de salón y los dejó en el suelo.

Parecía que iba a quedarse en ese terreno, pero no.

La dejó a ella en su propia salsa y se acercó a mí por detrás, desprovisto ahora de sus cámaras. Me apartó el pelo y me besó largamente la nuca. Se acercó a mi oído y me susurró.

–Es exhibicionista, le encanta que la miren y a mí me excita que tú la mires.

Ella siguió recorriendo su cuerpo, cada vez más desnudo, y yo no la perdía de vista. Se bajó la cremallera lateral de la falda y apareció la curva de su cadera, bien marcada, sin timideces, casi con descaro, desafiante... Tiró al suelo el sujetador, la blusa y la falda. No llevaba bragas. Se quedó desnuda y empezó un concierto de gemidos. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos para concentrarme en ellos. Entonces, mis piernas se pusieron al mismo nivel una de otra y, poco a poco, con el punto de unión bien engrasado por el espectáculo, obedeciendo a una orden cerebral involuntaria, se abrieron de par en par.

Me pareció que la música sonaba más fuerte y que los gemidos habían cesado, pero en ese momento lo sentí a él, de rodillas frente a mí, con sus manos en mi cara. Un segundo después fui consciente de su presencia impaciente, buscando el camino de mi vagina. Ya dentro, se movió al ritmo de la música y yo, aún con los ojos cerrados, me noté cayendo en un pozo de luces y estrellas, ajena al entorno, gozando a todo volumen.

En el último segundo, justo antes de “volver en mí”, me pareció oír los sonidos de una cámara con motor cuando dispara: “clic, clic...”. Abrí los ojos y le vi a él, aún de rodillas entre mis piernas y a ella, desnuda, de pie frente a mí, haciendo los últimos disparos. En ese momento, muda, imaginé mi cara junto a todas las demás, desperdigada por esa nave, con expresión de estupor, de susto, también de placer, pero sobre todo, de imbécil.

Había caído en una trampa muy bien urdida y ya no podía hacer nada. Mis fotos se quedarían allí. No era ella la modelo. Desde el primer momento, todo estaba preparado para que fuese yo, como seguramente había ocurrido con todas las demás. Modelos involuntarias. Las luces que creí sentir dentro de mi cabeza durante el orgasmo solo eran los disparos del flash.

Vi cómo ellos, sin decir nada, me miraban, esperando mi reacción. No sabía si vestirme y salir corriendo, pedirles explicaciones o esperar a que ellos hablaran. Él me ayudó a ponerme en pie y empecé a vestirme despacio y en silencio. Entonces ella me dijo sonriendo:

–¿Te ha gustado?

Por un momento pensé en enfadarme, gritar o insultar, pero me pareció inútil y, ante todo, ridículo. Le contesté:

–Sí, no ha estado mal. Confío en que las fotos no salgan de aquí.

Me aseguraron que no, que para ellos era solo un juego excitante. Allí mismo me invitaron a un café y me fui. No volví más.

IRENE

Tengo tiempo suficiente para darme un baño caliente con sales, lo necesito, me digo, lo hago muy pocas veces, justifico el derroche de agua. Estos placeres los he vuelto a descubrir cuando me he quedado sola en casa, cuando mis hijos se han independizado, cuando todo el espacio y el tiempo son para mí.

Masajeo mi cuerpo para él y hasta lo siento envuelto en sedas que serán desgarradas en el primer abrazo. Me seco el pelo, apenas oigo el móvil

–Sí –contesto al fin apagando el secador.
–Irene, Irene, escucha –la voz de J. suena nerviosa...
–¿Qué ocurre?
–Nada, no te asustes, estoy auxiliando a un motorista, hemos tenido un accidente, la ambulancia no puede tardar...
–¿Tú estás bien?
–Sí, solo tengo una herida, un rasguño en la cara. Estamos cerca del hospital San Luis, iré en cuanto pueda. Te deseo, –añade alargando las vocales –quiero tenerte en mis manos... volveré a llamarte.

Quedo pegada al móvil, agitada por oír su voz ¿Cuánto puede tardar? ¿Un par de horas? No sé. Dos horas más de espera, o tres, o más. Me siento, me relajo, espero.

Pienso en llamar a Eva pero no lo hago y no sé por qué. A Eva le cuento todo pero en este caso, no. Ni siquiera le he dicho que hoy tuviera una cita con J. A Eva, la semana pasada, cuando vino a villa Victoria, le hablé de un rollo que había tenido, pero sin darle importancia. No le conté que J. me tenía subyugada, y que eso me daba más goce que cualquier otra cosa. No, no se lo conté. Ni que había pasado una semana enloquecida porque él no me llamaba. Eso tampoco. Apenas he estado media docena de veces con J., no conozco de él ni su nombre. Solo sé que empieza por J., y así le llamo. Este no saber me proporciona más placer aún. Solo cuerpos desbocados, sin datos, sin alma.

En la primera cita, nada más verle, supe que íbamos a follar. Y él lo supo en el momento en que di respuesta a su pregunta de por qué había entrado en “la página”,

–Quien se apunta a un club de pesca es porque quiere pescar –contesté, sin apenas inmutarme, quizás cansada de contestar a la misma pregunta.

No tengo ni idea de cuantos hombres me han hecho esa pregunta y cuantos me han dado variopintas explicaciones. He leído el cuaderno naranja, el de Carmelo. Nos comunicamos de vez en cuando. Pensar en él siempre me envuelve de ternura.

El siguiente cuaderno íntimo es de color amarillo, de cuando pensaba que sería fácil tener una

red de amantes. Está dedicado a Ragueneau, no conocí otro nombre, al ojear la historia me doy cuenta de lo intensa que llegó a ser esta comunicación y de que hoy aparece olvidada, fosilizada en tinta negra, guardada en amarillo.

Ragueneau

Fue Eva quien algún tiempo después me animó a volver a ligar por la Red. Yo había llegado a la conclusión de que todos los estados, soltero, casado, divorciado, acompañado o solo, tenían sus pros y sus contras. Y los contras de estar emparejada aumentaban tanto en mi balance que no llegaba a comprender a los matrimoniados unidos en rutinas, monotonías, frustraciones o desencantos. “La página” me había mostrado la soledad más absoluta de muchos hombres acompañados. Las risas de los primeros intercambios se iban convirtiendo en confesiones sobre las zonas más ignotas de la condición humana. Mi actitud despreocupada por los amoríos hizo que me rebelara contra esa creencia tan extendida de la media naranja. No solo nacemos y morimos solos. Vivimos solos. Y cada uno de nosotros posee el potencial para sentirse completo.

Esa noche salimos Eva y yo de copas. Eva conocía un bar lésbico y nos entró curiosidad. Nos pusimos guapas, yo todo lo moderna que dio de sí mi armario para estar a tono en un bar de ambiente. Eva, de por sí, es mucho más atrevida en el vestir, más cosmopolita y sofisticada.

Aquello fue una bomba.

—¿Qué le pones al mojito? —pregunté al camarero ucraniano, alto y rubio como la cerveza, mezclador de elixires en el minúsculo garito donde nos habíamos metido para hacer tiempo e ir al bar de chicas.

A las 23:30 el bar de ambiente seguía sin abrir y las dos ya andábamos cogidas del brazo, porque el efecto del segundo mojito nos ponía las aceras sinuosas. Eva hablaba de un anuncio de la tele, se trataba de una página nueva de Internet exclusiva para infidelidades matrimoniales o de pareja.

—¡Uf, qué pereza! Si estoy tan bien así... No, no, no.

El bar continuaba insistentemente cerrado y las curvas de las aceras nos devolvieron a nuestras casas poniendo fin así a esta primera aventura lésbica.

Cuando abrí mi correo para las infidelidades, encontré tal manada de machos ibéricos desbocados en busca de una hembra que quedé apabullada. Eran cientos. De todas las edades y nacionalidades, de las más variadas creencias y profesiones, con los gustos más diversos. Me sorprendieron los numerosos chicos jóvenes en busca de la mujer madura. Me había inscrito la noche de los mojitos con Eva. Me repetía a mí misma que yo estaba bien, pero mi vida era una especie de limbo, sin sobresaltos. Mantenía un radical rechazo a emparejarme. Solo de pensar

que en el sillón de al lado iba a tener un paisano con el mando a distancia, me daba malagana y me reforzaba en las ventajas de estar sola, sin problemas. Pero también sin pena ni gloria.

Quizás me acordé de la época dulce en que llegué a ser “la otra”, con Carmelo. O empezaba a echar en falta la seducción, la sorpresa, el sobresalto. Además, el hecho de buscar gente emparejada para una aventurilla, solo tenía ventajas. Evitabas toda posibilidad de cuelgue, la emoción de la clandestinidad era un extra y, cuando quisiera, podía alejarme sin necesidad de muchas excusas. Me inscribí y, directamente, decía buscar a un hombre para juegos eróticos. Colgué una foto de cuerpo entero con la cara borrosa. Destaqué mis piernas y dije tener un impulso sexual muy alto. Con este anuncio el chorro de caballeros no cesaba de aumentar y a los dos días tuve que cambiar mi perfil, delimitar la edad a “cincuentones”, quitar la foto y las piernas y moderar mi impulso sexual. Aún así, el número de candidatos a la infidelidad era mayoritariamente masculino. Uno de ellos me decía en los primeros mails:

“No me extraña la avalancha que sufres, porque las cosas son como son, para qué vamos a engañarnos: estamos a la par en cuanto a carencias, pero llámale cultura o tradición, somos más los hombres los que nos soltamos”.

Empecé, entonces, a “soltarme” entre aquella amplísima oferta, con muchos más hombres que mujeres. No quería, ni por asomo, enamorarme de nadie. Quería un amante para follar y filosofar. Mejor, quería muchos amantes, una red de amantes.

Ragueneau eclipsó a los demás candidatos a la infidelidad. Su prosa culta y poética destacó en medio de tanto mensaje deseante. También me atrajo por su nombre, Ragueneau, personaje secundario en *Cyrano de Bergerac*, la obra de teatro de Rostand, concretamente el pastelero poeta que se desespera porque su mujer envuelve los pasteles con sus poemas. Me pidió una oportunidad, “una cancela abierta, para bien o para mal”, dijo, y esto me gustó. La seducción se puso en marcha y ambos acabamos enganchados como auténticos drogadictos. Nos despertábamos deseos lujuriosos y los vivíamos en sueños húmedos. Mis noches se poblaban de imágenes que me acompañaban gran parte del día: mis naves blancas desembarcan en una playa llevadas por un agua agitada y gran oleaje, pero a continuación, mi barco es una inmensa cama, blanca como la nieve en medio de un desierto. Mis muñecas están apresadas por unas esposas con muchos pompones rojos, tantos que no puedo moverme y entonces, a lo lejos, viene corriendo un hombre con ropajes blancos. A partir de ese momento siento un inmenso bienestar y poco a poco, me atrevo a aumentar mi excitación. Una mano me hurga entre las faldas y mi placer se transmite a todos los demás. Aunque no hay nadie. Temo que el hombre de blanco desaparezca y me entretengo en su boca. Todo el cuerpo es una zona erógena. Basta con el mínimo contacto para sentir mi vulva dilatada y mis labios menores se ensanchan entre risas. Me desata una mano. Rozo con la yema de mi dedo su piel y el pene empieza a crecer. Nos revolcarnos en la cama mullida rodeada de desierto. Y nos poseemos, en una larga penetración mientras el clítoris gime.

Queríamos impresionarnos mutuamente y eso nos llevó a largos parlamentos sobre lo humano y lo divino. Ragueneau era un erudito y apoyaba sus escritos con citas de grandes sabios en cualquiera de los temas. Sus conocimientos abarcaban tantos campos que bien se le podía comparar con un humanista del Renacimiento. Su inteligencia y su extraordinaria capacidad de trabajo le habían condicionado la vida hasta el punto de no concebir otra forma de existencia.

–¿Intelectual? sí, me gusta. ¿Qué me queda si no? –apuntaba.

Yo fui descubriendo, además de su bagaje cultural, que Ragueneau conocía todo sobre los demás y muy poco de sí mismo. Capaz de llevar su razonamiento de lo más sublime a lo más ponderable, modelado por circunstancias ajenas, ramificadas y castradoras... sobre todo castradoras... y tal había sido la poda que todo lo que crecía en él era recio y sólido.

Los correos iban y venían cada vez con mayor fluidez y peso. Leerle y escribirle se convirtió en lo más importante de mi vida. Eva, mi única confidente en estos temas, no daba crédito a este entusiasmo, era capaz de dejar sin concluir una sobremesa con amigos, no salir o volver pronto a casa con cualquier excusa para entrar en el correo clandestino y emborracharme de esas palabras capaces de engendrar sentimientos y emociones. Me encontraba delante de una ventana abierta a Ragueneau, a sus gustos, sus pensamientos, sus días cotidianos, su diálogo interno, su presente y pasado, reinventados para mí.

Me sorprendía a mí misma recapitulando sobre episodios de mi vida para contárselos, repasaba en mi cabeza mis autores favoritos, los directores de cine más transgresores, las citas más profundas en una excitación del intelecto mezclada con los deseos más carnales. Mi cerebro, así estimulado, daba buenos frutos y cualquier halago por su parte, siempre inteligente, me motivaba para seguir en aquella correspondencia que no sabíamos dónde podía llegar ni nos importaba. Estábamos desbocados.

Ragueneau mencionaba con frecuencia a la mujer sin rostro que le visitaba en sueños. Me contaba sus onanismos y cómo un rotundo montículo se apreciaba entre sus piernas. Él me imaginaba mirando por la escasa rendija de la puerta, casi cerrada y una de sus manos rozaba la piel caliente del pene por debajo de la tela del pijama. Sentía que los movimientos de vaivén de su mano me provocaban, que mis muslos presionaban la vulva y los dedos iniciaban el camino hacia el vértice. Le llegaba el sonido de mi respiración. Su montículo se convertía en volcán y por primera vez en su vida, el hombre, además de intelectual, fue consciente de ser exhibicionista.

Ragueneau ofreció mandarme una foto y ni siquiera le contesté. Me absorbían tanto las palabras, la intensidad de nuestra comunicación que no necesitaba ningún retrato.

Parecía bastarme el relato de sus sueños y mi cama, para llegar al orgasmo. El resto era arena, inhóspita y vacía.

No recordaba un éxtasis de este calibre. Despertaba y, antes del café, antes de la ducha, leía sus correos madrugadores para comprobar la humedad de sus sábanas y cómo la mujer sin rostro, había vuelto a visitar su noche.

Yo me sentía mimetizada por sus sueños y descubrí la excitación del voyerismo.

Le veía sentado en una butaca todavía vestido con camisa y pantalón, entre luces y sombras, mientras él tapaba con seda negra sus ojos y sentía que yo, la que no tiene rostro, me colocaba enfrente de él para acercar la lengua al sabor de la fresa macerada en cava. Se abría para crear espacio entre sus piernas y sentir su miembro crecer. La camisa se le apartaba como las velas del barco que navega y se deslizaba en la butaca, agarrando su pene y sintiendo clavada la mirada de la mujer imaginada. La música le marca el ritmo y ahora es lenta, amplia, no hay prisa. Con los ojos cerrados se concentra en las sensaciones de su piel, de su sangre que ya hierve.

Basta que la música cambie de tercio y su mandato se vuelva rápido para que la mano acelere el ritmo hasta el punto trepidante en que la espuma blanca se escapa a borbotones. Y él continúa oyendo la respiración de ella.

Una tarde revisé mis archivos de fotos. Llevábamos días de conversación y parecían varias vidas. Era consciente de la importancia de la atracción física y en un impulso hice una selección de siete fotografías de los últimos años y se las mandé. No quería esa foto más guapa que la realidad, por eso envié siete. Como las siete maravillas. Elegí la foto guapa, claro, pero también la interesante y la sensual, la alegre, la divertida y la descaradamente erótica. La respuesta con su imagen no tardó en llegar. Me encontré ante un hombre totalmente desconocido. Era Ragueneau, no conocía otro nombre. Y Ragueneau no solo formaba parte de mi vida. Era mi vida. Conocíamos hasta el último rincón de nuestras almas y también las grietas por las que chorreaban viejos llantos. No me había dedicado a idealizar un aspecto físico a mi medida, pero creo que no estaba preparada para esto.

El habló de la tornasolada densidad de mi pelo. Yo le hablé de su bigote poblado. El destacó el deseo de una caricia. Yo aprecí su aparente equilibrio. Todas las fotos que mandó eran iguales, la misma postura, las mismas gafas, la misma mirada. Variaba el fondo, el desierto de Atacama, la casa de la montaña, o una calle de Buenos Aires. Pero podía tratarse de un recortable que se pega sobre un fondo. En invierno con chamarra tres cuartos, en verano pantalón de raya, camisa bien planchada y cinturón estrecho.

–Mujer, no está tan mal –dijo Eva.

No se trataba de un monstruo. Era un tipo normal, nada llamaba la atención, a no ser el bigote que tapaba su labio superior. No me veía, ni de lejos, revolcándome con ese hombre anodino. Era incapaz de unir nuestros encuentros oníricos de rienda suelta con el hombre de la foto, un extraño que nada me decía.

Las fotos marcaron el momento de inflexión. Apostaría que la decepción de él no fue menor que la mía. Desaparecieron las visitas en los sueños. La lujuria se convirtió en besos castos. La atracción intelectual siguió vigente unas semanas más, pero la espontaneidad se iba esfumando y ya no me asomaba a la ventana en espera de palabras orgásmicas. Los puntos de desencuentro aparecieron con la naturalidad de las tormentas de verano. Los mails se

espaciaron y la extinción se impuso sin pena ni rencor.

CAPÍTULO III

EVA

Son la una y media de la mañana. Hace casi dos horas que estoy encerrada en mi habitación, sin atreverme a salir. A pocos metros de mí duerme el desconocido al que, en un ataque de empatía e inconsciencia, ofrecí mi casa para que pasara la noche. Todo está en silencio.

Pero... ¿estará dormido o esperará el momento oportuno? —¿el momento oportuno para qué?—me pregunto a mí misma.

Cuando le vi por primera vez, hace unas horas, solo sabía que su apodo en “la página” era Tedbundy. Luego me dijo que se llamaba Julio. A primera vista no me pareció demasiado atractivo, pero tampoco me resultaba indeseable. Era de estatura normal, bien proporcionado, con brazos fuertes, hombros anchos y manos bonitas. Tenía una mirada azul que envolvía e invitaba a cometer pecados sin remordimiento de conciencia ni propósito de la enmienda. Moreno, con el pelo muy corto, ojos grandes y azules, —me estremezco recordando la descripción del asesino de Perpignan—parecía buen tipo; me impresionó por algo que le acababa de pasar y que me contó, todavía con el susto en el cuerpo. Desde luego, no tenía cara de asesino, ni de violador, pero ¿es que a los asesinos y a los violadores se les nota en la cara? Y, ¿esa marca, como de un golpe, con una pequeña herida en la mejilla...?

Almoore

Después de la experiencia con el fotógrafo, pasé un par de meses sin asomarme por la página, curándome de la sensación agrídulce que me había provocado. Cuando volví a entrar, me encontré con Almoore. En este caso, también me atrajo su Nick, muy semejante al nombre del guionista de cómics, Alan Moore. Era un inglés que vivía en Londres y buscaba un contacto exclusivamente por Skype. Eso significaba que era un “voyeur”, un exhibicionista o, lo más probable, ambas cosas. Nunca había tenido esa experiencia. Es más, siempre la había evitado, porque una relación solamente a través de la pantalla, me parecía sórdida. Esta vez pensé que podría ser diferente y, sobre todo, el hecho de no tener que moverme de casa, sin citas en bares o en hoteles, desconectando sin excusas en el momento que me apeteciese, me resultaba cómodo, incluso excitante.

La instalación del programa fue bastante fácil. Sin saber nada aún el uno del otro, nos pusimos de acuerdo en el día y la hora. No fue fácil. Ambos teníamos que coincidir y estar solos y tranquilos en casa.

Cuando llegó el día, fui consciente de que tenía que estar vestida y maquillada como si de una cita real se tratara. Elegí ropa informal, pantalones de cuero negro ceñidos, una camiseta de color crema, que dejaba los hombros al descubierto y unos tacones muy altos. Me maquillé discretamente. Con la mano en el ratón, preparada para desconectar rápidamente si Almoore no me gustaba o si, desde el primer momento, se presentaba desnudo, esperé la llamada. Y, justo en ese momento, un zumbido repetitivo, me sacó de mis reflexiones. Descolgué y miré la pantalla casi con ansiedad, como supongo que haría él. El primer golpe de vista, tan importante

en todas las ocasiones y en esta todavía más, me transmitió una sensación agradable, en parte por su sonrisa abierta y también por el escenario que se adivinaba detrás de él.

Estaba sentado en un sofá de piel negro, muy confortable, en medio de una habitación elegante. Se adivinaba el alto poder adquisitivo de los dueños de la casa y, al mismo tiempo, un gusto refinado que les impedía mostrarlo en exceso. Un arco en la pared del fondo, separaba ese espacio de otro del mismo estilo. Los escasos puntos de luz, hacían el ambiente relajado y tranquilo. Él iba vestido con una camisa vaquera y pantalones también vaqueros. Pelo muy corto y un poco canoso. Me había dicho que hablaba español, yo entendía el inglés y podía hacerme entender o sea que a ese nivel no había ningún problema. Nos observamos durante unos segundos. La calidad de la imagen no era perfecta, pero lo suficiente para saber si queríamos quedarnos, o preferíamos que, con un simple clic, la persona que nos observaba al otro lado de la pantalla desapareciera lo antes posible. Él no hizo clic y yo tampoco. Quería quedarme. Entonces me fijé en sus ojos grandes y azules y me quedé clavada en ellos.

–¡Hola! –me dijo –, ¿puedo saber tu nombre?
–Eva –le dije –¿y el tuyo?
–Robert –me dijo.

Ese día hablamos durante casi una hora. Me contó que era escritor, que tenía una mujer a la que quería, que su músico preferido era Paul Giger, que odiaba viajar, que no conocía España y que lo que veía de mí, le gustaba. Cuando yo hablaba, él escuchaba sin interrumpirme, con la cabeza un poco ladeada y los ojos azules fijos en los míos.

Le conté algunas cosas sobre mí, pocas, y le dije que lo que veía de él, me gustaba.

Así acabó nuestra primera cita. Sin ni siquiera nombrar la palabra sexo. Cuando desconecté, sentí nacer en mi cabeza el deseo de mostrarme a él. Y se extendió imperiosamente por todo mi cuerpo. Dos días después recibí un mail:

De: Robert <
almoore80@gmail.com
>
Fecha: 9 de mayo de 2008 15:19:25 GMT+02:00
Para: Eva <
eva340a@hotmail.com
>

“Mañana, a la 1.30 a.m., estaré conectado a tu mirada, a tu boca, a tus pechos, a tus muslos, a tu coño, a tu culo...”.

Y cada una de las cosas nombradas se me estremeció. Le respondí con el mensaje más breve de mi vida:

De: Eva <
eva340a@hotmail.com
>

Fecha: 9 de mayo de 2008 16:14:22 GMT+02:00

Para: Robert <almoore80@gmail.com>

>

“Sí”.

Él había dado el primer paso, pero el reencuentro lo iba a dirigir yo. Estaríamos a más de 1500 kilómetros de distancia y eso hacía que me sintiera segura y desinhibida. Me parecía un personaje interesante, de los pocos que se encuentran por estas páginas y quería que, después de esta primera cita virtual, se quedase con ganas de repetirla. Mi punto exhibicionista me ayudaría, sin duda, en esta tarea, al tiempo que una de las fantasías eróticas más repetidas en mis momentos onanistas iba a cumplirse con creces.

Mostrarme desnuda o con prendas que dejaban entrever las partes más impúdicas de mi cuerpo delante de mis amantes, no era nuevo para mí, pero siempre había un mínimo de timidez que, en este caso, protegida por una pantalla, desaparecía completamente. Incluso la sensación de sordidez a la que me refería anteriormente se convertía en deseo, ante la perspectiva de ver el sexo de un hombre como Robert ganar altura, hacerse fuerte, simplemente mirándome.

En esta ocasión mi vestimenta sería muy diferente a la de la primera cita. ¿Aparecería completamente vestida, elegiría una música y haría un striptease?

No quería estar desnuda desde el principio. ¿Me pondría una ropa sexi, tacones altísimos, ligeros, medias negras, braguita y sujetador rojo? ¿Blusa transparente, falda corta y botas altas hasta los muslos?

Mi escenario, a diferencia del suyo, era sobrio, pero resultaba agradable. Lo que él vería desde su sofá sería una silla de despacho con respaldo y apoyabrazos forrados de tela verde, unas fotos de tamaño grande sin enmarcar, puestas directamente en el suelo y al fondo una puerta que daba a un pequeño vestíbulo, todo escasamente iluminado, para disimular mis imperfecciones, de las que yo soy consciente cada mañana al verme en el espejo. Finalmente elegí la ropa a tono con su mensaje, tacones, ligeros, tanga y sujetador rojo.

Abrí el Skype un minuto antes que él y le esperé de pie, dándole la espalda, en el dintel de la puerta entre dos luces: la del ordenador y la de las lámparas del vestíbulo, casi imperceptibles. Siempre he estado orgullosa de mis nalgas y de mis caderas. Supe que eran hermosas y desafiantes cuando un hombre me lo dijo, ya hace años. Después, otros me lo repitieron, tal vez con otros adjetivos, pero siempre con el mismo afán de poder tocarlas y apreciar su firmeza. Entonces oí su voz, casi como un murmullo.

—Así te había imaginado.
—Empezamos bien —pensé, y me incliné un poco hacia delante.

Mis nalgas, rotundas, se mostraron en todo su esplendor. Entré fuerte, sin pudores ni remilgos. Puse mis manos en cada una de ellas y las separé un poco. Justo para que se viese la fina tira roja del tanga, dejando por el momento, como un misterio, lo que escondía debajo. Y le oí decir:

–Aunque estuviese allí contigo, no te tocaría. Me bastaría con mirarte.

Entonces me volví y vi sus hombros anchos y su torso desnudo. Su mano, dentro del pantalón desabrochado, sacó un sexo ya erguido y temí que mis humedades produjeran inundaciones con miles de víctimas.

A partir de ese momento, cada uno, sin perder de vista al otro, reinventamos posturas y gemidos. Puesto que solo teníamos eso, nos convertimos en hambrientos de palabras y visiones obscenas hasta que, vacíos de deseo, nos dimos las buenas noches, echamos un beso a la pantalla y desaparecimos el uno del otro con un clic.

–¡Maravilloso invento! –pensé, y me fui a dormir tranquila y relajada.

Otras citas virtuales con Robert, siguieron a esta. Recuerdo una que me pareció especialmente excitante. Aparecí vestida con unas mallas negras, de tela elástica muy fina, totalmente pegadas al cuerpo, que iban desde los pies hasta lo alto del cuello, manga larga, sin ni siquiera una costura, compradas en un sex –shop. Debajo, nada.

Me senté frente a la pantalla, armada de unas tijeras y poco a poco, fui haciendo pequeños agujeros, empezando por la rodilla, para ir subiendo por detrás y por delante de tal forma que, después de un buen rato, sin prisas, los agujeros unidos unos con otros, iban dejando al descubierto partes de mi cuerpo esenciales en esos momentos. Siempre con cuidado de no mostrar lo que él esperaba con más ansia. Llevé las tijeras a la parte alta, haciendo pequeños destrozos para divertirme un rato con la impaciencia de mi amante virtual. Con mis propias manos rasgué la tela y mis pechos quedaron completamente al descubierto, con el tejido hecho jirones a su alrededor. Al otro lado de la pantalla él hacía lo posible para que los movimientos de su mano, acariciando su pene, fueran casi inexistentes y así poder seguir disfrutando del espectáculo, que yo tan gustosamente le ofrecía.

Volví más abajo, por donde lo había dejado, y me concentré en mi ingle derecha, sin mirarle a él, como si me olvidara de su presencia y de su respiración, rápida y fuerte, rasgando casi hilo por hilo, hasta llegar a las pequeñas montañas de carne brillante por la humedad. Entonces, de un tirón, dejé todo al descubierto, pasé y traspasé la punta de las finas tijeras por entre los pliegues, sintiendo el frío del metal; las dejé a un lado, metí uno de mis dedos por mi agujero más húmedo y pasé el tibio líquido al más oscuro, pero no olvidado, mientras que con la otra mano jugaba suavemente con mi clítoris. Escuché un sonido apagado y prolongado, casi como un llanto, saliendo de la garganta de mi compañero. Fue el aliciente final que me hizo cerrar los ojos y, una vez más, recibir con sumo gusto el olvido del mundo, de todo lo que no fuera mi cuerpo. Solo pude ser consciente del placer que me recorría los músculos y los ponía en

tensión, para luego, feliz, volver a la realidad. El rostro sonriente de Robert, me recibió agradecido.

Después de algunos meses de encuentros semanales, de conocernos por la vista y el oído, las ganas de saborearnos, de explorar los recovecos de la piel del otro, de emborracharnos con los fluidos y los olores, de ahogarnos en las humedades, de acariciarnos, de lamernos, aparecieron con tal fuerza que no era posible ignorarlos.

Y me dijo:

–Quiero besarte hasta morderte. El riesgo que corres cuando nos encontremos es que mis caricias virtuales se transformen y aparezcan marcas en tu cuello, en tu nuca y en todo tu cuerpo. Tendrás que inventarte historias increíbles para justificar esas moradas imperfecciones en tu piel y que llegarán hasta tu agujero más rosado. Tanto es mi deseo.

Y yo le dije:

–Quiero besarte hasta morderte. El riesgo que tú corres es tener que inventarte historias increíbles para justificar las marcas de mis uñas en tu espalda, en tus nalgas, en todo tu cuerpo. Tanto es mi deseo.

Decidimos pasar una noche juntos. Una sola noche. Después nunca más nos veríamos. Ni siquiera por Skype. Pensamos en un clásico: Una noche en un tren. Pero habría que idear algo que lo hiciera diferente y más excitante. Nos daríamos unos días para pensar.

Los dos estábamos de acuerdo en que no valía cualquier tipo de tren. Aparte de que hiciese un largo recorrido durante la noche, no podía ser muy moderno, de esos que parecen que están parados, porque no se nota el más leve movimiento. Encontramos el Paloma Azul, de Hendaya a París –Austerlitz. Coches con cuatro asientos –literas (dos+dos), en primera clase. Paradas en Saint –Jean –de –Luz, Biarritz, Bayona, Dax y París. Al cabo de poco tiempo recibí un mensaje que decía:

De: Robert <
amoore80@gmail.com

>

Fecha: 13 de septiembre de 2008 19:19:28 GMT+02:00

Para: Eva <
eva340a@hotmail.com

>

“Compraremos las cuatro plazas. Así no nos molestará nadie”.

Y yo le respondí:

De: Eva <eva340a@hotmail.com>

>

Fecha: 13 de septiembre de 2008 21:11:20 GMT+02:00

Para: Robert <almoore80@gmail.com>

>

“No, compraremos tres”.

Le encantó la idea.

De esta forma, la fantasía en el tren resultaría más excitante. ¿Quién ocuparía la cuarta plaza? Las posibilidades eran variadas y muy decisivas para el desarrollo de nuestra única cita carne con carne.

Todo esto parecía divertido pero, conforme pasaba el tiempo y pocos días antes de emprender el viaje, empecé a pensar que, en esta ocasión, yo quería estar a solas con mi amante y dar rienda suelta a lo que tanto habíamos deseado e imaginado. Para eso él me era suficiente. Porque... ¿si subía alguien que por su edad o aspecto hiciera imposible el acercamiento entre nosotros?

Compré la cuarta plaza. Y así me aseguré de que estaríamos solos nosotros dos plazas Pero no se lo dije. Quería que continuase la intriga, al menos para él y, de rebote y por contagio, para mí. Durante los días siguientes, en los mails y los encuentros por Skype, estuvimos excitándonos, imaginando escenas que podrían hacerse realidad. Yo le seguía la corriente.

Él preferiría que subiese una mujer. Una mujer guapa y con ganas de participar, pero se conformaba con que solo quisiera mirar. Fantaseaba con que yo, a quien ya había visto muchas veces todas las partes del cuerpo, desde todos los puntos de vista, pero que nunca había tocado, y la viajera, totalmente desconocida, atractiva, elegante, sensual y complaciente, nos encontrásemos por pura casualidad y capricho del destino, en un departamento de un tren Hendaya –París. Fantaseaba con que la simpatía y complicidad entre nosotras dos surgiría rápidamente. Y así, entre bromas y risas, ella y yo, decidiríamos, para que el viaje se nos hiciera más corto, y animadas por el ambiente caliente y oscuro del vagón, provocarle con miradas y descaradas insinuaciones.

Nuestros juegos seguirían avanzando hasta que él, de momento puro espectador, se sintiera tan excitado por el espectáculo de nuestros cuerpos, ya casi desnudos, y nuestras mutuas caricias, que decidiera participar sin pedirnos permiso.

Estaríamos sentadas frente a él y tan cerca que, solo con inclinarse un poco, nos tendría al alcance de la mano. Nosotras, queriendo facilitarle la tarea, nos aproximaríamos a él, cruzando el poco espacio que nos separaba y, de rodillas, una a cada lado de sus piernas, cogeríamos sus manos y las guiaríamos donde queríamos tenerlas: las dejaríamos jugar con nuestros labios

mayores y menores, y animaríamos a sus dedos a entrar y salir de nuestros cuatro acogedores orificios. Mientras, mi nueva amiga y yo no perderíamos el tiempo. Hambrientas y sedientas por un viaje, sin nada que llevarse a la boca, intentaríamos sacar el máximo provecho a lo más próximo y, sin hacer mucho esfuerzo, ayudadas por el moviendo del tren y turnándonos con disciplina y devoción en la dulce tarea, conseguiríamos en pocos minutos lo que queríamos, quedando los tres saciados y contentos casi al mismo tiempo.

El momento de la realidad se acercaba y los dos estábamos impacientes. Robert me planteó la probabilidad de que, según quien ocupase la plaza que no habíamos comprado, no pudiésemos cumplir nuestros deseos y tuviésemos que terminar el viaje, sin ni siquiera habernos podido tocar. En ese caso, me ofrecía quedarnos a pasar la siguiente noche en un hotel en París. Segura de que eso no sucedería, con la plaza ya comprada en mi ordenador, le respondí que no, que si eso pasaba, la suerte o la mala suerte así lo habría querido y tendríamos que aceptarlo y despedirnos.

No había que preparar maletas, bastaba con algo de ropa y un cepillo de dientes. Yo pensaba pasar el día siguiente en París y coger un tren de vuelta a España esa misma noche. Llegué a Hendaya a las siete de la tarde. El tren salía a las 22.30 h. Habíamos quedado en el vagón media hora antes de la salida. A las 22.05 entré en el departamento y él ya estaba allí. Nos abrazamos y nos dimos un largo y húmedo beso. Era más alto de lo que parecía en la pantalla, tal vez menos joven, pero con los mismos ojos azules y la sonrisa mucho más luminosa. Y eso hizo que mi deseo se acrecentara.

Los viajeros subían con enormes maletas y todos pasaban de largo. Robert me dijo que se sentía nervioso y también excitado, porque estábamos a punto de saber si íbamos a estar solos o acompañados y, en este caso, de quién se trataría. Yo simulaba la misma curiosidad, y decidimos no cerrar la puerta hasta que el tren se pusiera en marcha.

El ambiente del departamento era acogedor. Estaba escasamente iluminado y los asientos, mullidos, se convertían fácilmente en literas. Por fin el tren arrancó, y las dos plazas enfrente de las nuestras, seguían vacías. Decidimos esperar unos minutos para cerrar la puerta y aislarnos del mundo. Él no parecía demasiado decepcionado de que sus fantasías no fueran a realizarse y dijo:

–Este juego lo propusiste tú. Yo lo acepté porque tú lo decidiste, pero me basta con poder olerte, besarte, acariciarte y, una vez dentro de ti, dejarnos mecer por estos movimientos, a veces suaves, otras bruscos, a veces rápidos, otras más lentos, hasta que, agotados y felices, no nos quede otro remedio que dormirnos abrazados.

Yo quise prolongar el juego y repuse:

–El tren hace unas cuantas paradas hasta llegar a Dax. Todavía puede subir alguien que nos guste.

No había acabado la frase cuando unas sombras se pararon delante de nuestra puerta. Detuvimos la respiración. Al segundo se abrió bruscamente y apareció el revisor con dos monjas. ¡Dos monjas! Una mayor y blanca, otra joven y negra. Dos monjas de las de antes, de las que ya apenas se ven, con tocas y hábitos negros. Ignorándonos completamente, el revisor les dijo:

–Han tenido suerte, aquí hay dos asientos libres de dos viajeros que no han subido.

Entraron y se sentaron enfrente de nosotros, rodillas con rodillas. La mayor se explicó:

–Perdonen, pero es que en nuestro departamento había un niño que no dejaba de llorar y era imposible dormir. El señor revisor ha sido muy amable trayéndonos aquí. ¿Les importaría dejarme ocupar una de las literas de arriba? Tengo un poco de claustrofobia y así respiraré mejor. Gracias, Dios se lo pagará.

No podíamos reaccionar. Nos miramos y salimos afuera. Durante unos minutos, nos quedamos mudos, sin saber si reír o llorar. Optamos por lo primero.

Seguimos en el pasillo, casi oscuro y vacío, viendo pasar de vez en cuando, al otro lado de la ventanilla, algunas luces lejanas. Nuestras risas no eran de alegría. Las provocaba lo ridículo de una situación que, hasta hacía unos minutos, era para nosotros inimaginable. Habíamos gastado una cantidad de dinero importante, deseado durante días que llegase ese momento, imaginado toda clase de situaciones... Menos esta, pasar la noche con dos monjas.

Estábamos decepcionados y tristes. Recorrimos el pasillo mirando dentro de cada departamento, por si hubiese alguno libre o, al menos, con ocupantes más apetecibles. Imposible, el tren iba completo. Pensamos encerrarnos durante un rato en los servicios, pero eran pequeños y desagradables. Nos quedamos de pie, yo apoyada en una ventana, frente a nuestro departamento, que permanecía con la puerta cerrada, pero con la cortinilla abierta y él, pegado a mí, frente al oscuro paisaje de la noche.

El pasillo estaba escasamente iluminado y las monjas a oscuras, excepto... excepto la pequeña lámpara sobre la cabeza de la monja joven, que permanecía encendida. Ella, que ocupaba una de las literas de abajo, estaba colocada de tal forma que, desde dentro, podía ver perfectamente lo que ocurría fuera y yo, desde fuera, podía ver perfectamente lo que ocurría dentro. Le dije a mi amante:

–La monja joven nos está mirando.

Noté que su miembro se hacía más presente, excitado por la noticia, al tiempo que comía mi boca con gula y yo, hambrienta, le respondía de la misma manera. Su mano se metió dentro de mi falda y la mía dentro de su pantalón. Nuestras ropas, amplias, facilitaban la labor. No era la mejor situación, pero resultaba excitante porque sabíamos que, en cualquier momento, alguien

podría sorprendernos y, sobre todo, porque éramos conscientes de que la monja estaba mirando.

En ese momento, él, despejando hacia un lado la escasa tela de mis bragas, para que no dificultaran sus intenciones, se acopló a mí, entró hasta lo más profundo. Fue casi violento, con un deseo incalculable por parte de los dos, como si ya nunca más fuéramos a gozar, como si se tratara de lo último que íbamos a hacer, como si nuestra vida dependiera de ello. Los gemidos eran profundos, como lamentos, ahogados por el ruido del tren. Se oía alguna puerta, alguna voz, alguna tos. Entonces Robert, bajaba el ritmo y se quedaba dentro de mí, moviéndose apenas con el ritmo del tren. Yo, impaciente, ponía en marcha mis caderas, me quejaba de tan poca actividad, hasta que él retomaba el dulce traqueteo.

Satisfechos y cansados, volvimos dentro del compartimento, ahora ya solo iluminado por la tenue luz que entraba del corredor. Yo no había perdido de vista a la monja, mientras estuvimos en el pasillo. Acababa de apagar la pequeña lámpara sobre su cabeza, pero era evidente que no se había dormido y que había mantenido la mirada atenta sobre todo lo que ocurría afuera. Especialmente cuando el tren pasaba por alguna ciudad, iluminada a esas horas de la noche, lo que hacía más visible, aunque de forma intermitente, la escena que se desarrollaba en el pasillo. Esa mutua “vigilancia”, había aumentado mi excitación y la de *mipartenaire*, de tal forma que ambos profesábamos un mudo agradecimiento hacia la joven negra.

La monja mayor, con la boca abierta, roncaba como un camionero en la litera de arriba. La otra, tapada hasta el cuello, bisbiseaba, sin duda rezando. Había visto nuestros movimientos y ella, joven y africana, quizás monja solo por huir de la miseria, se sintió excitada y también su mano habría ido a encontrarse con su cálida y húmeda entrepierna. Después, atormentada por los remordimientos y el pecado cometido, habría empezado a rezar desafortadamente y se pasaría la noche así, como penitencia, suplicando el perdón de Dios por tan grave ofensa.

Nos sentamos los dos, en la litera de abajo, a la altura de la de la joven, al tiempo que ella se volvía hacia la pared, dándonos la espalda. A pesar del cansancio, nos apetecía quedarnos un rato juntos, hablando y riendo en voz baja, observando a la religiosa, que no paraba de moverse, de dar vueltas en la estrecha litera y, nerviosa, permanecía sin conciliar el sueño.

Llegamos a Dax y el tren paró unos minutos. Cuando el ruido cesó, pudimos oír algo que nos pareció un llanto ahogado, que provenía de la monja. Me levanté y me acerqué a ella. Tenía la cara mojada por las lágrimas. Y, pensando que probablemente sería del Congo, le hablé en francés, como se habla a una niña cuando está triste:

–Mais non, mais non... Que’est –ce que vous avez? Ce n’est rien, ce n’est rien... –y al mismo tiempo le secaba las lágrimas con mi mano.

Estaba segura de que me comprendía y no pareció molestarle mi gesto sino que, seguramente a falta de amor y de atención, agradeció el consuelo dejando de llorar.

Esa evidencia me animó a seguir con mis caricias y pasé de su cara a su cuello. Llevaba el pelo cubierto por la toca y una chaqueta negra con botones que, poco a poco, empecé a abrir al mismo tiempo que la besaba dulcemente en las mejillas... Después, cerca de la boca, después en los labios, sin que ella hiciera nada, ni opusiera la más mínima resistencia. Mi amigo observaba la escena, quieto, en silencio, esperando la continuación. A pesar de los refajos, llegué a sus pechos y noté que su boca respondía a la mía. Excitada yo misma por esa respuesta, empecé a trabajarme. La tarea se amontonaba. Robert se levantó y se acercó a ella, a la altura de las piernas. Metió la mano por debajo de la falda de paño negro y manipuló, entre medias y braga hasta encontrar lo que buscaba. Yo, que seguía amasando sus pechos, noté cómo la respiración de la monja y los movimientos de su lengua en mi boca se hacían más acuciantes.

No sabía las intenciones de Robert, pero mi duda se disipó rápidamente cuando vi que se ponía un preservativo, le separaba las piernas, se echaba sobre ella con cuidado y, ya con el camino abierto, entraba sin miramientos. Una vez instalado, reclamó mi boca y así, los tres unidos y jadeantes, pasamos un largo e inolvidable momento. Hasta que, después de unas cuantas embestidas, la monja tensó todo su cuerpo y una especie de “quejío” largo y profundo, se oyó por encima del ruido del tren. Nosotros, también colmados, nos retiramos de sus pechos y su entrepierna, contentos por haber cumplido con el mandato divino de consolar al triste. La monja se durmió con una sonrisa placentera.

Al llegar a París, no cruzamos palabra con ella, pero una sonrisa de complicidad era evidente en nuestras caras. Robert y yo, estábamos un poco tristes por tener que separarnos y, sobre todo, porque el tiempo que pasamos juntos había sido accidentado y demasiado breve. Le acompañé a buscar un taxi, nos besamos con ternura y me dijo:

—Al final no ha estado tan mal ¿no?

Estuve de acuerdo con él. No había estado tan mal. Una vez dentro del coche y cuando ya iba a arrancar, bajó la ventanilla para decirme:

—¡Ah! y la monja no era virgen.

Me reí y nos fuimos cada uno por nuestro lado.

IRENE

Si Eva supiera que he citado a J. en mi casa me caería otra bronca, por imprudente.

Tengo tiempo y enciendo la tele, me da igual cualquier programa siempre que no sean concursos donde la gente chilla. ¿Cuánto tardará J.? Me he maquillado pero sigo en albornoz. Miro el reloj esperanzada, J. no acaba de venir y, yo no me atrevo a llamarle. Bailan en mi cabeza sus palabras de deseo, como un hechizo.

Me preparo una copa y un aperitivo, tengo el móvil a mi lado y no suena. Las almendras saladas me hacen vaciar la copa y en la segunda me quedo medio dormida.

¿Qué habrá pasado con el accidente de moto? Apenas me contó nada, habrá tenido que ir hasta el hospital, seguro que la Guardia Civil de Tráfico le ha retenido... al menos podía llamar o poner un mensaje...

Le llamo y no está conectado.

Estoy inquieta, y ¿si ha sido más grave de lo que quiso aparentar? y, ¿si el accidente lo ha tenido él?

Me pongo en contacto con el hospital San Luis y luego con Atestados de Tráfico, me informan de que no ha habido ningún accidente de moto en el lugar indicado. No, ninguno, ni de moto ni de coche, ni ahí ni en ningún otro lado en las últimas 12 horas.

Me ha mentido ¿por qué? No tiene ninguna necesidad de hacerlo, ningún compromiso nos une, ninguna obligación. Desconocer el uno al otro es uno de los puntos atractivos. Caigo en el sillón y permanezco quieta.

Se apodera de mí el hundimiento, tengo el mismo presentimiento que tuve en villa Victoria ese lunes que le esperaba. No va a venir. Ese día también había preparado mi cuerpo para él y no apareció.

De nuevo la impotencia. De nuevo la contradicción se ceba en mí. Pero, ¿qué me pasa con este hombre? ¡Cómo soy tan estúpida! Yo, viviendo una atracción fatal con un seductor de profesión, con un manejador de la palabra. Se supone que no me interesa nada de él, nada que no sean sus brazos desnudos, mi cuerpo entregado. Pero me miente. Bastaba con decir que venía más tarde. O que no venía ¡Miserable!

Me siento humillada. No tanto por el posible plantón como por ser una ingenua. Otra vez estoy esperando y él no vendrá.

El siguiente cuaderno es berenjena, sí, así le llaman a este color indefinido que se puso de moda una temporada, tanto que llegó a las tapas de los cuadernos, los cartapacios y hasta los folletos de publicidad. Color pasajero, como la historia que guardo en él. Su Nick de entrada era Telmo50, solo ese nombre y esa edad me inducían a pensar que se trataba de todo un caballero.

TELMO 50

Pasado un tiempo me asomé otra vez a “la página” de Internet. Seguía llena de hombres deseosos de conversación, confidencias, sexo y amoríos. Las dos primeras, conversación y confidencias, las había cubierto bien con Ragueneau, no necesitaba más Cyranos. Ahora quería directamente sexo y amoríos.

Mi hija Crisu estaba estudiando en esos momentos en Andalucía y había quedado en visitarla durante las vacaciones de Semana Santa. Como sospechaba que no iba a aguantar muchos días en un piso de estudiantes, se me ocurrió buscar algún rollito por el sur. No me fue difícil conectar con Manolo.

Los encuentros con este malagueño empezaron siendo muy frívolos. Y muy divertidos. Su humor surrealista me hacía reír a carcajadas. Poco a poco pasamos a conversaciones de mayor envidia. Se manifestaba como un caballero; de ahí fueron saliendo los deseos y, a los pocos días, ya era capaz de escribir “me gustaría hacer el amor oyendo *El Bolero de Ravel*”. Los dos tonteamos todavía un tiempo en el teclado y empezamos a desearnos.

Pero llegó la foto. Yo no tengo webcam. Era un hombre alto y delgado, ni guapo ni feo... No destacaría su atractivo, pero tampoco producía rechazo. Un tipo normal. Sin embargo, al analizar detenidamente la imagen, veo sus manos, grandes manos, manos con dedos, y finalizando los dedos, las uñas. Todavía tengo en la memoria esas uñas. Uñas de gavilán, de aguilucho, picudas, hasta se me antojan negruzcas en el recuerdo.

Ahí ya no es que empezara el rechazo. Ahí empezó la repulsión. Como el mal olor de alguien, como el asco provocado por una úlcera purulenta.

Miraba y remiraba la foto, hasta la imprimí a gran tamaño. No podía seguir siendo tan maniática. Siempre sacaba pegadas: pinta de seminarista, pañuelos al cuello, barrigas pronunciadas, bigotes inoportunos, bajitos... Lo de bajito era fundamental. Será por mi escaso tamaño, pero me gustan los hombres altos. En cualquier caso la altura es para mí una condición sine qua non.

Pero las uñas... Esas uñas de gavilán hacían que el resto del físico se convirtiera en pajarraco al acecho, esas uñas curvadas, esas uñas hacedoras de brebajes malignos... Esas uñas, con todo un cuerpo unido a ellas, comenzaron a obsesionarme. Era evidente que no podía cortar de repente

con Manolo. Pero también me podía alejar con facilidad y olvidar el encuentro. Volvía a mirarle esperando que me atrajera. Aunque fuera un poco. Al fin y al cabo se trataba solo de un rollo. Qué más daba. Pero las uñas se imponían. Se agrandaban. Se retorcían.

En alguna fantasía sexual me rodeaba de hombres monstruosos. Pero nunca en la realidad. Así fue surgiendo en mí el deseo de enrollarme con un hombre que no solo no me gustaba físicamente sino que me repelía. Era una especie de reto, era como querer ser follada por un demonio con ojos brillantes y libidinosos. Y también era querer sentirme puta. Puta barata.

Me venía a la mente el hieratismo de Catherine Deneuve en *Belle de jour*. La necesidad de ser poseída por cualquier hombre extraño. No acababa de entender ese masoquismo, pero me hacía cosquillas e iba cobrando consistencia.

Así pues, en Semana Santa me dirigí al sur. Primero a Granada con los estudiantes. La mañana antes de partir para Málaga les preparé a los chicos, siempre hambrientos, una succulenta comida. Hubiera prolongado el quehacer culinario indefinidamente y así aplazar la hora de marchar a “cumplir” con esa obsesión aberrante.

Todos celebraron el ágape. A las cinco de la tarde ya no tenía opción, cogí mi pequeño equipaje y me dirigí nerviosa hacia el coche aparcado en un solar próximo a la casa. Abrí el maletero para meter la bolsa y era tal mi alteración que, cuando quise poner en marcha el motor, me di cuenta de que no tenía las llaves. No sé cuánto tiempo estuve ahí, medio desesperada, rebuscando por los bolsos y bolsillos miles de veces. No me las podía haber dejado en la casa, las puertas del coche estaban abiertas. Miraba por debajo y por los alrededores, en una desolación total, levantaba una y otra vez las alfombrillas, no podía pedir ayuda a nadie, no podía irme ni podía quedarme. La angustia iba en aumento. Me sentaba y volvía a empezar la búsqueda, a razonar y a llevar un orden preciso... Sin resultado alguno. Por allí no había nada.

Las llaves resultaron estar donde debían estar, puestas en la puerta trasera, donde yo las había metido para abrir el maletero. Pero ahí no buscaba. Las vi como una aparición. Unas respiraciones profundas, más un cigarrillo lento, me pusieron en marcha. Afortunadamente ir sola en coche me relaja. Una vez tomada la autopista, se crea un tiempo en el que las ideas van sueltas, al ritmo de la música, mientras mantienes una atención ineludible en la conducción.

Al conocer a Manolo, se dispararían las elucubraciones y me encontraría con un tipo normal. Me había recomendado un hotel de El Rincón de la Victoria. Que no hiciera él la reserva me molestó y conscientemente pedí una habitación con vistas al mar para una sola persona. La visión de su aspecto y un primer contacto, no mejoraron las cosas. Es más, las empeoraron. Aparqué en la puerta del hotel y vi por el espejo retrovisor un hombre apoyado en un coche que comenzaba a caminar sonriente. Tomé aire y salí en espera de los tres pasos que le quedaban para lanzarse hacia mí en medio de un molinillo de brazos y aspavientos saludadores. Los tres pasos fueron suficientes para comprobar sus uñas de gavián. Y también que era un hortera. Para colmo, el lugar resultó desolador, un hotel mediocre, construido casi encima de la arena de la playa, vacía, con tiempo húmedo y frío. Manolo, al comprobar en recepción “para una sola persona”, repetía mi nombre en tono paciente.

–Irene, ¡ay! Irene...–como se riñe a una niña que ha metido la pata sin querer, mientras yo ponía carita de ingenua.

En el Parador de Gibralfaro, primera parada turística, me tomé dos copas seguidas. En el coche Manolo había puesto música pachanguera. Y eso no era lo peor. Cantaba acompañando desentonadamente a sus ídolos. Caminaba desgarbado con la chulería más pura de barrio. Hacía chistes sin parar y soltaba una risotada antes de acabarlos. En fin, que dos copas seguidas era lo mínimo. Ayudada por el espíritu de la botella, le seguía la corriente y hasta empezó a resultarme divertido.

Subimos a su estudio, un espacio mínimo donde ni siquiera me senté. Me mostró sus cuadros, más horteras, si cabe. Bodegones de pescados, los recuerdo con el ojo del besugo mirándome fijamente. El mayor mérito del artista consistía en conseguir unas superficies totalmente lisas.

–Toca, toca –me decía mientras pasaba sus dedos por el lienzo.

Antes de las doce de la noche me dejó en la puerta del hotel y quedamos en vernos al día siguiente a eso de las diez. Solo para hacer más turismo. Dormí relajada, con el murmullo de las olas mediterráneas. Nuestra relación ya estaba definida. Sin sexo. Un día más y adiós.

Me desperté a las ocho de la mañana. Tenía dos horas por delante y un balcón que daba a la playa. Pedí un desayuno de zumo de naranja, café y cruasán. Me puse un traje de baño y me tumbé en la hamaca de la terraza a esperar. El sol lo cambió todo. Al cabo de hora y media, el astro rey, el dios de dioses, entretejió espumas y calenturas. Eran los primeros rayos de la primavera, la carne se destapaba y el pensamiento saltaba libre. El sol hizo que se sonrojara mi boca y se abrieran mis piernas.

Nada suele ocurrir como imaginas. Manolo había subido a la habitación a buscarme y le abrí en bañador, caliente. Todo fue por el sol que me devolvió el deseo morboso de ser follada salvajemente por este hombre. Y ocurrió. Pero al revés. Fui yo quien le folló. En aquella cama tan estrecha. Manolo debió quedar totalmente desconcertado con mis comportamientos dispares. De haber sido correcta, amable, hasta simpática, pero en todo momento distante, el día anterior, a tirármelo en la habitación individual con vistas al mar. Hice el trabajo de una profesional.

Mi fantasía no se cumplió como yo había imaginado. Un toque de la camarera del hotel en la puerta y un amago de entrar en la habitación, mientras Manolo, más caliente que todo el sol de la playa, tumbado encima de mí, con el culo al aire, gritaba,

–Ocupadooo, ocupadooooo...

El fragor amainó. Ahí es cuando yo entré en acción. Ahora o nunca, es posible que pensara... O quizás no me dije nada. Me lancé sobre su cuerpo y realicé con esmero un trabajo de cortesana avezada en el placer, mi objetivo era dejarle satisfecho, no podía permitir que mi plan se quebrara en el último momento... Aunque no coincidiera con las expectativas de ser poseída por el mismísimo Lucifer... Desde luego no tuve la sensación de estar copulando con un demonio que paseara sus uñas por mi piel, que me enredara en sus garras desproporcionadas y rasgara mi humedad. No iba a parar hasta que su pasión desatada le llevara a penetrar mi vagina. Le estimulé con mi lengua ensalivada, froté su pene con mis manos y, cuando el miembro erecto del hombre tomó autonomía me entregué a una sesión de suspiros y gemidos con la directa intención de acelerar el proceso y culminar la hazaña. Y lo conseguí a juzgar por la mezcla de risas y jadeos agradecidos.

Una vez hecho, me hubiera gustado marcharme, como quien acaba su horario laboral, satisfecha, la obsesión cumplida. Pero Manolo, siempre inocente, no tenía culpa de mis montajes particulares. No merecía quedarse plantado. El hombre volvía al desconcierto. Porque entré en estado de mutismo, ausente, apenas le hablaba ni le reía sus gracias. Todo él me era ya indiferente.

–Irene, ¿pasa algo? ¿Qué te ocurre...? –le oía decir una y otra vez.

Él, tan contento, no podía entender nada. Mi educación y la mala conciencia me obligaron a ser amable. Manolo, sin ansias y sin nervios, resultó ser el caballero que conocí en “la página” y, al final, sus uñas, en realidad, no eran tan curvas.

Al día siguiente, nada más despertarme, me marché. Encontré en el fondo de la guantera, lleno de polvo, un CD de *L'apocalypse des animaux* con Vangelis como acompañante me fui deslizando por la autopista, más libre que un gorrión escapado de su jaula.

CAPÍTULO IV

EVA

Afortunadamente mi habitación tiene un baño que, aunque pequeño, amplía un poco el espacio del que dispongo en mis nerviosas idas y venidas, con los pies descalzos para no hacer ni el mínimo ruido. Eso me permite estar más tiempo sin salir. Pero tarde o temprano tendré que hacerlo. Mañana, con la luz del día, veré las cosas de otra manera.

Estaba todavía inmersa en el recuerdo de Robert, cuando un sonido familiar me hace volver a la realidad. Una música absurda, chillona e insoportable empieza a oírse fuera de la habitación. ¡Está sonando mi móvil! ¡Y son las dos de la mañana! ¿Quién puede llamar a estas horas de la noche...? ¿Habrá pasado algo? Pero... ¿de dónde viene el sonido? No viene del salón, donde creía que lo había dejado. Viene de la habitación de al lado, la que ocupa el desconocido y, aunque la música es la que llevan miles de móviles, no hay duda. ¡Es el mío!. Él no tiene el suyo. ¡Se lo habían robado!

No quiero salir de mi cuarto ni entrar en el otro a coger la llamada y, aunque lo hiciera, tampoco puedo contarle a quien llame que he metido a un extraño en casa, que está aquí mismo, que me está oyendo y que tengo miedo. A los pocos segundos el teléfono deja de sonar y la voz del hombre, como un murmullo, sustituye la intermitencia del sonido.

Pongo mi oído avizor, me levanto y apoyo la oreja en la pared, sin conseguir entender ni una palabra. Julio habla muy bajo y la conversación dura unos minutos. Después, el silencio absoluto se reinstala en la noche.

¡No es posible! ¿Es una pesadilla? No, es algo muy real. A pesar de estar agotada, estoy bien despierta. ¡La llamada a mi móvil era para él! Me siento mareada por la tensión, cuando un recuerdo me tranquiliza. ¡Claro! Estando en la cafetería donde nos hemos encontrado, se lo he dejado para que llamase a un amigo. ¡A él le acababan de asaltar, justo antes de llegar a la cita conmigo! Le habían quitado todo, teléfono, dinero, documentación... Se lo ha quedado, seguramente sin querer. Se lo habrá echado al bolsillo y yo, con la historia del robo y esta cita tan accidentada, no lo he echado en falta. Seguramente su amigo le ha vuelto a llamar ahora, para ver qué tal estaba. Pero... ¿será verdad que llamó a un amigo? Como en el bar la música sonaba muy alta, salí a la calle para hablar. Me contó también que le habían golpeado en la cara al resistirse durante el robo, por eso tenía la marca, sin embargo, lo que más me asusta en estos momentos es ¿por qué no quiso ir a la policía a denunciar el robo y la agresión? ¿era todo cierto o un montaje para conseguir meterse en mi casa? ¿me he dejado engañar, yo, que me creo tan lista? ¿le he traído conmigo por empatía al haber sido víctima de un robo o por las emociones que prometía y ofrecía con su mirada?

Me arrebujó con la ropa de mi cama, me cobijo, me cubro, me tapo, como si así pudiera sentirme a salvo.

Hieronimus

A veces Irene y yo comentábamos lo que encontrábamos en “la página”. Nos llamaba la atención que ambas recibíamos mensajes de hombres muy jóvenes pidiéndonos citas, algunos de poco más de 20 años, a los cuales nunca respondíamos, entre otras cosas porque teníamos hijos de esa edad. Había uno muy insistente que, por medio de la provocación, intentaba convencerme de que le respondiese:

De: Victor <
hieronymus@yahoo.com

>

Fecha: 15 de septiembre de 2009 09:29:15 GMT+02:00

Para: Eva <
eva340a@hotmail.com

>

“¿No dices que eres de mente abierta? Parece que seas una mujer especial... ¿No te atreves con alguien más joven? Podemos hacer un intercambio. Yo te apporto mi juventud e inexperiencia, solo he estado con una chica. Tú, tu atractivo y experiencia. Podrás hacerme a tu gusto, moldearme como quieras”.

Su nick era Hieronymus y durante días recibí este mensaje:

De: Victor <
hieronymus@yahoo.com

>

Fecha: 27 de septiembre de 2009 10:14 :15 GMT+02:00

Para: Eva <
eva340a@hotmail.com

>

“Me gustan las mujeres mayores. ¡Atrévete!”.

Después de un par de semanas, me acostumbré a sus mails y cada mañana iba al ordenador para encontrarme con el “Me gustan la mujeres mayores...”. Él vivía en Madrid, yo no muy lejos. Creía que se cansaría, pero no fue así y un mes después de empezar a recibir sus mensajes, me levanté, fui hacia el ordenador como todas las mañanas y sentí curiosidad por conocerle. Le escribí y le dije que próximamente tenía que ir a Madrid y que podría invitarme a un café. Hieronymus tenía 23 años. Mi hijo 22.

Me citó en el Museo del Prado, al lado del cuadro de El Bosco *Mesa de los pecados capitales*. La cita, en un museo y al lado de ese cuadro en especial, me llenó de curiosidad. ¿Por qué un cuadro de El Bosco y precisamente el de la *Mesa de los pecados capitales*? Por mi parte, llevaba un discurso preparado para convencerle de que no era posible una relación entre él y yo. Sería la primera y última vez que nos viésemos. Pensaba tratarlo como a un niño, no daría importancia a sus argumentos, casi ni le escucharía. Seguro que es un chulito, como mi hijo. Me divertiría un rato.

Una vez en el Museo, me dirigí directamente a la sala donde se encontraba el cuadro, conocido y apreciado por mí, al igual que las restantes obras de El Bosco. Llegué unos minutos tarde. Eran las 15.35 y ninguna de las personas que allí se encontraban podía ser él. Todos eran

mayores. Me fijé en una inscripción en latín, en el centro de la obra: “Cave cave Deus videt” (Cuidado, cuidado, el Señor lo ve todo). Esa frase hizo que, por unos momentos, me arrepintiera de haber acudido a la cita. Pensé en irme enseguida, porque de pronto me sentí ridícula. ¿Qué hacía yo esperando a un hombre, en realidad a un chico, con el que seguramente me aburriría a los pocos segundos?

Ya que estaba allí, acabaría de mirar el cuadro detenidamente y me iría. Minutos después, oí que unos pasos lentos se acercaban y, enseguida, una voz que decía:

–¿Eres Eva?

–Sí –le respondí, al mismo tiempo que le miraba como si no lo creyera.

–¡Holaj Soy Hieronymus .

El asombro no me dejaba hablar. Esperaba a un niño y el que acababa de llegar era un hombre. Me sacaba más de un palmo de estatura, moreno, ojos negros y una boca que parecía hecha para tentar. “¡Madre mía!” pensé, y hubiese querido esconder cada una de las imperfecciones de mi cara, de mi cuerpo, de mis manos. Hubiese querido tener mil años menos, aunque me habría conformado con no superar su edad, estar en su misma onda, compartir sus gustos musicales, saber lo mismo que él de informática, apreciar el mismo tipo de películas, ser una experta en videojuegos, tener algo en común con él...

Volví en mí con la sensación de haberme quedado completamente tonta. Hasta entonces, no había dicho más que un monosílabo y pensé que debía recomponerme, lo antes posible.

–¿Por qué me has citado aquí? –le pregunté, como si su respuesta me interesara más que nada en el mundo.

–Sabía que eso te intrigaría –me respondió sonriendo. Y admiré sus dientes.

–Quería despertar tu curiosidad desde el primer momento, y parece que lo he conseguido –dijo satisfecho.

Estábamos los dos de pie, el uno frente al otro. Yo un poco de puntillas, para parecer más alta. Hieronymus se volvió hacia el cuadro. Lo admiramos en silencio unos minutos. La lujuria, con la tienda roja plantada en el campo y los dos enamorados con los bufones. La gula, con los cuatro personajes obesos comiendo y bebiendo. La avaricia, con el juez corrupto dejándose sobornar. La pereza, con el cura vago que no atiende sus deberes. La ira, con los dos campesinos borrachos riñendo. La envidia, con el hombre que intenta quitarle la mujer a otro. La soberbia, con la mujer mirándose en el espejo... Entonces empezó a explicarme:

–Ya ves, mi nick es Hieronymus. Así se llamaba él. Así se llamaba El Bosco.

No había caído en esa sutileza. Normalmente, si no conozco la procedencia de los nicks, indago. A veces me dan alguna pista sobre los que lo han elegido. Esta vez no lo había pensado, pero el detalle me gustaba. Y ya eran muchas cosas las que me gustaban de él.

–Pero sobre todo –continuó diciendo–, quiero proponerte algo: mi niñez y mi adolescencia han sido aburridas; mi juventud lleva el mismo camino. He sido el hijo perfecto, el estudiante de matrículas, el novio ejemplar... No salgo apenas, tengo una novia que le gusta a mi familia más que a mí. No bebo ni como demasiado. No soy avaricioso ni envidioso. Nunca he dejado que mis enfados se manifestasen con ira, aunque la sintiera. Ni que mi deseo se convirtiera en lujuria, aunque me atormentara. Pero no soy tonto y lo que representa este cuadro, me obsesiona. No quiero vivir sin emociones. Mi intención es conocer todo lo que me pueda hacer experto en los gozos, aunque también tenga que sufrir las sombras –y sonrió mirándome, como buscando mi aprobación, con la referencia a la obra de Torrente Ballester. –Voy a cambiar mi vida –siguió–por eso te he citado aquí, para explicarte lo que quiero, con el cuadro como testigo. Necesito que me ayudes. Eres lo suficientemente atractiva para gustarme, incluso demasiado, diría yo. Estoy seguro de que sabes todo lo que hay que saber, no solo sobre sexo, sino sobre los placeres que la vida me puede ofrecer.

Yo iba de asombro en asombro. Él hablaba despacio, pero ni lento ni monótono y no dejaba lugar a dudas. Su decisión era firme. Siguió hablando:

–En este cuadro están representados los siete pecados capitales. La palabra pecado es para mí, educado en colegios católicos, lo prohibido, lo sensual, lo morboso, lo peligroso y, por eso mismo, la diversión, la emoción, la pasión... Todo lo que merece la pena vivir y explorar hasta el fondo.

Me disponía a protestar por semejante propuesta, cuando él puso su mano delante de mi boca y sonriendo dijo:

–A cambio, tendrás tus recompensas. Tendrás lo que quieras: mi fuerza, mi deseo, mi carne firme, casi virgen, mis ganas de aprender, mi imaginación, mi obediencia, incluso mi fidelidad si tú quieres, mientras dure el aprendizaje. ¡Ah! Y me llamo Víctor.

Por fin guardó silencio, sin dejar de mirarme, esperando una respuesta.

–Vamos a sentarnos y tomar un café –le dije.

Salimos del Museo y por el camino hacia el bar anduvimos en silencio. Yo pensaba que, a pesar de su edad y su apariencia de hombre, aún era un niño. Un niño bueno, que había decidido ser malo porque le parecía más divertido. Y me había elegido a mí para enseñarle cómo hacerlo. Llegamos al bar, nos sentamos uno frente al otro y pedimos dos cafés. Entonces, por primera

vez, dije algo más de una frase:

–Cuando accedí a conocerte, no tenía intención de convertirme en algo similar a la mujer madura de la novela de Vicinczey. Tampoco quería ser unacougar, aunque estén muy de moda. No podía pasar nada entre tú y yo. De hecho, pensaba no volver a verte. Hubiese podido decírtelo por mail, pero creí que, tras tu insistencia, merecías que lo hiciera de palabra. También quería saber cómo eras y qué querías de mí. Pero nunca imaginé que me pedirías semejante cosa.

Permanecí unos segundos en silencio, para aumentar su impaciencia y añadí:

–Tu propuesta es un reto para mí. Me gusta jugar. Intentaré hacer de ti alguien diferente de lo que ahora eres... Si eso es lo que quieres... ¡Acepto!

La alegría que vi en sus ojos era inmensa. Se levantó y me dio un suave beso en los labios. Salimos y quedamos para dentro de diez días, en un punto medio entre nuestras dos ciudades. Él se fue entusiasmado. Yo, divertida. La próxima vez la cita sería en la habitación de un hotel, que pagaríamos a medias.

Un par de días antes de volver a vernos, le mandé un mail. “Lo más importante para disfrutar de lo que la vida te ofrece es aprender a gozar de los sentidos. De los cinco sentidos. Nuestra primera cita será la cita del olfato. No te pongas perfumes”.

Nos encontramos en la habitación a la hora señalada. Hieronymus, ahora ya Víctor, me abrazó y yo le besé en la boca. Su sabor me gustó, pero todavía no estábamos en la cita del sentido del gusto sino en la del olfato. Aunque ya habían pasado unas horas desde que nos diéramos la última ducha, no volvimos a hacerlo en el hotel para así conservar nuestros olores naturales.

Le dije que se desnudase. Yo permanecí con un vestido de tela muy fina, casi transparente. Me quité las medias y la ropa interior. Cuando le vi desnudo, me acordé de la perfección de las estatuas griegas. Tuve que reprimir el deseo de tocarle, para apreciar la consistente textura de su carne. No estábamos en la cita del tacto. Permanecíamos de pie. Le di la vuelta y con una de mis medias le até suavemente las manos por detrás.

–Para que no me toques –le dije.

Después le pedí que se agachase un poco y pude vendarle los ojos con un fular de seda negro.

–Para que no puedas verme –le dije– hoy no es la cita del sentido de la vista.
–Para que no me oigas –le dije, y puse en sus oídos unos cascos conectados a un MP4. La música, era *International Dateline* de Ladytron. Suponía que le gustaría. Le seguirían otras, de diferentes estilos. Se dejaba hacer, pero su pene iba por su cuenta y no parecía dispuesto a

seguir mis indicaciones. Antes de empezar, se empalmó hasta más no poder. –Hoy solo puedes olerme, husmearme, olfatearme...

Le guíé al borde de la cama. Me senté y le puse de rodillas entre mis piernas. Me eché hacia atrás y él se inclinó sobre mí. Empezó oliéndome el cuello, las orejas, el pelo... Alcanzó la nuca con su nariz para después pegarla a mis mejillas, despacio, deteniéndose a oler dos o tres veces la parte que más le gustaba. Siguió sin un momento de reposo, metió su cara como pudo debajo de mi brazo y olió mi axila, a través de la delgada tela del vestido. Y pasó a la otra. Yo me dejaba hacer. Se dirigió hacia el escote y olfateó entre el tejido y la piel, aspirando con fuerza, como quien saca la cabeza del agua después de haber estado sumergido y a punto de ahogarse. Iba de lado a lado, buscando el olor de mis pechos. Llegó a mis pezones y se paró en ellos. Yo estaba encantada, esperando con paciencia a que alcanzara el manjar más delicioso, todavía más abajo. ¿He dicho manjar? Eso pertenece al sentido del gusto... Eso hoy no toca.

En ese momento noté que la lengua de Víctor rodeaba tímidamente mis pezones. Iba a protestar cuando sentí sus labios chupándolos y su lengua, que había perdido la timidez, los lamía con gula. Y yo me relamía. El olfato y el gusto están muy relacionados, pensé. Puedo, sin romper las reglas, dejar que aprenda a gozar de los dos al mismo tiempo.

Tranquilizada por el razonamiento y estimulada por el entusiasmo del aprendiz, me concentré en mis propios sentidos, sobradamente preparados para cualquier cosa.

Me sentí generosa y decidí que ya se merecía un premio. Apartándole un poco, subí mi falda para dejarle el campo libre. No podía verme ni oírme ni tocarme, pero suplía estas carencias con tal devoción que no parecía echar nada en falta. A partir de ese momento, la gula ya no le abandonó.

Acarició mi cintura con su boca y llegó al ombligo. Parecía que se iba a quedar allí un rato, pero la impaciencia le empujaba a avanzar y así se encontró con el vello del pubis. Un vello muy corto y suave, depilado, no del todo. Lo justo. Lo justo para poder entretenerse un momento, mojándolo con su saliva, hasta que se decidió, al principio titubeante, a bajar un poco más y sumergirse en el reino de las feromonas. Para mí empezaron a sonar músicas celestiales y a él se le atropellaban las ganas de oler y las de lamer y las de chupar. Avaricioso, lo quería todo al mismo tiempo.

Estuvo y se mantuvo entre mis piernas el tiempo justo, con las caricias y la humedad precisas, con el ritmo adecuado, curioso y aplicado, sin verme y sin tocarme. Yo me moría por desatarle y que me tocara, por quitarle la venda y que me devorara con los ojos. Pero él, sin desmayar, continuaba con su dulce tarea. Seguimos casi en silencio, no era la cita del sentido del oído, pero la respiración fuerte y rápida nos delataba. Estábamos al borde de nosotros mismos. A los pocos minutos, perdí el control de mi pelvis. Y tuve la recompensa por haber sido tan buena profesora. Me gustó. Incluso mucho. No sé si me merecía tanto.

Cuando Víctor notó que mis músculos se relajaban, se incorporó y tensó sus ataduras hasta

liberarse, se echó sobre mí, su boca a la altura de la mía y me besó, mientras apretaba su pene contra mi vientre. Noté su semen caliente sobre mi piel al mismo tiempo que un profundo suspiro salía de su garganta. Después se quitó la venda de los ojos y me abrazó. Nos quedamos un rato tranquilos, aún sin hablar, hasta que dije:

–Recuerda el cuadro de El Bosco. En una hora ya has cometido tres pecados capitales: la gula, la avaricia y la lujuria.

Eso le pareció divertido y reímos con ganas. Nos separamos sin haber programado ninguna cita. Estaba contenta, lo había pasado bien, pero dejaría que él tomara la iniciativa, si le interesaba volver a verme. Al día siguiente me mandó un mail.

“Aún tienes que enseñarme a gozar del oído, la vista y el tacto. Estoy loco por aprender”. La próxima sería la cita del oído.

La voz es erógena para quien la produce y para quien la escucha y, como en todo, hay que practicar para sacar el máximo provecho de la sinfonía inagotable de sonidos y palabras que se producen cuando existe el deseo. Lo difícil era encontrar el sitio adecuado. A ser posible, ninguno de los restantes sentidos deberían tomar parte en este encuentro. El teléfono resultaba demasiado fácil. No se me ocurría nada, hasta que... hasta que di con el lugar perfecto, un confesionario. Como en el caso del tren, se pueden encontrar muchas historias eróticas que transcurren en confesionarios. Pero nosotros, no íbamos a meternos dentro a practicar sexo. Simplemente yo me confesaría con él .

Esa especie de caja de madera en la que el perdonante se sitúa en el interior y el perdonado en el exterior, sin verse en el caso de las mujeres, es uno de los lugares más eróticos que podemos imaginar. Entre el que está dentro, un cura, y el que está fuera, un pecador, se han producido las historias, preguntas y respuestas más escabrosas. Hasta cuentan historias de jadeos y suspiros, apenas perceptibles, que procedían del perdonante. Con el estímulo añadido de no conocerse o, conociéndose, con la libertad de saber que todo quedará bajo secreto.

Era consciente de que, si Víctor se atrevía a seguirme, iba a ser algo muy arriesgado, una iglesia, un confesionario... Pero, por eso mismo, mucho más apetecible. No lejos de mi casa había varias iglesias, algunas permanecían abiertas gran parte del día y casi siempre estaban vacías. Elegí una de ellas. Los confesionarios permanecían con las lucecillas apagadas, lo que significaba que no había nadie en su interior, excepto una o dos horas al día, en las que el cura esperaba aburrido por la falta de clientes o por las múltiples confesiones, sin ningún interés, de la beata de la parroquia.

Llamé a Víctor y le conté mi plan. Cuando acabé de hablar, él permaneció unos segundos en silencio y, temiendo que le pareciese demasiado atrevido, le pregunté si no le gustaba la idea. Me respondió:

–Dime sitio, día y hora.

Nos reunimos en la puerta de la iglesia a las 14.30 h, cuando todo el mundo estaba comiendo y el interior desierto. Casi no me reconoció porque mi vestimenta, recatada y discreta, no era la que usaba habitualmente. Me miró y una vez más, me contagié de su risa fácil y de la emoción que transmitía. Él ya estaba preparado para hacer lo prohibido y eso le excitaba. Pero no sabía que, fiel a mis costumbres de no llevar ropa interior cuando acudo a una cita con algún amante, el viento se paseaba a sus anchas debajo de mi amplia y monjil falda.

Víctor, que hasta ese momento llevaba el pelo con un corte más bien anodino, apareció con la cabeza rapada. Le había dicho unos días antes que ese aspecto le favorecería mucho. Lo comprobé en cuanto le vi. Su atractivo iba en aumento y eso, más su facilidad para hacerme reír y la admiración que me profesaba, hacía que esperase las citas con él con verdadera impaciencia.

Ya en el interior de la iglesia, escasamente iluminada por luces mortecinas, fuimos hacia un confesionario que había localizado anteriormente, algo más escondido que los otros.

Él se metió dentro y yo me arrodillé en uno de los laterales. La rejilla que nos separaba era tupida y, añadida a la penumbra de la iglesia, hacía que apenas se adivinara el rostro de la persona que estaba al otro lado. ¡Perfecto para conseguir nuestro propósito! Mi alumno tendría que aguzar el sentido del oído, aguzarlo al máximo, no perderse ni una de mis palabras. Empecé a hablarle muy bajo, casi en un susurro.

–Quiero confesarte mis pecados. Los que cometí antes de conocerte. Pequé de avaricia, cuando quise que el cuerpo de mis amantes estuviese disponible casi a todas horas. Caí en la envidia, en la ira y en la soberbia, cuando los celos se apoderaron de mí. En la pereza, cuando retozaba entre las sábanas con ellos, durante horas, sin levantarme y sin acudir a mis obligaciones. En la gula cuando lamía, comía sus bocas, sus sexos y todo su cuerpo. Y la lujuria, mi punto débil, la suma de todos los demás, más fuerte que yo misma.

–Escucha, mi niño –continué en voz muy baja– la historia de mi amante de los dulces. Imagínate sentada frente a un hombre casi desconocido, hablando de cosas banales. Imagina que, sin venir a cuento, mi pierna izquierda se separa de la otra, despacio, y acaba poniéndose sobre uno de los brazos del sillón, mientras yo le miro sin pestañear. Y mi falda, que se va subiendo hasta dejar completamente a la vista, a su vista, el objeto de deseo, atravesado por la estrecha cinta del tanga. Imagina que él se levanta y pone su falo, en máxima erección, a un palmo de mi cara...

Hasta ese momento él ni se había movido. No había articulado palabra ni sonido, pero, a partir de ese momento, noté que se removía inquieto y, como premio a sus enormes ganas de aprender, pensé que el tacto y el oído hacen buen maridaje y me decidí a romper, una vez más, la regla de experimentar un único sentido. Le ordené:

–Desabrocha los botones de tu pantalón, acaríciate cuanto quieras.

Yo pasé mi mano por debajo de la falda y me apliqué en la misma tarea. Noté que sus suspiros se hacían más audibles y sus movimientos más rápidos. Temiendo que el tiempo de permanencia en el confesionario se acortara excesivamente por el estado de excitación en el que se encontraba Víctor, pasé sin aviso a la siguiente historia, a la historia de mi amante fotógrafo.

–Imagina que estoy mirando a una mujer casi desnuda, que se masturba tumbada en una cama. Yo la miro desde una zona oscura y un fotógrafo, parece dispuesto a sacarle unas fotos en el momento en el que tenga el orgasmo. No pierdo ninguno de los movimientos de la mujer, que permanece ajena a mi presencia, ocupada en su propio goce, colgada de sus gemidos. Empiezo a notar mis humedades, producidas por el extraño y excitante espectáculo y, para cerciorarme, toco la zona de donde proceden.

–Como ahora –añadí.

Alcancé con un dedo mi néctar más profundo y lo introduje por uno de los huecos de la rejilla. “Lame” –le dije. Y él, que ya era un maestro de la gula, chupó mi dedo con ansia. Rápidamente comencé una nueva historia, la historia de mi amante de la webcam.

–Imagina, imagínate, delante de la pantalla del ordenador, vestida completamente, con una sola prenda, como si tuviese piel sobre mi piel, cojo unas tijeras y voy recreándome en cada corte, dejando ver, poco a poco, las partes que yo elijo para que mi amante virtual, al otro lado de la pantalla, no quiera estar en ningún otro lugar del mundo, los pezones, los pechos, la ingle izquierda...

Consciente de que Víctor ya no podría resistir mucho más, decidí cambiar de registro, parar un rato para serenarle, para serenarme, y, después de unos minutos, contarle una última historia.

–Ahora estoy en un tren, de noche, en el pasillo. Un hombre, al que solo conozco por la webcam, se pega a mí y, con un movimiento brusco, me alcanza, se inserta en mi “meeting point”. Cuando él ralentiza su ritmo, yo juego al “hula hoop” con mis caderas. Una monja joven y negra que está tumbada en el vagón nos mira con lujuria y, a la vez, con remordimiento de conciencia, hasta que él, excitado por el movimiento del tren y el mío propio, por el peligro de que alguien pueda sorprendernos y la evidencia de que somos observados, llega a su “trending topic”. Y yo le acompaño.

La iglesia seguía oscura y vacía. Me levanté y abrí la puerta del confesionario. Le cogí con las manos en la masa y tentada estuve de ponerme a hacer un trabajo buco-labial, para intensificar sus ohs, uhs y mmmmmh hhhh. Pero me sentía cruel y le invité a salir, aunque prometiéndole mayores placeres. Esta vez Víctor siguió mis indicaciones de mala gana, abrochó su pantalón con dificultad y salimos los dos, con el deseo escapando por todos los poros. Nos dirigimos a un hotel cómodo y acogedor y, cuando subíamos en el ascensor, me abrazó y me dijo al oído:

–Falta el sentido de la vista. Quiero aprender a utilizarlo sin que tú me digas nada. Quiero mirarte como ninguno de tus amantes te ha mirado.

Esbocé una sonrisa condescendiente al tiempo que pensaba que eso no iba a ser fácil.

Una vez en la habitación, fue él quien me quitó la ropa muy despacio, sin dejar de mirarme a los ojos. Fue él quien me tumbó en la cama y me abrió las piernas con delicadeza. Se acercó a la mesilla de noche, cogió la lámpara y la dirigió directamente a mi vagina, más desnuda que nunca, indefensa como cuando la examina el ginecólogo. Y dijo:

–Quiero conocer cada milímetro de tu parte más íntima, cada valle y cada montaña y, sobre todo, quiero ver cómo aparece la humedad que conforma tu deseo, que me muestra que estás preparada para recibirme y hace que tu piel brille como una joya.

Se desnudó, se sentó al borde de la cama y empezó a explorar. Con dos de sus dedos, casi sin tocarme, separó, acarició, rozó, mimó, palpó, atusó y también... introdujo. Y el índice y el corazón se deslizaron como dos campeones de patinaje artístico; hasta que llegó él, con todo su equipo, al fondo de la cuestión. No me había mentado, nadie me había mirado como lo hizo él, y yo, agradecida, le puse el camino fácil y acogedor para que no quisiera marcharse, al menos hasta que mi garganta se quedase muda de gemidos. Nuestros cinco sentidos, ya sin restricciones, se desbocaron y dejamos que la lujuria y los demás pecados capitales se convirtieran en nuestra mejor guía para conseguir el placer al que todo ser humano tiene derecho.

A partir de ahí, el alumno sabía casi tanto como la profesora. Pensé que mi tarea, en el cumplimiento de la cual había disfrutado tanto como él, había acabado con éxito. Víctor estaba encantado, seguro de sí. Su imaginación y capacidad de disfrute se habían desarrollado hasta un punto que ya no se sabía quién de los dos era el maestro o quién el aprendiz. Se lo dije y no pareció dispuesto a dejar de verme. Se había desarrollado entre los dos un sentimiento que, sin llegar a ser amor, hacía que estuviésemos a gusto juntos y quisiéramos vernos a menudo. Por otro lado, era el amante ideal. Como él dijo al principio, hecho a mi gusto, a mi medida. No tuve ninguna razón para poner punto final a la historia. Así que, seguimos viéndonos hasta el momento en el que él tuvo que marcharse a hacer su trabajo fuera de España. Aún ahora, cada vez que regresa, damos un repaso a todo lo aprendido.

–Para que no se me olvide –me dice.
–Sí, para que no se te olvide –le digo.

IRENE

No vendrá, lo sé, y aún así la incertidumbre no me abandona. La esperanza de que suene el teléfono y oír su voz me impide irme a la cama. Son más de las dos de la mañana y decido llamarle yo. Está desconectado, qué raro. Miro la última llamada recibida y es de Eva, esto no es extraño pero sí lo es que el teléfono de J. no deje huella. No puede ser, la última llamada de Eva es a las 21:07 de esta noche y nosotras no hemos hablado. A esas horas me ha llamado él. Él, J., desde el teléfono de Eva. ¿Se han cruzado las líneas?

Instintivamente marco rellamada y al segundo timbre la voz de J. contesta en voz muy baja.

–¿Cómo tienes tú el teléfono de Eva? –Le espeto
–¿Qué dices?
–El teléfono al que llamo es el de mi amiga Eva –mi tono es sin duda impertinente.
–Ah! Este teléfono... no es mío...
–Ya, es de mi amiga ¿dónde está Eva?
–Espera, es una larga historia...
–¿Dónde estás? ¿Cuántas mentiras tengo que creerte?
–Eh, eh... tranquila... calma... mañana te lo cuento...

Ya sé que no me va a explicar nada. Cuelgo furiosa.

Los espíritus de la noche me traen malos presagios ¿Quién es J. en realidad? No he querido conocerle ¿A qué se dedica?, esos datos elementales que quise obviar me llenan ahora de interrogantes.

Un escalofrío de alarma se cuela por mi columna vertebral, de repente lo veo todo claro: ¡J. y Eva están juntos! Están juntos ahora, mi amante ha ligado con Eva por “la página” y no me lo ha contado. Eva, mi amiga, tampoco me ha dicho nada. Se han conocido y están follando. Los celos de ser desplazada como la hembra favorita explotan en una obsesión circular de preguntas sin respuesta ¿Por qué J. llama desde el móvil de ella? ¿Por qué Eva, o él, desconectan el teléfono? ¿Quiéren aislarme? Pero, ¿por qué esta broma pesada? Eva no puede relacionar a ese hombre conmigo ¿Desde dónde llamaba? ¿Qué nuevo juego habrá inventado Eva?

Las llamadas han sido hechas desde el paseo de los Tilos. ¡No puede ser! Ella jamás lleva a sus amantes a casa. 1ª regla de oro. Su marido está fuera estos días... ¿Qué hace J. en casa de Eva llamando con su teléfono y contándome mentiras? ¿Por qué no he podido hablar con Eva?

Me quedo triste. Necesitada de un hombro que me consuele. No creo que le haya hecho ningún daño a Eva, ni que Eva relacione su ligue de esta noche conmigo. Aún así los celos y la rabia me comen las entrañas. Y la confusión. Confusión porque esa otra es Eva, mi amiga.

Me siento engañada, la noche se me ha derrumbado como un castillo de naipes. Y Eva, ¿Por

qué no me lo ha contado?... Es la primera vez, que yo sepa, que lleva a alguien a su casa y precisamente tiene que ser J., el hechicero, el sugestivo, el incitante hombre que no tiene pasado ni futuro. El hombre al que yo misma también le abrí las puertas de mi casa.

Tomo una infusión con miel y un tranquilizante para meterme en la cama. Para dormir. Parece que me estoy portando como una niña caprichosa, no quiero que los celos me coman.

Para Andrés, Atila11111, ya no recuerdo cuantos unos, elegí el color sepia. Esta historia la guardo en un secreto mayor que las otras. Llegué a enamorarme y no estoy muy segura de si es esto lo que quiero recordar ahora. Pero estoy alterada y nada mejor para alejarte de una historia que otra. Me sirvo otra copa y leo:

Atila11111

Andrés había ido a la barra y volvió a la mesa mientras decía:

–Nada, no hay lechuga.

Estábamos frente a un centollo y un vino de Rueda bien frío. El gesto con el que se quejó de la ausencia de ensaladas me gustó. Delataba una resignación con clase. Me había quedado pasmada cuando le vi bajar de aquel cacharro y me encontré con un *hippy*, de los de antes... ¡Y tan interesante! Porque, además de guapo, era atractivo, cosas muy diferentes pero que, cuando coinciden en alguien, producen un efecto multiplicador.

Llamó por teléfono un domingo por la mañana y sugirió comer juntos. Solo le conocía de un par de mails y apenas lo identificaba, vivía en el campo a poco más de una hora y le había dado el móvil. Estaba entre los seleccionados de “la página” de Internet.

Si me fijé en su primera carta fue porque hablaba del olor, “si te gusta mi olor y a mí el tuyo”. El olor, el sentido más provocador.

Y sucedió. Nadie lo pudo evitar.

Hubo un momento en que cruzamos una mirada. Una única y primera mirada fue suficiente. Esa mirada sin tiempo, sin saber, sin pensar que te eleva a un nuevo estadio, ese que algunos llamamos enamoramiento y que ahora los científicos definen como pura química. Y será cierto. Pero ¡caray! qué química más poderosa.

Ese cruce de átomos o esa secreción de dopamina se produjo mientras nos comíamos el centollo. Empezó cuando, tras volver a la mesa con el fracaso asumido de la lechuga, yo le rocé la mano. Nos enamoramos, esas cosas pasan. Desnudos de palabras y futuros, nos íbamos enganchando como las estrellas al firmamento. El cielo se ponía a existir para nosotros y estaba

en aquel revoltijo de sábanas, en un paisaje de tarde hecho de abrazos y crepúsculo.

–Eres alimento para el cuerpo y para el alma –añadía Andrés, aún con la voz entrecortada, desparramando brazos y piernas en esa cama tan grande.

Los dos éramos aficionados a los masajes. Preparábamos las esencias y desnudos, encima de la cama, nuestras manos empezaban a deslizarse por la piel que, al contacto con los aceites se volvía brillante. Descubríamos en cada pliegue nuevas formas de expansión. Andrés me enseñó a respirar despacio, inhalaba el aire por la nariz y lo exhalaba por la boca. Sin prisas, se ponía frente a mí y coordinaba las respiraciones, de modo que yo inhalaba lo que él exhalaba y al revés. Sentado, con las piernas abiertas, comenzaba a tocar mi piel en caricias largas y circulares y yo, sin apresurarme, me subía en el hombre y lo rodeaba con mis piernas, para continuar con los besos en la piel, poco a poco, hasta llegar a las partes genitales que ya emanaban dulzura.

Cuando la erección se hacía fuerte y parecía que el estallido de la eyaculación iba a llegar, mi amante volvía a las caricias suaves para aplazar el orgasmo y llegar los dos al mismo tiempo. Ahora la iniciativa era mía. Me ponía en cuclillas y el juego continuaba. Su pene permanecía quieto dentro de mí y los músculos internos de mi vagina se apretaban para acariciarlo. El juego continuaba. Ahora era mi pelvis con movimientos lentos la que estimula el erotismo. Y el éxtasis aparecía prolongado. Y sí: éramos alimento para el cuerpo y para el alma.

Los primero meses íbamos por los caminos y las montañas como dos cabras locas, cualquier sitio nos parecía hermoso. Nos contábamos la vida, a retazos, a salto de mata. Hablábamos de la infancia, de los hijos, de las causas de nuestros respectivos divorcios y de la familia. Divagábamos sobre la esencia y la existencia, filosofábamos sobre mundos mejores consumiendo la misma yerba, aromática y excitante, de mayo del 68. Sin hacernos preguntas nos sentíamos felices. Pero Andrés hacía planes para juntarnos a todos en su casa, nosotros, sus hijos y los míos, mientras yo ponía todo tipo de excusas.

–No creo que a Crisu le haga gracia venir hasta aquí, solo va a estar cuatro días –se lo puse en bandeja.

–Entonces, vamos nosotros a tu casa –concluyó.

Nuestra relación solo tenía presente. Sin embargo, Andrés iba haciendo comentarios sutiles sobre el momento de asentar la cabeza. Según decía, estaba cansado de ir de aquí para allá. A mí me bastaba con ser inconscientemente feliz, pero me tomé en serio eso de cocinar y de ser una anfitriona familiar. Aquello se parecía mucho a una petición de mano o a pasar un examen donde sus hijos darían el visto bueno, o no. Una agitación nerviosa se paseaba por mis tripas. Debía pensar en mil cosas.

Andrés había ido a buscar a sus hijos, Crisu y Dani seguían durmiendo. Puse la mesa en consonancia con el evento. Me costó mucho decidir cómo vestirme. No sabía qué imagen dar en el primer encuentro con Andrés y familia. El día que nos habíamos conocido opté por el

comodín del traje pantalón negro, no muy acertado para ir con *unhippy*. Pero lo que hasta ahora carecía de importancia en ese momento se me antojaba fundamental. No conocía a sus hijos y quería gustarles. Combiné todas las posibilidades, de la más clásica a la más informal. Al fin me decidí por una falda recta de cuero marrón y un jersey de color verde seco. Completé con medias negras y botines. Hacia las tres de la tarde ya estábamos sentados dando buena cuenta de los alimentos.

Pensar que yo iba a ser el centro del banquete fue una estupidez. Los chicos se dedicaron a hablar despreocupadamente de sus cosas. Claro que alabaron el menú, pero para ellos era poco importante y supongo que menos importante era lo que hicieran sus padres, a los que consideraban sus "viejos". Creo que ni se fijaron en cómo iba vestida. Hicieron poca sobremesa y a media tarde, Andrés y yo nos quedamos solos, abrazados, felizmente atontados, porque consideramos que el encuentro había sido un éxito. A partir de la comida familiar, sin necesidad de hablar nada, empezamos a sentirnos matrimoniados.

De la misma manera que una frase tan intrascendente como "no hay lechuga" hizo que me enamorara de Andrés, sin darme cuenta, otra frase, un gesto, más simple si cabe, hizo que empezara la decepción. Había conocido al Dr. Jekyll, en todo su esplendor. Mr. Hyde empezó a despertar. En Semana Santa decidimos hacer un viaje y el destino no podía ser otro que la Bretaña francesa. Queríamos o, mejor dicho, yo quería conocer el bosque de Brocéliande, donde suelen situarse tantas leyendas artúricas.

Hicimos el primer tramo del trayecto de un tirón hasta La Rochelle y, nos acogió un hotel del centro, con escaleras de madera y muebles cálidos. Hicimos el amor y dormimos abrazados.

La cama era regia, con un cabecero labrado en relieve. El colchón, regular. El peso de Andrés lo hundía y mi cuerpo, más pequeño, rodaba hasta el suyo. Pero esto no fue problema. La novedad de un nuevo escenario nos había excitado y nos lanzamos al sexo sin preámbulos. Andrés navegaba ya por mis jugos más profundos y yo saboreaba la distancia que faltaba para lamer los suyos. Los movimientos de mi pelvis se hacían anchos y a medida que crecían, los cuerpos enteros serpenteaban. El vaivén de la lujuria se traspasó al somier, y del somier al cabezal, acompañándonos con su chirriar y su golpe seco. El intento de sujetar la madera labrada y seguir en los placeres duró apenas unos minutos. Sin desenredarnos, caímos en la alfombra. No nos importó y nuestras bocas se renovaron en sus búsquedas.

Los placeres corporales con Andrés parecían no tener fin. Esa noche no coordinamos las respiraciones, ni fuimos despacio en nuestros juegos de amor. Los impulsos se volvieron primarios y vigorosos y las caricias, mordiscos. Las bocas, insaciables, acudían a los puntos estratégicos. Nos retorcíamos y volvíamos a girar. Sentada sobre su cuerpo desnudo, frotaba mi clítoris. Él, presionaba mis pezones con el pulgar y el índice para estirarlos y engrandecerlos; en ese momento, mis manos acudieron al relevo de las suyas en forma de bandeja, puse mis pechos en ella y se los brindé acercándolos a su boca. La lengua de Andrés giraba con velocidad de vértigo y era ese vértigo, el que me llevaba a urgirle más y más.

Su pene se abrió camino entre las humedades y mi pelvis, como si estuviera conectada con los

pezones lamidos y mordidos, cabalgaba ya cercana a la explosión de los sentidos.

A la mañana siguiente nos sorprendió una gran tempestad de viento y lluvia torrencial. Continuamos viaje y dormimos en Vannes. Poco podíamos hacer en un lugar que estaba prácticamente vacío. Antes de irnos a dormir nos tomamos una copa en el bar del hotel, donde tres o cuatro hombres bebían sidra en la barra. Yo habría entablado alguna conversación, porque se trataba de lugareños, pero Andrés ya andaba huraño y me arrastró a la habitación. El cansancio hizo que me durmiera pronto. Pero desperté con los gruñidos de mi pareja por ver el balcón abierto, culpándome de algo tan trivial. Habría bastado con cerrarlo sin más, pero no, necesitaba echármelo en cara y yo no entendía nada. Las interrupciones del sueño fueron frecuentes, con aquellos balbuceos casi ininteligibles y en un tono de voz muy diferente al que le conocía.

La lluvia, con intervalos, nos acompañó todo el tiempo. En apariencia no había pasado nada, ya me había olvidado de las pesadillas de la noche y sin embargo una ligera tensión se iba instalando en mí. Al llegar al bosque de Huelgoat el paisaje brillaba limpio y el mero hecho de respirar el olor de la tierra mojada me producía una intensa embriaguez.

Resultaba obligado bajar a la Gruta del Diablo. Mezclados con turistas más o menos temerosos, nos dejamos guiar hasta la mismísima puerta del infierno. La atravesamos y comenzó un camino empinado y laberíntico formado por los espacios que dejaban las enormes piedras encajadas entre sí. Debíamos bajar de uno en uno por trechos mínimos.

El ruido diabólico del discurrir del agua entre las rocas se iba acercando a medida que bajábamos los escalones, mojados y resbaladizos. Se oían las voces de la gente, empequeñecidas por el bramido del agua chocando contra las rocas y revolviéndose en remolinos airados. El estruendo daba miedo. Andrés, estoy segura, sufrió un ataque de pánico. Lo noté antes de apoyarse en mi brazo. Se le veía asustado. Al responderle con mi mano, percibí un temblor conocido. Esa misma piel dubitativa e insegura se mostró ya en los primeros días. Se trataba de un juego, yo le conducía por un bosque, con los ojos cerrados. Debía confiar en mí, que le hacía ver instantáneas fotográficas de gran belleza. Andrés tembló al llevarle por un camino cuesta abajo. Siguió algo inquieto tras abrir los ojos y dimos por finalizado el entretenimiento, sin comentar nada.

Aquella vez pudo escapar de la oscuridad y del descenso involuntario. En la Gruta del Diablo era imprescindible bajar hasta el fondo para poder salir. La hilera de turistas encadenados no podía romperse. El ruido de su respiración quedaba amortiguado por los bramidos surgidos del agujero, convertido en altavoz de las entrañas del infierno. Cuando conseguimos salir del laberinto, la luminosidad, de una pureza mágica, se extendió ante nuestros ojos. Andrés no reconocería nunca sus miedos en la gruta y mucho menos soportaría que yo se los mencionara.

Y a partir de ese momento todo se enrareció. La torre de Babel, con su confusión de lenguas se instaló entre nosotros. Ahora tenía otra voz, otro timbre, un sonido que me desconcertaba y me iba crispando. Procuré no responder a sus provocaciones, sin conseguirlo. Estábamos desorientados, no era la primera vez que tomábamos un camino equivocado y teníamos que

dar la vuelta, motivo suficiente para agredirnos con culpabilidades mutuas.

Pasamos de largo por la Roche Tremolante. El pozo de Argent, con sus aguas rojas como la sangre, tensó aún más mi malestar. Perdidos por un camino solitario, buscando la cueva de Merlín y justo en el momento en el que propuse volver, no escuché un nuevo reproche, pero, de repente, explotó la olla a presión, un torrente de palabras, en ese timbre embroncado, salían de su boca y se iban enganchando en mi cuerpo, encrespado y dispuesto a soltar venenos en un contraataque de palabras cruzadas. Aquello no era una discusión. Era un sinsentido.

¿Qué fondo oculto desconocía de este hombre? ¿Qué miedos envolvían sus temblores? ¿Por qué me consideraba indigna? ¿Por qué me había convertido en objeto de sus ataques punzantes? Intentar explicar, dialogar, parecía tarea inútil. Mi mente empezó a trabajar a toda velocidad, la única conclusión posible era separarnos inmediatamente. Andrés aparecía como un desconocido para mí. Había dejado de ser guapo y no solo por cortarse su pelo tan largo. Sus facciones se habían endurecido, los ojos parecían inyectados en odio, su voz, gutural, chirriante, escupía sapos y culebras. ¿Qué pasaba? ¿Las tormentas le transformaban en hombre lobo? ¿Ciclotímico? ¿Un trastorno bipolar y yo no me había enterado?

Llegamos a Brest muy tarde. Conducía Andrés y al no querer preguntar por la dirección del hotel prolongó la búsqueda durante horas, o así me lo pareció. Cuando por fin conseguimos entrar en la habitación, cuando ya los ruidos se habían convertido en aquel silencio espeso, lié un cigarrito de maría y me lo fumé sin compartir, mientras Andrés estaba en el baño. Esto dio lugar a una nueva sarta de improperios.

La gruta de Merlín había sido un fracaso, pero no pensaba en ello. Solo quería separarme de ese hombre. Al día siguiente nos levantamos con la misma idea. Cada uno por su lado. Llegamos a una localidad cuyo nombre no recuerdo, Andrés condujo hasta la estación del pueblo, se bajó del coche y se fue. Me encontré sola, en medio de la Bretaña francesa, acompañada de una tempestad de agua y viento. Me quedé sentada en el coche, solucionando mi vuelta a España en solitario y calculé tres etapas, dos noches en el camino. Aún permanecí un tiempo ahí, estaba empezando a sosegarme, tampoco era una tragedia hacer el viaje sola.

Reconfortada por esta idea, bajé del coche y entré en la estación sin saber si Andrés habría tomado algún tren. Pero estaba sentado, con apariencia tranquila y mordisqueando una manzana. Me senté al lado, en silencio, encendí un cigarrillo y, pese a las prohibiciones, nadie me llamó la atención. Él me miró. Por toda respuesta arqueé las cejas y encogí los hombros en un gesto de no saber. Acordamos volver juntos y, al llegar, marchar cada uno por su lado.

Me moría de pena al ver pasar los carteles indicadores de lugares que me hubiera gustado conocer. Pero teníamos mucha prisa en separarnos. Dormimos una noche más juntos, poco y mal, en un hotel de carretera. Tuvimos un tiempo escaso de tregua. Estábamos hambrientos, casi exhaustos, todavía silenciosos, tras dos días conduciendo en aquella borrasca que arreciaba por momentos e impedía ver a más de tres metros de distancia. Solo unos pocos coches seguíamos en la carretera, la mayoría desistía a la espera de que amainara.

Aquel pueblo pequeño, de casas de piedra, sin ningún tipo de orden en las callejas llenas de pintadas a favor de ETA tenía un soberbio restaurante. La comida del País Vasco se convirtió para nosotros en el único deleite compartido. Por efecto de los besugos al horno, por llevar tantas horas manteniendo cada uno sus propios pensamientos o porque sentados, uno frente al otro, teníamos que mirarnos, el caso es que, despojados de tantos velos negros, los ojos hablaron, las manos se juntaron, la sonrisa acabó por suavizar cualquier resto de tensión y, al acabar de tomar el café, nos marchamos como una pareja bien avenida que continúa su viaje.

Andrés recuperó su cara guapa, su voz y sus caricias. Ninguno de los dos mencionaba el viaje de las tormentas, que parecía no haber ocurrido nunca. Los cielos azules volvieron y subidos en su cima nos balanceábamos en sesiones de pura felicidad.

En esos momentos quedaba despojada de todas mis angustias. Bastaba que una boca se posara en el cuello del otro y, tras breves deslizamientos, recorriera las mejillas, los ojos, la frente, las sienes, para que quedáramos estremecidos de deseo.

El ritmo ya no importaba, podía ser leve o un volcán imparable. El hecho es que quedábamos atrapados y el deleite que sentíamos en la búsqueda del bocado exquisito, nos convertía en amantes voluptuosos.

Sin embargo, Mr. Hyde también existía, agazapado, y yo, de alguna manera, me negaba a admitirlo. Andrés empezó a ser celoso y a querer imponer normas, lo que conducía a discusiones en las que cada uno se escuchaba solo a sí mismo. Los celos, halagadores en pequeñas dosis, crecieron al punto de llegar a la obsesión.

–¿Debo preocuparme por algo? –decía él a bocajarro cuando nos veíamos después de un tiempo.

Mi cara de sorpresa las primeras veces no impidió la ya obligada pregunta, con voz cada vez más ansiosa. Ese “algo” era el tormento de creer que yo había estado con otro.

–Sí, el típico maltratador –dijo un amigo a quien le hablé de nuestra relación.

Y aún así, yo no lo quería ver, no quería saber. Era tal la habilidad para excitarnos que, nuestros cuerpos desnudos, nuestros sexos mezclados, mantenían el temblor de las carnes. El placer podía llegar a través de los dedos juguetones en el vello púbico, en la calidad táctil de una entrepierna, en un falo succionado por una boca voraz.

No había duda, el sexo ganaba la partida.

Cada vez veíamos a menos gente. Andrés se sentía mejor cuando estábamos solos. Por otro lado, el encanto derrochado en las primeras presentaciones se convirtió en rarezas difíciles de

comprender. Así que dejamos de hacer planes con amigos. El infierno aparecía en cualquier momento para teñirlo todo de tristeza. La metamorfosis podía enturbiar cualquier acontecimiento especial. La voz chirriante mascullando quejas y órdenes chocaba con la mía y aquellos vínculos que nos unían se convertían en daños irreversibles. En las noches atormentadas me entraban instintos asesinos cada vez que me despertaba en un barullo de palabras agrias. Los intentos de separarnos se hacían más frecuentes por ambas partes. Pero nos separábamos para volver.

Y así, inexorablemente, el círculo vicioso de cielo –infierno se instaló en nuestras vidas hasta convertirse en normalidad aceptada.

–Yo ya te conozco. Y sé cómo eres –repetía para achacarme bajezas, siempre referidas a mi infidelidad sexual.

Cuando parecía que ya no podríamos aguantar más, acudimos a un gabinete de psicología sistémica para parejas. Rellenamos cuestionarios, nos entrevistaron por separado y juntos. En una sesión en la que él se presentó con piel de cordero, salté como una leona herida y le machaqué. Salió llorando y las lágrimas sirvieron de lubricante una vez más. Teníamos que hacer acopio de ilusiones, porque la evidencia de quedarnos solos, no la podíamos soportar. Volvíamos a los jadeos y al goce a través del entramado de caricias. Andrés parecía buscar la absolución y su falo de fuego, como un rayo, se adentraba en mi vagina, para convertirla en el centro del placer.

No hizo falta preguntar si tenían lechuga. Andrés partía las patas de un centollo con las pinzas, extrajo un pedazo de carne rosada y me la ofreció. Brindamos y, al chocar las copas, le rocé la mano. Nuestras miradas se hundieron en un mar de tristeza. Ya no había palabras, todas estaban rotas... Un enorme cansancio se apoderó de nosotros. Bebí de la copa y la dejé vacía encima de la mesa. Miré el reloj a la vez que me ponía de pie.

–Es tarde –dije–debo marcharme.

Él permaneció sentado, pegado a la impotencia. Caminé hasta el coche. En apenas unos minutos emprendía el trayecto más largo, solo de ida, y sin retorno. Por eso no quise volver la cabeza ni una sola vez. Tuve que rodear la plaza donde estaba el restaurante para tomar la autopista. Nadie ocupaba ya nuestra mesa. Andrés se había ido. Se me encogió el estómago y di dos vueltas más a la plaza oteando sus alrededores. El nudo se rompió en tantas lágrimas que tuve que parar el coche. No sabía dónde ir, qué hacer, a quién contar lo que sentía. Todos me habrían dado la enhorabuena por la decisión. Enhorabuenas por sentirme como un trapo sucio, por un ahogo en el que se me iba la vida, porque al brindar con la última copa nos habíamos bebido la esperanza. ¡Me sentía tan mal...!

Calmada por las endorfinas del llanto, puse el coche en marcha y conduje sin rumbo hasta la noche. Me encerré en mí misma a cal y canto durante un largo periodo de duelo. Pasaron meses hasta que un día me desperté con ganas de colores y me lancé a la calle. Casi me pongo

un sombrero rojo. El dolor había terminado.

CAPÍTULO V

EVA

Pues si es así, lo ha conseguido. Se ha metido en mi casa. No solo eso, sino que está pasando la noche aquí, justo al lado. Vuelvo a sentarme en el ordenador y busco en el correo la dirección de Irene. Tengo que contárselo a ella, compañera de estas aventuras *on line*. La única que conoce mis historias. Se lo tengo que contar por si me sucede algo, para desahogarme o para que pase el tiempo más deprisa. No me servirá como llamada de socorro porque ella no abre el mail todos los días y menos a estas horas, pero alguien tiene que saber lo que ha pasado... Por si acaso...Y nadie mejor que ella.

De: Eva <

eva340a@hotmail.com

>

Fecha: 24 de septiembre de 2012 03:31:04 GMT+02:00

Para: Irene <

irene77a@hotmail.com

>

"Esto que voy a escribir a continuación solo puedo contártelo a ti. No sé cómo estaré cuando lo leas. Tal vez después nos riamos juntas. O no... Son las 3 de la madrugada. Estoy en mi habitación sin atreverme a salir. En el cuarto de al lado hay un hombre que apenas conozco y tengo miedo. No sé si este miedo es fundado o no. Por ahora no ha pasado nada, no tengo motivos para estar así y sabes que no soy miedosa. Tal vez él esté durmiendo tranquilamente, pero yo no paro de pensar en que algo terrible puede pasarme esta noche y eso no me deja dormir. Ayer volví a quedar con alguien de "la página". Su nick es Tedbundo, aunque parece que su verdadero nombre es Julio. Habíamos intercambiado unos mails, me pareció agradable y, sobre todo, inteligente, lo que me animó a aceptar una cita. Nos saludamos con dos besos y enseguida empezó a contarme, con un borbotón de palabras, lo que le acababa de ocurrir."

Sigo contándole la historia del atraco, que le dejan sin nada, que le hacen una herida en la cara al resistirse, que no había querido ir a denunciarlo a la policía, que le presto el móvil para llamar a un amigo, que no oí la conversación... Y continuó:"Cuando volvió y mientras yo le invitaba a tomar unos pinchos, me dijo que sentía mucho que hubiese pasado todo eso y haberme amargado la noche. Me pareció una buena persona y estaba muy afectado por la violencia del atraco. O sea, que no se me ocurrió otra cosa que decirle si quería pasar la noche en mi casa. Al principio se negó, no quería molestar a nadie, podía dar un paseo por la ciudad o pasar un rato en la estación, que estaría abierta. Al día siguiente su amigo vendría a recogerle... Pero yo insistí y, al final, aceptó. Parecía agradecido y aliviado. Llegamos a casa. Julio sabía de antemano que mi marido no estaba y que mi hijo no vivía con nosotros. Tomamos otro café y hablamos un rato de temas generales. Él, no estaba cansado, pero yo, sí. Con todo lo que había pasado, solo tenía ganas de meterme en la cama sola y dormir. Mañana nos veríamos antes de que se fuera. Nos dimos las buenas noches con una sonrisa y le indiqué su habitación. Yo me metí en la mía. Fui al baño tranquilamente, me desmaquillé, me lavé los dientes, me puse el pijama de felpa y, como hago cada noche, encendí el ordenador para leer las noticias. Dieron la descripción de un asesino en el sur de Francia, que seguramente habría pasado a España. ¡Según esa descripción, podría ser perfectamente el hombre que estaba a escasos metros de mí! A partir de allí, la noche está siendo una pesadilla, sin que por el momento haya ocurrido nada. Nada... Excepto que a las dos ha sonado mi móvil en su habitación. ¡Y ha sido él quien ha respondido a la llamada!".

Arístipo

Salimos de la ciudad y una hora después llegamos a un hotel lujoso en medio de un paisaje espectacular. Entramos y un empleado, después de saludarnos con excesiva formalidad, nos condujo hacia un comedor privado. Un camarero estaba de pie, al lado de una mesa en la que había ostras, jamón de Jabugo y un par de botellas de escogidos vinos. Nada más. Y nada menos.

Todo era perfecto, el mantel, los cubiertos, las servilletas, las copas, el pequeño sofá de terciopelo rojo... Nos sentamos el uno frente al otro y, después de servirnos la bebida, el camarero se fue y cerró la puerta. Yo estaba entusiasmada, pero no quería parecerlo. Las ostras, ya abiertas y colocadas en una bandeja de porcelana fina, estaban colocadas en un lecho de lechuga de roble. El jamón, perfectamente cortado, despedía un olor que hacía difícil no abalanzarse a coger una loncha. Él me miraba y sonreía apenas. Estuvimos unos momentos en silencio, contemplando lo expuesto sobre la mesa, observando la marca de los vinos, uno blanco y otro tinto, hasta que Luca habló.

–Quisiera pedirte un favor. Deja tus pechos al descubierto mientras cenamos.

Me quité muy despacio, sin levantarme, el suéter de angora negro y dejé ver un sujetador también negro de puntillas, bastante tupido. Decidí que no todo iba a ser tan fácil para él y no hice ningún otro movimiento.

–El resto, lo verás después de que den las doce –le dije–. Será mi regalo de cumpleaños.
–Muy bien –aceptó divertido.

Mientras comíamos, Luca se hizo más cercano. Me contó que su padre le había dejado una fortuna considerable, que vivía de las rentas y que no había querido tener hijos. No se había enamorado nunca y tampoco lo echaba en falta. Viajaba mucho y conocía los sitios más selectos del mundo, aunque tenía pocos amigos. Pocos o ninguno. Estaba solo, pero eso no le preocupaba. Se sentía bien así y el día que ya no pudiese hacer lo que le gustaba, se suicidaría. Yo escuchaba y él, sorprendido de que no quisiera convencerle de nada y de que tampoco hiciese juicios de valor, parecía encontrarse a gusto.

Comíamos despacio. Saboreábamos cada bocado, cada sorbo. Me decía que estaba impaciente por descubrir completamente su regalo. Los vinos iban haciendo su cometido. En una mesita pequeña, algo apartada, se hallaban los postres. Mejor dicho, “el” postre. Pastel italiano de sambayón, con salsa de champagne y recubierto con una fina capa de pan de oro comestible de veintitrés quilates.

Se levantó para acercar el dulce a la mesa. Ya casi eran las doce. Se acercó a mí por detrás y, con delicadeza, abrió su regalo. Puso las manos, grandes y fuertes, sobre mis pechos, como un ciego toca una escultura preciosa, queriendo aprendérsela de memoria.

Pasamos casi tres horas aprendiéndonos el uno al otro, animados por el vino, la excelente comida y la erótica del lujo. Me sentía como una reina, a la que no le falta de nada, a la que se

le da todo. Y, ciertamente, en la silla, en la alfombra, en el pequeño sofá... Me lo dio todo.

Yo no había probado nunca el oro comestible y no me pareció demasiado gustoso, pero me fui de allí con el aroma del jamón, las ostras y los vinos y con el sabor de mi nuevo amante en mis papilas gustativas más profundas. Llegué a casa y me pareció que esa tarde había sido feliz.

“Te llamaré”, anunció. Cuando alguien te dice eso, lo más probable es que no lo haga. Con cualquier otro me hubiese dado igual, pero esta vez... Esta vez, dos días después de la cita, ya estaba deseando que fuese él cada vez que sonaba el teléfono. Quería oír su voz, que me dijese que le había gustado estar conmigo, que tenía ganas de verme... Llamó una semana después. No me dijo nada de lo que estaba deseando oír. Me dio instrucciones precisas. Tenía que acudir a una calle a las afueras de la ciudad. Él estaría aparcado. Vería enseguida su coche y tenía que subirme en él. Intrigada por la extraña cita pero al mismo tiempo emocionada por volver a verle, me vestí lo más elegante que pude. Conforme iba llegando al sitio indicado, sentía que la excitación aumentaba por momentos. ¿Por qué me había citado en un sitio tan anodino, sin ningún interés, casi desierto? Y, una vez allí... ¿A dónde me llevaría?

Después de perderme un par de veces, llegué a la calle. Era estrecha y sucia. Su coche parecía más ostentoso y brillante en un barrio tan deprimido. Aparqué el mío, salí, me metí en el suyo y cerré la puerta. Esta vez no vino a recibirme. Ni siquiera dijo una palabra. Yo me había puesto mi mejor sonrisa, preparado mi voz más cantarina para mostrarle mi alegría por el nuevo encuentro y me dejó con la palabra cortada. Sentado, se bajó la cremallera del pantalón con prisa y apareció, como un gallo erguido, su columna de Hércules.

Mientras yo nadaba entre la admiración y la perplejidad por cómo comenzaba todo, él subió mis faldas hasta la cintura, adelantó su mano derecha hacia mi nuca y me mostró el camino, casi con rudeza. Me hubiese gustado tener tiempo para rodear, explorar, ensalivar, ensayar varios ritmos, utilizar manos, labios, lengua... Pero no. Luca lo imponía todo, el movimiento hacia el norte o hacia el sur, el grado de humedad, la presión, la velocidad... Y lo impuso de tal forma que el ejercicio no duró más de tres minutos.

Me apartó de su trozo de carne y sustituyó mi boca por su mano izquierda. Con dos rápidos y secos movimientos hizo brotar de la pequeña raja abundantes gotas del fluido blanco y espeso, que se derramaron por mis muslos. Al mismo tiempo, él echaba hacia atrás la cabeza y un estertor recorría todo su cuerpo. Cerró los ojos un momento, los abrió, cogió unos kleenex, limpió su mano y mis piernas y sin mirarme, se inclinó sobre mí para abrir la puerta y me dijo:

–Te llamaré.

Y me encontré en la calle mientras su coche salía a toda velocidad, haciendo un ruido que me pareció insoportable. ¿Como explicar la perplejidad, la humillación, la rabia que sentí, una vez convencida de que eso me acababa de pasar a mí? Adelanté una pierna hacia mi coche, después la otra, hasta que, poco a poco, llegué y me metí dentro. Me quedé allí un buen rato, en la oscuridad, pasmada, sin hacer ningún movimiento. Nadie, nunca me había tratado así.

¿Cómo se había atrevido? ¿Cómo había sido posible semejante cambio? La rabia se apoderó de cualquier otro sentimiento. Era mucho más fuerte que la humillación o la perplejidad. “Te llamaré”, había dicho... ¿Sería capaz de llamarme otra vez?

Lentamente me iba reponiendo. Le di a la llave de contacto y salí despacio, jurándome que nunca más volvería a esa calle. Llegué a casa. Afortunadamente no había nadie. No tuve que hablar ni disimular ni dar explicaciones. Me duché, me acosté y decidí olvidar ese día aciago y, desde luego, no volver a verle nunca más. Esa noche no pude dormir, ni siquiera después de haber tomado un somnífero. Las imágenes de la primera cita se mezclaban con las que acababa de vivir, haciéndolo todo más incomprensible. No podía olvidarlo y, poco a poco, apareció el sentimiento de venganza que sirvió de bálsamo al orgullo herido. Pero... ¿cómo vengarme? Seguramente ya no volvería a llamarme y tampoco le conocía lo suficiente como para saber sus puntos débiles.

No me llamó. Me mandó un mail:

De: Luca <lucasuizo@luca.com>

>

Fecha: 10 de noviembre de 2010 16:20:10 GMT+02:00

Para: Eva <eva340a@hotmail.com>

>

“Esta vez todo será diferente. Pasaré a recogerte por la puerta del café Sacha el sábado, a las 16 h”.

Oí los latidos de mi corazón por encima de la música que tenía puesta en ese momento, por encima de los ruidos que venían de la calle, por encima de esa voz que sonaba en mi cabeza y me decía que borrarse enseguida el mensaje y no volviese a acordarme de él.

No lo borré. Me senté y me di cuenta de quién era yo en ese momento. Representaba todo lo que había odiado en las mujeres. Sentía una emoción difícil de explicar porque el hombre que me había humillado se había dignado darme una cita. ¿Estaba afectada por una especie de síndrome de Estocolmo? ¿Me había vuelto estúpida, sumisa, sin orgullo? Él no quería sentimientos ni compromisos, solo vivir el momento. ¿Era eso lo que le hacía tan atractivo para mí? Luca ya me había advertido de su forma de ver las relaciones y ese era el problema. No fui yo quien se lo había puesto claro a él. Esta vez era él quien me lo había dejado claro a mí. ¿Y dónde quedaban mis ganas de venganza? Por el momento, decidí hacer lo que me apetecía, dejarme llevar por los acontecimientos.

El sábado a las 16 h en punto, sin retrasarme un minuto, sin pensar en nada, solo teniendo en cuenta mi deseo, subí a su coche. Esta vez salió a recibirme, me besó en la mejilla y arrancó. Me preguntó qué tal estaba.

—Muy bien —le dije—. ¿Y tú?

–Muy bien.

Salimos de la ciudad, hablamos poco y ninguno de los dos mencionamos la anterior cita. Yo estaba expectante. Una vez más Luca conseguía intrigarme. Me di cuenta de que habíamos llegado al aeropuerto.

–¿Qué hacemos aquí? –le pregunté–. No me respondió.

Bajamos del coche, me cogió de la mano y unos minutos después me vi sentada en un pequeño helicóptero privado, al lado de la ventanilla, haciendo enormes esfuerzos para que él no notase que me moría de miedo. Un piloto nos saludó amablemente y puso en marcha el motor. Yo tenía los músculos agarrotados y mis uñas se clavaban en la piel de mi asiento. Luca estaba a sus anchas. Alegre, cariñoso, no paraba de besarme en el pelo, las manos, las mejillas...

Después de unos minutos de pánico, empecé a disfrutar del espectáculo que se ofrecía debajo de mí. Habíamos dejado lejos la ciudad y el mosaico de tierras ocres y verdes, me ayudó a olvidar mis temores, para dar paso a la belleza de enormes montañas, que me sobrecogieron y me hicieron pensar que todo había valido la pena, la rabia, la humillación, el desconcierto... Todo por vivir este momento irrepetible. Como si hubiese adivinado mis pensamientos, se acercó a mi oído y, gritando a causa del ruido, dijo:

–Eres una mujer inteligente, sabes disfrutar de las buenas cosas y no me reprochas mis debilidades. Me gustas mucho.

Yo le miré y sonreí complacida, a pesar mío. Después de algo más de una hora, sobrevolamos la costa y quise quedarme allí para siempre, viéndolo todo desde el aire, contemplando esas maravillas sin sentirme afectada por nada de lo que pasaba abajo. Ya no disimulaba ni pretendía ocultar mi admiración y él parecía encantado viéndome disfrutar. Seguimos volando un buen rato por el puro placer del espectáculo, hasta que Luca le dijo al piloto que ya podíamos bajar.

Descendimos suavemente en un maravilloso prado, inaccesible a no ser en helicóptero. El césped, verde y salvaje, lo cubría todo hasta terminar en un acantilado de vértigo. El piloto cogió un enorme baúl de mimbre con ruedas que estaba detrás de los asientos, lo bajó con ayuda de Luca y lo llevó hasta casi el borde del precipicio. Lo dejó allí y se despidió hasta el día siguiente. Nos acercamos al baúl, lo abrimos y dentro aparecieron diferentes departamentos con útiles para comer, alimentos, una pequeña nevera y lo más increíble, plegada de forma que casi no ocupaba espacio, una tienda de campaña. Una vez montada, era suficiente para albergar a dos personas. Yo seguía emocionada como una niña. Él me abrazaba y me mimaba. Parecía feliz de estar conmigo.

Esta vez no comimos ostras ni jamón. Tampoco utilizamos los platos. Jugamos, corrimos, contemplamos el paisaje hasta que el sol comenzó a esconderse y entonces empezó el banquete. Las cavidades de nuestros cuerpos nos servían para todo, para lo sólido y para lo

líquido. Nadie podía llegar hasta allí, el espectáculo era inmenso y el olor y el sabor del buen vino se mezclaban con el sabor y el olor de nuestra piel, los gemidos con el ruido del mar... Así hasta que, agotados, ya bajo la lona de la tienda, nos dormimos abrazados. Al día siguiente temprano, el helicóptero volvió a por nosotros.

–Te llamaré –me dijo. Y en ese momento la realidad se instaló en mi cabeza.

Una vez en casa, la ansiedad se apoderó de mí. Todo lo que estaba viviendo con este extraño personaje me desequilibraba. No me reconocía a mí misma. Y esa sensación no me gustaba. Nos habíamos separado hacía solo unas horas y ya estaba inquieta, pensando si tardaría mucho en llamarme. Me atraían de él las continuas sorpresas, la diversión asegurada, a veces también su ternura, pero no podía explicarme a mí misma por qué había aguantado el episodio dentro del coche, por qué no le había dicho nada sobre cómo me había sentido o por qué había acudido a la siguiente cita. Lo lógico habría sido no responder a su mail cuando me pidió el siguiente encuentro. Y, además, siempre era él quien decidía llamarme. Y yo acudía nerviosa, insegura... Con una emoción y un deseo que hacía mucho tiempo que no sentía.

Hubo otros encuentros, todos perfectos. En un barco, en una suite de lujo, en una de sus casas... En todos estos lugares él se mostró casi como si estuviese enamorado y el problema para mí era que yo, casi lo estaba. Hasta que un día, me propuso un juego.

–Te gustará –me dijo.

Tenía que vestirme muy provocativa, maquillarme y acudir al número 20 de la calle Casagrande, en la parte antigua de la ciudad. Como siempre cuando acudía a sus citas, tenía un sentimiento de atracción inexplicable, de inquietud por lo desconocido. Me moría por verle. Cuando me miré al espejo después de arreglarme, me pareció que tal vez había exagerado un poco. Llevaba una falda negra por debajo de la rodilla, muy estrecha, con una abertura bastante profunda a un lado y una blusa de seda verde, cerrada por delante, dejando al aire toda la espalda. Zapatos de tacón muy altos, también verdes y un bolso pequeño negro. Pasé un kleenex por mis labios que me parecían demasiado rojos y llamé a un taxi.

El taxista me dijo que no podría entrar en esa calle porque era peatonal. Hacía calor, todavía no era de noche y no me importaba andar un poco. Nos introdujimos en una zona de la ciudad que yo no conocía, pero de la que había oído hablar como un lugar a evitar. Conforme íbamos entrando, me resultaba cada vez más inquietante. Y digo inquietante porque la mayoría de los paseantes eran hombres y las pocas mujeres que se veían no dejaban lugar a dudas. Todas ellas parecían, por su aspecto, prostitutas de las más denigradas. De las que esperan en la calle a los clientes, a veces sucios e, incluso, violentos. Llevada por una curiosidad morbosa y la atracción por lo desconocido, me bajé del taxi y eché a andar calle abajo. Me di cuenta de que parecía una de ellas. Más guapa tal vez y más elegante, pero una de ellas. Los hombres se me acercaban y me ofrecían dinero. Yo estaba deseando llegar al número 20. Una vez allí, me encontré en un portal sucio y destartalado. Pensé en dar la vuelta e irme, cuando oí una voz de mujer que me decía.

–Su amigo la espera en el segundo piso, puerta cinco.

Sentí alivio durante unos segundos, pero enseguida me di cuenta de que alguna sorpresa, seguramente no muy agradable, me esperaba detrás de esa puerta.

Llamé con los nudillos y desde el interior la voz de Luca dijo: “¡Entra!”. Y eso hice. Entré. Y allí estaba él, desnudo. Con una chica desnuda. En una cama que crujía a cada movimiento.

–Cierra la puerta –dijo.

La cerré y me quedé mirando. Me quedé mucho rato o eso me pareció. Estaban sudorosos. Él, sonriente. Ella, sin expresión. Sin duda era una prostituta de la calle. En este caso había tenido suerte. Al menos, su cliente era limpio, no tenía halitosis y le pagaría bien. A partir de ese momento, no existí para él. Se dedicó a la chica con toda la pasión de que era capaz. No la besaba en la boca y la trataba con delicadeza. Parecía interesado en que su compañera de cama disfrutara. Él también lo hacía, eso era evidente. La chica me miraba y tuve la sensación de darle yo más pena a ella que ella a mí. Me sonrió, ajena a los esfuerzos de Luca y yo le devolví la sonrisa. No me sentí excitada. Vi cómo la estaba penetrando y oí los falsos gemidos de la chica, como si estuviese viendo una aburrida película porno.

Me fui. No esperé el final de semejante puesta en escena. Tampoco quería averiguar si iba a pedirme que participara. Me fui sin saber por qué iba vestida a juego con el barrio. Y me di cuenta de que estaba triste. Triste y celosa. Y me asusté. Me asusté por lo que eso significaba. Ese hombre, extraño y contradictorio, no me era indiferente. Esa noche me sentí afectada. Mucho más de lo que hubiese querido. Encendí el ordenador y empecé a escribir. Escribí a Víctor, mi joven amante. Se lo conté todo. Vendría a España a pasar unos días y quería que nos viésemos para repasar todo lo que había aprendido conmigo. Nos despedimos como hacíamos siempre.

–Sí, para que no se te olvide –le dije.
–Sí, para que no se me olvide –me dijo.

Me acosté más tranquila, pero no dormí bien. Al día siguiente, muy temprano, Luca me llamó. No cogí el teléfono. Me volvió a llamar. No lo cogí. Estaba completamente decidida a no proseguir con la relación. No solo por las humillaciones sino, sobre todo, por esa atracción hacia él, que me desequilibraba. En ningún caso quería que fuese a más. Dos días después abrí el correo. Me había enviado seis mails. El primero muy corto: “¿Te has enfadado? ¿Por qué te fuiste? Tenía una sorpresa para ti...”. En los siguientes se alargaba algo más en las explicaciones. Quería justificarse diciéndome que estaba muerto de miedo. Casi desde el primer momento se empezó a enamorar de mí y eso no entraba dentro de sus planes. Pensaba que él tampoco me era indiferente y no lo podía permitir, por eso la sórdida cita en el coche y la de la habitación con la prostituta. Para que mi esperanza, si la tenía, se rompiera en pedazos. Querría haber llegado mucho más lejos esa tarde, para demostrarse a sí mismo que él era el de siempre y para demostrarme que yo solo podía sentir deseo hacia él. En el último mail me explicaba con todo

detalle qué hubiese querido hacer conmigo, si no me hubiese marchado. Intentaba “¿recuperarme?” por un camino que rayaba lo peligroso, echando mano de una escabrosa intriga. Casi lo consigue...

Hubiese querido que yo fuera “voyeur” en la habitación con la chica. Solo que mirase. Sin participar. Según él, observar esa escena me excitaría muchísimo y así estaría preparada para su siguiente propósito. Su plan era salir conmigo de la habitación y llevarme al local más cutre del barrio. Un sitio conocido por él, oscuro, grande y destartado, donde se reunían algunos hombres, muchos de ellos ricos, con prostitutas y hacían una especie de puja, a ver quién de ellos se quedaba con la mejor, para después utilizarla sin contemplaciones delante de todos los demás. Alguna escena parecida se había visto en películas pseudoporno de hace años, y debo confesar, que habían hecho en mí el efecto que pretendían. Pero de ahí a ser la protagonista...

Luca quería ver cómo todos peleaban por mí y se mostraban dispuestos a pagar cantidades importantes de dinero por poseerme mientras el resto de hombres miraban y muchos de ellos se masturbaban. Me describía cómo se había imaginado la escena. Después de unos minutos de puja, uno de ellos, un hombre no muy mayor, no muy atractivo, pero rico a juzgar por la suma que pagaría por mí, adquiriría el derecho de tenerme a su antojo. Luca, como si fuese mi dueño, me entregaría a él. Yo, sumisa por voluntad propia, disfrutaría sintiendo las manos de ese desconocido recorrer mi cuerpo, primero por debajo de la ropa y después yo misma me desnudaría poco a poco, mirando a los ojos de mi comprador e ignorando a los demás, incluso a Luca, que se mantendría en un discreto segundo plano, disfrutando de la escena.

Conforme leía esta descripción, se me iban ablandando los propósitos y ciertas partes de mi cuerpo alcanzaban una temperatura que exigía un trabajo manual delicado e insistente para poder aplacarla. Me puse a ello mientras seguía leyendo con una sola mano. O, mejor, no... Dejaría de leer y sería mi propia imaginación la que desarrollaría la historia. Me veía desnuda, delante de cinco o seis hombres deseándome y comiéndome con los ojos. Yo era para ellos el centro del mundo. Nadie les podía arrancar de allí ni separar de mí. Me movía insinuante, segura, incluso complacida en ese barrizal de viscosos deseos.

Me excitaba el hecho de que, en mi imaginación, yo tenía el poder y manejaba a mi antojo el impulso sexual de esos hombres ricos y, seguramente, despiadados con las mujeres que compraban para sus placeres. Pero también deseaba con todas mis fuerzas que Luca estuviese aquí ahora, en la realidad de mi habitación y que su boca sustituyera a mis dedos. Mis dedos, concedores del orificio que tantas veces habían recorrido, no tendrían inconveniente en que alguien con la misma maestría les sustituyera e hiciera el placentero trabajo.

Meforcé para que él saliera de mi cabeza. Quería acabar –y acabarme– imaginando cómo mi comprador me tumbaba encima de una mesa y yo, ahora dócil, dejaba que me abriese las piernas. Una, la derecha, estaría apoyada en la vasta madera de esa mesa. La otra, la izquierda, la tendría sujeta el desconocido, un poco más levantada, al tiempo que acercaría su lengua a mis labios de abajo. Pero mi mente se rebelaba ante esta fantasía y la cara del comprador no tardó en convertirse en la de Luca. Me di por vencida y, a partir de ese momento, en mi imaginación, sus manos, su boca, su pene y sus palabras, hicieron que mis propios gemidos se oyeran por encima de los de los hombres que eyaculaban a mi alrededor.

Volví a la realidad y se me encendieron todas las luces rojas. ¡No podía imaginar escenas eróticas con otras personas que no fuesen él! Fui al ordenador, borré todos sus mails, su dirección, sus números de teléfono. Lo borré todo. Resistí, a veces con dolor, a llamadas casi dramáticas, a planes eróticos, a promesas de una vida de lujo y aventuras, e incluso a amores eternos. Mi vida, tal cual estaba, me gustaba y no quería complicarla con un futuro incierto a pesar de las promesas. Al cabo de unos meses de insistencias, dejó de llamarme y de escribirme. No supe más de él. Pero Luca siempre será uno de los hombres de los que casi he estado enamorada.

Poco después, Irene y yo pasábamos unos días en una playa del Mediterráneo y decidimos romper con la costumbre de tener citas por separado. Pensamos en hacer una en común con Roger y Sergio, que habíamos contactado por “la página”. Los dos vivían en Barcelona. Para aumentar la intriga, ninguno sabría que habría otro hombre y otra mujer en la cita. Nos divertiría ver cómo reaccionaban, pero, ante todo, queríamos, en el caso de que nos gustaran, pasar unas horas de orgía y desenfreno.

El experimento no salió demasiado bien. A Roger no le gustó encontrarse sin previo aviso con un contrincante y pasó las horas algo enfurruñado, fumando maría sin dar ninguna otra muestra de interés. Ya avanzada la noche, se fue por donde había venido. Yo, que había optado por hacer grupo con Sergio e Irene y pasar horas riendo, fumando y comiendo, me fui a la cama sola, tan contenta. Irene me contó que entre ellos tampoco hubo sexo, pero tuvo un sueño muy surrealista en el que aparecíamos las dos paseando, con nuestros pechos desnudos.

IRENE

No quiero creer lo evidente. ¿Por qué quiero saber si la norma es no saber? ¿Y Eva? es la fatal coincidencia de las tragedias griegas. La imagen de una máscara con dos caras aparece en mi imaginación, con muecas de sarcasmo.

No conozco a este hombre de nada, pero sé de sus instintos primarios. Todo es extraño, no acabo de comprenderlo bien. Vuelvo a marcar el número de Eva y sigue desconectado. Seguro que ellos lo están pasando en grande y yo aquí ¡encima! comiéndome la moral.

No pensar, no pensar. Las imágenes de ellos dos revueltos y enganchados con sus cuerpos me turba, puede que todo sea una casualidad entendible... no quiero pensar. Pero las imágenes me atrapan. Eva se exhibe ante un J. que babea de gozo contemplando su cuerpo desnudo y mis entrañas se retuercen. No quiero saber nada. El dolor del orgullo herido es peligroso.

Las dos en brazos de J. Del hombre que lleva su chupa de cuero como una segunda piel. Del hombre que mira sin disimulo cuando quiere. Del hombre que sabe utilizar su boca como la llave a todos los deleites.

Si estos escritos eróticos llegasen a alguien sentiría más pudor por mostrar mi alma que por desnudar el cuerpo. Ni siquiera Eva sabe de su existencia, sería la única que podría leerlos. Las dos hablamos de todo pero no entramos en los detalles íntimos. El hecho de ser secretos hace que todo lo que ponga salga libre, sin censuras ni miramientos.

Parece que la química de las pastillas calma el molinillo de mis pensamientos. El cuaderno morado habla de Lisboa y me han entrado ganas repentinas de volver a esa ciudad. Para recorrer los lugares que conocí con Eduardo, mi poeta. Y Alfredo... a éste le debo la noche lisboeta, una noche entre mil noches; Alfredo había elegido como Nick Calixto50, sin duda buscando a su Melibea.

Calixto50

Alfredo llegó a mi correo con calma, con un gran saco de ternura y palabras bellas, como una nana que te arrulla, como un bálsamo. Su fotografía era la de un hombre agradable, sin ninguna peculiaridad, pero despertaba simpatía con esos ojos que miraban directamente a la cámara y esa media sonrisa sin malicia. Desde el puente de Piedra, Alfredo y yo contemplábamos el Ebro.

—Todo cambia y todo permanece —dije mientras veía cómo una gran mata de plantas, en medio de la quietud del río, dividía el agua y la rizaba en volutas diminutas hasta volver de nuevo a la calma.

La imagen era invariable y, al tiempo, cambiante. Entonces Alfredo, empezó a recitar de

memoria a T. S. Eliot:

—«Tú, señora, eres la eterna humorista,
la eterna enemiga de lo absoluto,
¡dando a nuestro vago humor el más leve giro!,
con tu aire indiferente e imperioso
para refutar de un golpe nuestra loca poética».
«¿Pero es que hablamos tan en serio?»

Confieso que me pilló desprevenida, pensaba que seguiría hablando de los filósofos griegos y recita, saboreando cada palabra, a Eliot. Me pilló desprevenida también el que eligiera esa estrofa, ¿acaso quería describirme a mí? Si era así, no salía muy bien parada. Sí, me identificaba como la eterna enemiga de lo absoluto, pero ¿me veía “indiferente e imperiosa”? No supe reaccionar. Me habría gustado contestarle con otro fragmento, otro poema que no acababa de encontrar en mi memoria. Ante mi estupor, añadió:

—«¿Cómo comenzar entonces
a escupir las colillas de mis costumbres y mis días? »

Este giro, más inesperado aún, cambió tanto mi cara que los dos empezamos a reír a carcajadas. Yo aún no sabía si bromeaba o si me daba mil vueltas y había encontrado una vulgaridad mi referencia a los clásicos y el río. Preferí no averiguarlo de momento. Antes debería releer la poesía de Eliot. Al levantar la copa por tercera vez para brindar con vino del Somontano, le pedí que volviera a recitar el poema. Y sí, él me había visto en esos versos. Una vez que alguien te ve de esta manera tienes dos opciones, odiarle para siempre o quererle, y fue esto último lo que empecé a hacer. Cuando me dijo adiós en la puerta de embarque, mi cuerpo, totalmente esponjoso, llevaba puesto un manto de ternura.

Algo habían removido en mí esos versos de Eliot. Comprendí cómo Alfredo veía mi yo racional. Me sentí descreída ante esas invocaciones de magias. Cierto que me comportaba con indiferencia e imperiosa. Pero no iba a dejar de hacerlo y me preocupé por mí. La imagen devuelta por Alfredo no me gustaba.

El siguiente encuentro fue en Lisboa. Pronto nos pusimos de acuerdo, a los dos nos había engatusado la ciudad. Con Lisboa también sucedía que la amabas a la primera y para siempre o no te gustaba nada. Nosotros dos adorábamos Lisboa.

—¿Sabríais decirnos algún lugar de fado, de los de verdad? —le pregunté a los de la mesa de al lado.

El griterío del café a esas horas de la noche hacía que todos fuéramos elevando la voz hasta llegar casi al chillido. La mesa la ocupaban dos chicas jóvenes y un hombre, más o menos de nuestra edad, bien servido de copas a esas alturas. Alfredo había reservado dos habitaciones en un hotel del Barrio Alto. Cuando llegué, él ya estaba ahí, pero no hubo encuentro entre

sábanas. Sugerí salir inmediatamente a cenar y lo hicimos en un restaurante con mantel de cuadros y comida casera. No sé por qué no quería volver al hotel. Me bastaba con estar al lado de Alfredo, con hablar y hablar como fuentes inagotables de palabras, quizá de versos. Le pedí que fuéramos a tomar una copa y entramos en La Tertulia, café frecuentado por gente de Lisboa.

El hombre de la mesa de al lado intentaba explicarnos lo del fado y yo insistía en que no quería espectáculos para turistas. Los tres salimos a la calle. Respirar oxígeno me despejó. El lisboeta se presentó como Eduardo, dándonos la mano.

—Alfredo, Irene —contestamos nosotros.

Eduardo parecía a gusto dentro de sus vaqueros caídos, su camisa con bolsillos y gafas de montura metálica, más cercanas a Lennon que a Versace. El pelo, de un rubio oscuro, se le iba hacia atrás en total descuido y los ojos azules se le escondían tras las lentes cada vez que reía. Nos dijo que no, no conocía ninguno, pero nos llevaba a un sitio tranquilo, el Pavilhão Chinês. Pensamos tomar una copa rápida y regresar después a ese hotel de las mil y una noches. En este caso de una sola. Y teníamos que vivirla. Alfredo y yo nos habíamos dedicado muchas palabras vía mail sin manifestar ardientes deseos, aunque quedaba implícito un encuentro carnal. Yo quería imaginarle tímido y él debía de pensar lo mismo de mí. Los acercamientos corporales se basaban en el mimo y en las ternuras. Parecíamos no necesitar más.

Subimos por la Rua Dom Pedro V y, antes de llegar a Príncipe Real, nos topamos con el local.

Alfredo se dio cuenta. Fue el primero en percibirlo, antes quizás de tomar los cócteles sentados en los mullidos sillones del Pavilhão, antes de que apareciera ese magnetismo entre la voz de Eduardo y mi alma muda. Eduardo recitaba, a petición mía, uno de sus poemas.

—«Discreta vens, ao cair da tarde, entre o jardim e os primeiros relâmpagos da noite, surgindo no enigma do baralho»

Me miraba a mí, Alfredo dejó de existir, hablaba de desear mis brazos, mi cuello altivo y mi secreta ambigüedad. O decía:

—«Por ti lançaria ao mar as barcas da memória...» —nombraba la curva de mis caderas y mis hombros redondos de deseo...

Yo le miraba a él.

Cuando terminó de recitarnos su *Dama de Copas*, miré a Alfredo. Se llevaba el cóctel a la boca y me dedicó su media sonrisa, sin malicia. Volví a la realidad y esta me superaba. Mi respiración empezaba a ser profunda y costosa. Aire, necesitaba aire y salí a la calle.

No sé exactamente en qué momento me volvió la razón para poder tomar conciencia de dónde estaba y qué debía hacer. Apagué el cigarrillo y volví a entrar. Los dos, hombres y poetas, charlaban relajados. Pagué las copas y propuse salir a dar un paseo. Alfredo no perdió la ocasión de pasarme el brazo por los hombros en un gesto de propiedad. Yo correspondí. Caminamos hasta Príncipe Real y, ante un amago mío de emprender la retirada al hotel, Eduardo insistió en tomar otra copa, esta vez le tocaba invitar a él. Y luego le tocó a Alfredo. Ya en la cuarta copa, bajé las escaleras de caracol que conducían a los servicios agarrada a la barandilla. Mientras buscaba el equilibrio para vaciar la vejiga, decidí no beber más. Era el momento de retirarse. Me lavé las manos y la cara y subí para volver a ver cómo un hombre bebía desamor en la barra, aunque ahora me pareció que su copa escondía una guinda.

¿Cuándo se perdió Alfredo? ¿Cuándo nos perdimos nosotros?

—¿Y Alfredo? —dijimos casi a la vez al ocupar una mesa libre.

Estiramos la vista por todo el local en su busca, Eduardo bajó a mirar en los servicios, no recordábamos haberle visto ni bajar ni subir. Le llamé al móvil. Desconectado. Preguntamos a los camareros hasta que una chica dijo haberle visto salir hacía, más o menos, una hora. ¡Una hora! Pero, ¿dónde se había metido este hombre? Y ¿cómo habíamos tardado tanto en echarle en falta? Yo había pedido una tónica y me había sentado en un taburete, junto a Eduardo, que apoyado su codo en la barra, se perdía en mis ojos, sin decir nada.

—Irene —dijo tras una larga pausa—, Irene, mi Dama de Copas.
—No, no —repetía yo—, soy una tremenda desencantada, no creo en nada. No...

Pero con cada “no” que salía de mi boca mis ojos se enredaban más en su mirada. ¡Y esa escena había durado una hora! Salimos a toda prisa y empezamos a bajar por una calle buscando a Alfredo en todos los bares de la noche lisboeta. Mi preocupación se acercaba a la de una madre que busca a su hijo. Una losa de responsabilidad se instaló en mi pensamiento. Alfredo había desaparecido. Su teléfono no contestaba. Y cada bar del que salíamos sin haberlo encontrado hacía que me sintiera más culpable ¿De qué? No llegué a pensar en ningún momento en secuestros o accidentes, mi pesar era porque yo era mala, en cierta medida traidora. La traición como el peor de los comportamientos. La confianza traicionada, la amistad traicionada, mi lealtad por los suelos, las promesas no nombradas se convertían en mi cabeza en traiciones. Convertida en la más ruin de las mujeres, volvía a marcar el número de su móvil.

Acaso Alfredo se había marchado porque nos había visto mirarnos en la barra. O acaso se cruzó con otra y se fue con ella. ¡Qué disparate! ¡Eso habría deseado yo! Aunque solo fuera para aliviar el sentimiento de culpa. Pero ¿acaso tenía alguna obligación con él? Habíamos ido a pasar un fin de semana a Lisboa y hasta que se volatilizó, parecía estar disfrutando. Además, él había insistido en la cuarta copa.

—Para beber la quinta copa —decía con una voz que empezaba a estar pastosa y se le resbalaba

alegremente por la lengua –hay que haber bebido las cuatro primeras... Poco a poco –completaba despacio, en un susurro cómplice.

Y luego desaparece. Pessoa no habría vivido tanto desasosiego.

–Alfredo i por fin! ¿Cómo estás?
–Bien, bien –respondió Alfredo al otro lado de la línea.

Al cabo de otra hora de búsqueda, se nos ocurrió llamarle al hotel y ahí lo encontramos. Todo el peso de la culpa se derritió al escuchar su voz. Ya relajada le insistí en beber la quinta copa.

–Bebedla vosotros –dijo–, estoy a punto de dormir.

Mi cuerpo se sintió ligero, era como darme permiso, como un padre bendiciendo la conducta de una hija. Y así, nos fuimos Eduardo y yo a beber la quinta copa.

A las siete de la mañana del día siguiente, bajé de las calles Altas a la plaza del Rocío y al Marqués de Pombal para dirigirme hacia el río que se asemejaba a un mar en calma. Sentada en unas escalerillas, recibiendo ese primer sol que hace caducar la noche, vacía de pensamientos y llena de sensaciones, me venían a la cabeza las palabras de Eduardo “por ti lançaria ao mar as barcas da memoria...”. Cerraba los ojos y la gula de más besos me volvía a llevar a las sábanas, a la danza de nuestros cuerpos lamiendo la magia. El sabor de mi boca era su boca y paseaba mi lengua por unos labios que se abrían regocijados explorando el manantial del deseo.

Nuestros cuerpos desnudos habían flotado en el tálamo acotado del resto del salón, por estanterías llenas de libros. Era un amplísimo espacio con la pared del fondo hecha cristalera que te asomaba a la Lisboa desparramada en cascada hasta el Tajo. Te invitaba a volar. Y volamos, como cuerpos ingravidos que a cámara lenta se envuelven el uno en el otro. No existía más mundo que nuestros suspiros rizando el aire.

Nada más llegar a su casa la música de René Aubry llenó la habitación. Cuando sonó su *Killer kid* comencé a bailar. Inicé un leve movimiento de caderas que, recreándose en las danzas del vientre, se iba abriendo en círculos concéntricos. Los brazos, liberados de su peso, rotaban como prolongaciones de alas y, por último, los pies y las piernas se sumaron al movimiento. Le ofrecí la piel de mi cuello esquivo, me acercaba y alejaba de su boca, siguiendo la lentitud de las ondulaciones sinuosas. Pegaba mi cuerpo a su cuerpo y volvía a separarlo. Rozaba mis piernas con sus piernas y me demoraba en el centro, relamiéndome en ese ir y venir prolongado. Apenas una leve sonrisa y los duendes excitados aumentaban esa danza de ida y vuelta.

Los movimientos suaves y fluidos se hicieron grandes y rápidos. Los brazos serpenteaban, las caderas se desplazaban en ondas, los hombros rotaban en una vibración que inflamaba mis pechos.

Eduardo se mantuvo en su sitio. Contemplaba la sensualidad de la danza y su mirada azuzaba la transformación, la metamorfosis. Las tristezas viejas, sin llorar, acudieron como un bálsamo a posarse en mis brazos, y se evaporaron. Miro a Eduardo mientras, a golpes, me desprendo de todo mi atrezo. El giro me lleva hacia él. Distraída, desabrocho el pantalón; la cremallera, ansiosa por correr la misma suerte, se baja sola. Como si se tratara del banderín de salida, veo su pene. Mi amante inicia el desahogo de toda su excitación y saciamos los más primitivos deseos, hasta que los sentidos no distinguen entre el misticismo y las bajas pasiones.

Las escaleras en las que estaba sentada empezaron a llenarse de grupos de turistas pegados a sus cámaras. Me levanté y busqué un lugar para tomar un café y hasta un desayuno completo. Alfredo me vino a la cabeza. Alfredo, Alfredo... Debía verle... Además, las habitaciones del hotel estaban contratadas hasta mediodía. Pagué la cuenta y busqué un taxi.

Cuando llegué a la recepción, pedí un sobre y un bolígrafo. Escribí la dirección de Eduardo Guerra Carneiro, metí un ticket de compra con anotaciones y encargué que lo enviaran. Subí a la habitación y, temblorosa, llamé por teléfono a Alfredo. ¿Cómo me sentiría yo si hubiera sido al revés? Creo que la histeria se me habría apoderado. Alfredo contestó cariñoso, con alegría diría yo, y hasta con alivio. ¡Por fin había aparecido! Comprendí su preocupación. Quedamos en vernos abajo. Mientras me duchaba, mi mente volvía a la noche lisboeta, a la esquina de la calle que dejamos sembrada de besos.

¿Y Alfredo? Hice una respiración profunda mientras me envolvía en la toalla. Habría querido desaparecer. Por teléfono mostró amabilidad. Pero cara a cara... Volvía a sentirme pequeña y el aguijón de la culpabilidad picaba insistentemente en mi conciencia. No me culpaba de haber vivido esa noche, ese sueño, esa magia ¿Culpable porque Alfredo quedara desplazado en una noche apalabrada? No sabía, no sabía ni qué iba a decirle. Estaba totalmente confusa.

—¿Cómo está la Dama de Copas esta mañana? —dijo Alfredo cuando salía del ascensor con la maleta.

¡La Dama de Copas! El rubor tiñó mi cara. Los ojos de Alfredo volvieron a leerme el alma. Me dejé abrazar como se abraza a una niña desconcertada. Me cubrió de comprensión. Dejamos el equipaje hasta la hora del vuelo y nos lanzamos calle abajo. Cuando empecé a contarle, me precipitaba en palabras y me ahogaba.

—¿Pero por qué te fuiste así de casa de Eduardo? —preguntaba Alfredo intentando darme sosiego.

¿Por qué me había ido? Como una ladrona en la penumbra, para que con el nuevo día no se rompiera la magia. Para que el sueño no se desvaneciera por la mañana. ¿Me había ido o había huido?

En dos ocasiones Eduardo me llamó por otro nombre. Podía haber invocado a todas las damas del universo, aquella noche yo era mujer y él era hombre, en genérico, encarnábamos a todos los amantes. Y se mezclaron los aromas de todas las tierras. La perfección existía pero era única en su especie. Exclusiva. Bordada en una conjugación de placeres puros.

No era capaz de desprenderme del recorrido de mis pechos sobre su espalda, sobre su torso, sobre su sexo, sobre su boca que bebía el placer de la entrega. El perfume de la memoria salía de mi ombligo y se proyectaba en el baile apretado cuando, antes de que nos acogiera el tálamo, nuestros cuerpos se hicieron uno en ondulaciones. Vibrábamos como instrumentos musicales acompasados. Las plantas de nuestros pies se apoyaban desnudas en el suelo, mientras los brazos se elevaban. Y la música aumentaba los deseos y la lujuria.

Esa noche no se podría repetir, ni esa noche, ni esa danza. Danza que ya formaba parte de mi patrimonio.

Cuando, todavía en La Tertulia, preguntaba por el fado, me movían intereses alejados del canto. Eduardo había llegado a la mesa de las dos chicas e intercambiamos un saludo.

–¡Ah!, españoles...

El fado era la excusa para seguir hablando. Pero esto lo supe después. No sé si Alfredo se había dado cuenta. Pero percibió algo en mí cuando, al entrar en el local, me quedé mirando la imagen de un hombre con el codo recostado en la barra. Eduardo, con su copa en la mano, bebía desamor. La fragilidad del olvido no era suficiente.

–Pero ¿por qué no le llamas? –insistía Alfredo.

Desde el mirador de Santa Justa se dominaba la ciudad. Había un viento suave que me hacía bien. No le podía llamar, no tenía su teléfono.

–Ve a su casa, vamos, yo te acompaño.

No podía ir y no podía salir del hechizo. Volvía una y otra vez a esa suavidad de la noche infinita, a ser princesa y a tener príncipe. El cuerpo del hombre volvía a erguirse y volvía a rodear a la mujer alada. Dos espíritus puros no habrían encontrado tal acoplamiento.

El espacio acotado del salón, fue testigo de la unión de nuestros cuerpos. El aire se volvió fuego, una dama le ofreció su copa, convertida en lago y su miembro crecido buceó hasta el puerto de las pasiones.

Permanecía sentada en el sillón frente a la cristalera de la noche y contemplaba una estantería, la única sin libros, llena de frascos de cristal transparentes conteniendo arenas de diversos

colores. Eduardo coleccionaba arenas, de las playas o de los desiertos. El arco cromático creado de balda en balda formaba un conjunto armonioso. Yo no quería dormir. No quería perderme ni un instante de una noche a punto de acabar. La última media hora permanecí abrazada a Eduardo al lado de su sueño, luego, me había levantado y recorrido el salón con los pies y con la mirada. Como quien hace un último repaso para no olvidar nada.

Me senté y esperé. En el momento en que las luces de la noche y las del día empezaron a mezclarse, cuando ya se distingue el hilo blanco del hilo negro, me vestí y me dirigí a la puerta de salida. No fue romántico, lo confieso. Nada más abrir, una alarma estruendosa empezó a emitir sonidos agudos como para despertar a toda la vecindad. Las reacciones ante el pánico son imprevisibles. Cerré la puerta de golpe y eché a correr escaleras abajo. Al llegar al descansillo me paré en seco y volví a subir. Me puse delante de la puerta bajo aquel sonido reiterativo e insoportable. Eduardo abrió con cara asustada y entré, sumisa, como una niña arrepentida de su mal comportamiento. Quitó la alarma y empezó a deambular por la habitación frotándose los ojos. Yo, sentada en un sillón, guardaba silencio. Lentamente empecé a decirle... Apenas me salían las palabras...

–Debo marcharme...

Sus gestos indicaban desazón, pero yo insistía, “debía” irme ya, en ese mismo momento. Ni él entendía ni yo sabía explicarme. Más que rendirse, le venció la pastilla para dormir que había tomado. En la radio del taxi, después del desayuno, sonaban los Platters. Busqué dentro del bolso y saqué un ticket arrugado. Pedí un boli al taxista y escribí: “Only You can make the darkness bright” en letras grandes. Luego añadí, aprovechando todo el espacio: “estas cosas pasan una vez en la vida, y ni siquiera en todas las vidas”. Más tarde lo metería en un sobre y escribiría su nombre en él.

Alfredo y yo pasamos el día paseando por Lisboa y sentándonos en sus terrazas. Llegó a confesar un inicio de celos mientras oíamos *Dama de Copas*. Había intentado recuperarme. Pero también admitía haber sido víctima de la inconsciencia de todos. La noche de Lisboa nos había confundido.

–Para tu bien, princesa –¡Oh! y además me llamaba princesa.

Alfredo no contó más. Probablemente se guardó para sí la desazón de ver cómo un cambio de tercio se imponía en la cuarta copa. O, quizá, no hubo desazón sino descanso. Nuestra relación no se basaba en la atracción sexual aunque, seguramente, lo habríamos intentado de no haberse cruzado esa atracción atávica.

El recepcionista que guardaba nuestras maletas, me entregó un sobre grande, con un libro dentro. Con letras cursivas de trazo rápido y picudo podía leerse: “Irene”.

Alfredo y yo nos abrazamos largamente en el aeropuerto. No sabía cómo darle las gracias.

–Ya lo has hecho –dijo, sonriendo con malicia–. Has vuelto a creer en la magia.

En el avión saqué el libro del sobre y comencé a leer *Dama de Copas*. Cuando llegué al poema que da título a la obra, encontré dos frases subrayadas: “Não sei quem és, nem mesmo sei se existes neste Mundo (...) apenas um vago sorriso solto e já partiste” (No sé quién eres, ni siquiera sé si existes en este Mundo (...) apenas una vaga sonrisa y ya te has ido). Dentro del libro había una hoja suelta y escrita. Temí que fuera una carta. En la misma letra picuda y rápida del sobre, leí:

“Ingredientes: bacalao desmenuzado. Tomate. Cebolla. Ajo. Huevos. Guindilla. Aceite. Preparación: Se pone el aceite a calentar con la cebolla y el ajo hasta que queden blandos, sin color. Se va echando el bacalao sin escurrir (a puñados) y se va haciendo. Se añade el tomate bien desmenuzado. Y por último los huevos batidos. Se hace un poco más.”

Mi cara se abrió en una enorme sonrisa. Cuando el avión empezaba a despegar me quedé dormida. Profundamente dormida.

CAPÍTULO VI

EVA

Vuelvo a la realidad y decido seguir escribiendo a Irene y acabar de contarle mis temores para que, si algo me ocurriese, al menos ella supiera lo que ha pasado desde mi encuentro con Tedbundo/Julio, hasta estas horas de la noche.

“No sé qué me pasa, es como un presentimiento. Estoy inquieta y con mucha ansiedad. Sé que es absurdo, hombres de estatura media, morenos con ojos azules, los hay a cientos, pero sumando detalles, como la herida en la mejilla, la llamada a mi móvil, que era para él, o el atraco, me hacen sospechar. Mañana por la mañana, nos encontraremos, si no pasa algo antes. Si todo está bien y esta angustia es solo producto de mi imaginación, te llamaré para que sepas la historia completa. Si no pudiese hacerlo, yo te he contado el principio. Otros te contarán el final.”

Un poco más tranquila después de haber hecho partícipe a Irene de mi desasosiego, me doy cuenta de que esta vez no he mirado si su nick, Tedbundo, tiene algún significado. Escribo el nombre en Google y parece que no existe. Pero hay una larga serie de resultados de un nombre muy parecido, Ted Bundy. Y lo que leo me deja horrorizada.

“Bajo su aspecto tímido, su gran simpatía y capacidad para dar confianza a los demás, se escondía un peligroso asesino y violador de mujeres...”. Me paro en seco, no quiero leer más. Cierro el ordenador. Son casi las 5 de la mañana, tomo un somnífero y me meto en la cama, resignada con el que sea mi destino, sin poder hacer nada, como un cordero en el matadero, como una mártir cristiana ante los leones. Intento que mi último pensamiento, antes de quedarme dormida, sea tranquilizador, al fin y al cabo mi miedo se basa en presentimientos en los que nunca he creído. No va a pasar nada, no va a pasar nada...

Lo pienso mejor, me levanto y vuelvo a encender el ordenador para recordar momentos más agradables, hasta que la pastilla haga su efecto.

Desesperado 558

Cuando contacté con Desesperado558, llevaba casi un año sin interesarme por nadie de “la página”. Pasé esos meses tranquila, cansada de novedades, con pereza de conocer a alguien nuevo y de tener que escuchar o contar historias que no me interesaban. Un día volví por curiosidad –o por aburrimiento– y me fijé en alguien que me pareció especial.

Me llamó la atención porque el adjetivo “desesperado” lo había visto muchas más veces, en cuestión de sentimientos, en femenino más que en masculino y quise saber por qué había elegido ese Nick. Según la información que daba sobre él, me pareció que podría gustarme, metro ochenta y cinco de estatura, moreno, musculoso sin exagerar y... era músico. Pianista.

Con esos datos, la pereza me abandonó. Ya me sentía atraída sin ni siquiera conocerle.

Le escribí y me dijo que daba un concierto esa misma semana en mi ciudad, que me invitaba y

que, cuando acabase, le esperara en el vestíbulo del auditorio. Se llamaba Rafael.

Llegó el día y recogí la entrada que me había reservado en la taquilla, busqué mi asiento, muy cerca del escenario, dispuesta a que mis oídos se llenasen de maravillas.

Cuando salió, en medio de los aplausos de un público entusiasta, no me decepcionó lo más mínimo. Juzgando su aspecto exterior, sus movimientos, sus gestos... era la elegancia, la calma e incluso la sabiduría personificada. Sin duda sabía donde estaba yo sentada y varias veces, al saludar antes del comienzo, miró hacia mí, o me lo pareció.

Empezó con Mendelssohn, siguió con Debussy, Giustini, Schubert... El público bebía cada nota y yo pensé que era una privilegiada por poder conocerle. Le permitiría acariciarme, como hacía con las teclas, casi sin tocarlas y aún así sacando el mejor sonido de ellas.

Cuando el concierto acabó y después de varios minutos de aplausos, me quedé esperándole, tal y como habíamos planeado. Estaba expectante y algo nerviosa.

No tardó en salir. Su amplia sonrisa, me dio confianza y me tranquilizó. Sin esperar a que él me preguntase, le dije que el concierto me había gustado mucho y le agradecí la invitación.

—¿Tienes hambre? Te invito a cenar —dijo.

Fuimos a un restaurante pequeño y acogedor. Hablamos sin parar durante más de dos horas. Como de costumbre, fui yo la que más escuchó, pero esta vez, al contrario que otras, no me aburrí. Aunque la mayor parte de la conversación se refirió a cosas personales, me interesó por lo peculiar de sus confesiones, algunas muy íntimas.

—¿Cómo puede elegir por Nick “desesperado” alguien que tiene como oficio la música? —le pregunté.

Me contó que la interpretación y también la composición eran el centro de su vida, que, cuando estaba tocando era el hombre más fuerte del mundo, el más joven, el más guapo... pero cuando sus manos se separaban del piano, se convertía en una persona débil, insegura, desgraciada... Tenía que hacer enormes esfuerzos para ser sociable y su vida personal era un desastre. Tenía dos hijos, a los que casi no veía, y una mujer que le maltrataba. Sí, eso me dijo, que le maltrataba. Y me lo dijo como si eso fuese normal, resignado, casi sin darle importancia. Me contó que le insultaba, le anulaba, le despreciaba, le ridiculizaba en todo lo que no fuese su profesión. En eso no podía. Estaba seguro de que ella no le amaba en absoluto y seguía con él porque así no le hacía falta trabajar. Además, tenía el prestigio que le daba ser la mujer de un pianista de éxito. Me quedé anonadada.

—¿Y por qué no te separas? —le dije.

–Creo que, a pesar de todo, estoy enamorado de ella, –me dijo.

Aunque había decidido no aguantar más y por eso entró en “la página”. Necesitaba encontrar a alguien que le diese fuerzas para alejarse de su mujer. Por el momento solo me había conocido a mí, pero no le faltaban solicitudes de todo tipo de mujeres.

–No me pareces antisocial ni inseguro –le dije.
–Contigo me siento bien –repuso.

Acordamos vernos en la siguiente ciudad que diese un concierto. Él se fue al hotel y yo a mi casa, algo confundida por todo lo que me había contado, pero tranquila y con ganas de volver a verle. Mientras tanto, nos escribimos casi a diario y hablamos de asuntos cotidianos, sin mucho interés. Rafael me decía que cada vez era más consciente de que tenía que alejarse de su mujer y, de hecho, pasaba con ella el menor tiempo posible. Se encontraba con más ánimos para recuperar un poco de vida social y empezar a ver a algunos amigos a los que hacía tiempo había abandonado. Un día, uno de sus mails me sorprendió. Fue totalmente inesperado y me gustó por lo que decía:

De: Rafael <desesperado558@comz.org>
>
Fecha: 11 de septiembre de 2011 20:10:15 GMT+02:00
Para: Eva <eva340a@hotmail.com>
>

“Esta noche soñé que nos encontrábamos en una ciudad, en una calle. Era tarde y llovía. Llevabas un paraguas y una gabardina. Nos acercamos y aplasté mis labios contra los tuyos, que sabían a lluvia. Y gemiste. Metí la mano por debajo de tu ropa y alcancé tu vientre cuya blancura iluminó por un instante la noche. Mis dedos se deslizaron más abajo y peinaron tiernamente tu vello. Y gemiste. El índice de mi mano, grande y abierta, descendió entre los muslos tibios, hasta alcanzar tu clítoris, que acaricié lentamente para luego hundirse en la tierna carne de tu vulva. Y gemiste. Nadie oyó el aullido de la cremallera de mi pantalón descendiendo para liberar al impaciente prisionero”.

Hasta entonces no habíamos hablado de sexo y yo, no queriendo ser menos, respondí:

De: Eva <eva340a@hotmail.com>
>
Fecha: 11 de septiembre de 2011 20:30:16 GMT+02:00
Para: Rafael <desesperado558@comz.org>
>

“Yo sí escuche el aullido de la cremallera de tu pantalón sacando al impaciente prisionero. Avancé mi brazo fuera de la protección del paraguas y dejé que la lluvia empapase la palma de mi mano. La acerqué al recién liberado que, aliviado, se mostró a mis ojos, altanero. Cogí su tierna cabeza y, ayudada por la humedad, giré varias veces mi muñeca hacia un lado, a modo de sacacorchos de seda. Después hacia el otro lado, también varias veces. Y gemiste. Sujetaste el paraguas con tu mano libre, y eso me permitió ocuparme del tronco a manos llenas, una sobre la otra, encerrándolo con firmeza, girándolas mínimamente en sentido contrario para alternar con movimientos hacia arriba y hacia abajo, cada vez más rápidos. Y gemiste. Hasta que sentí el líquido caliente sobre mis dedos y tú el cerrar y abrir de mi vagina alrededor de los tuyos”.

Por impedimentos por mi parte o por la suya ya había pasado un mes desde que nos vimos por primera vez y no habíamos encontrado el momento para encontrarnos de nuevo. Nos escribíamos cada día y hablábamos a menudo por teléfono. Casi siempre sobre la situación con su mujer. No acababa de dar el paso de dejarla y a mí empezaba a aburrirme el tema. Sin embargo, cuando escribíamos, la pasión se desataba y nos contábamos lo que, dormidos o despiertos, habíamos soñado hacer el uno con el otro:

De: Rafael <desesperado558@comz.org>

>

Fecha: 21 de noviembre de 2011 21:19:20 GMT+02:00

Para: : Eva <eva340a@hotmail.com>

>

“La discreta melodía de tus suspiros sonaba en mí como la respiración del mar sobre la arena. Yo, debajo, algo dormido por tanto como habíamos hecho el amor y tú, encima, de rodillas, apoyada sobre las manos, acariciabas mi cuerpo con la punta de tus cabellos. Cuando estuve un poco más despierto, paseaste tus pechos sobre mis labios y yo saqué la punta de mi lengua y tú mojaste un pezón y después el otro, que endurecieron como moras frescas. Y mi sexo llamó a la puerta del tuyo...”

Respondí echando más leña al fuego, alimentando la hoguera:

De: Eva <eva340a@hotmail.com>

>

Fecha: 22 de noviembre de 2011 22:11:12 GMT+02:00

Para: Rafael <desesperado558@comz.org>

>

“...que se abrió como si te estuviese esperando. Varias veces dejé que entraras y salieras en ese tubo cálido cada vez más húmedo. Tú, insensible a mis uñas que se clavaban en tu piel, me animabas a seguir cabalgando al paso, al trote, al galope. Hasta que te cansaste de ser pasivo y, sin miramientos ni delicadezas, me diste la vuelta. Ahora, tú encima, exploraste mis entretelas, entrando curioso hasta el fondo de la cuestión, como un detective concienzudo que no quiere perderse el menor detalle para, al final, saborear la gloria con el descubrimiento, ya no del asesino, sino del mayor espasmo placentero que hayas tenido en tu vida.”

Llegó el día en que a los dos nos venía bien encontrarnos. Rafael iba a dar un concierto en una ciudad que a mí me apetecía visitar y, sobre todo, quería volver a verle para entrar ya en materia, para poner en práctica los galopes, las exploraciones y los espasmos placenteros. Después de un concierto memorable, yo estaba todavía más dispuesta a hacerle una entrega total de mí misma, en mano, sin costos, retrasos ni posibilidades de devolución. El hecho de que mujeres de todas las edades y condiciones, algunas muy bellas, quisieran caer gustosas a sus pies o a cualquier otra de sus extremidades aumentaba mi deseo. Pero me había elegido a mí y yo, orgullosa, se lo agradecí susurrándole una obscenidad.

—Estoy húmeda —le dije—, casi chorreando.

Él sonrió sin decir nada y me pareció que se sonrojaba. Eso me dejó sorprendida porque esperaba una respuesta en el mismo tono, que no llegó. Fuimos a comer algo y sentados a la mesa, delante de unas ensaladas me cogió las manos y dijo:

–Eva, he reservado una habitación para pasar la noche juntos, pero tengo que decirte que es la primera vez que estoy con otra mujer que no es la mía y tengo miedo –sonrió con tristeza. –Me gustas y estoy bien contigo. Lo he pasado maravillosamente escribiéndote y leyéndote, pero no sé si responderé a tus expectativas. No sé si después tendré remordimientos o si estaré bien. Sé que mi mujer no se merece esos miramientos, pero no lo puedo evitar.

Si me hubiesen caído encima las cataratas de Iguazú en pleno invierno, no me habría quedado más fría. No me salió ni una palabra. Al cabo de unos minutos pude reaccionar y le dije:

–Cuando hayas solucionado tu problema de dependencia, me llamas.

Me levanté, le di un beso en la frente y me fui. No quería hacerle pasar un mal rato ni pasarlo yo. Tampoco era psicóloga o consultora sentimental para poder ayudarlo. Un poco triste, también por él, regresé a casa. A los dos días recibí un mail:

De: Rafael <desesperado558@comz.org>
>
Fecha: 14 de diciembre de 2011 21:09:15 GMT+02:00
Para: Eva <eva340a@hotmail.com>
>

“Perdóname. Me siento muy mal. Iré a un psicólogo, no puedo seguir así”.

Dos meses después, sin haber tenido más noticias tuyas, me escribió:

De: Rafael <desesperado558@comz.org>
>
Fecha: 15 de febrero de 2012 15:19:15 GMT+02:00
Para: Eva <eva340a@hotmail.com>
>

“Estoy bien, he dejado a mi mujer y mi imaginación trabaja con fuerza para ofrecerte, en compensación por la última vez, los momentos más excitantes. Acariciaré todo tu cuerpo con mi boca, llegaré a tu clítoris y lo envolveré con mis labios, lo dejaré, lo volveré a coger, lo regaré con mi saliva, lo refrescaré soplando suavemente, sordo a tus gemidos. Te daré la vuelta y con la punta húmeda de mi lengua registraré entre tus nalgas hasta encontrar la meta que traspasaré como un corredor de fondo y penetraré con religioso fervor”.

Ante tamaña perspectiva, decidí darle una última oportunidad. Sería él quien viniera a mi cuidad para pasar una noche juntos. El encuentro fue agradable, los dos teníamos ganas de

vernos y yo, además, sentía curiosidad por apreciar los resultados de su terapia. Me contó que, con un par de sesiones con una psicóloga y, sobre todo, la voluntad de salir de su penosa situación, había encontrado valor para decirle a su mujer que quería separarse de ella. Fue difícil porque ella lo tomó muy mal. No podía ni imaginarlo y, al final, le rogaba y lloraba jurándole que iba a cambiar para que no le dejase. Pero él no cedió a sus lamentaciones.

Fuimos, muy contentos, a un hotel y, una vez en la habitación, nos besamos como tantas veces habíamos imaginado. Yo, aún vestida y pegada a su cuerpo, notaba, con gran evidencia, su alegría por estar conmigo. Lo notaba tanto que empecé a alarmarme. Algunas veces había hablado con mis amigas sobre el tamaño del pene de nuestros amantes y la mayor parte de nosotras temíamos encontrarnos con algo demasiado pequeño o demasiado grande en relación con nuestros respectivos gustos o continentes, también variables según diversas circunstancias. Una de ellas contaba que su compañero tenía un falo tan grande que se ponía una toalla en la base para no destruirla. Estaba muy enamorada y quería tener sexo con él, pero, cada vez que le iba a penetrar, el enorme miembro se le aparecía como un instrumento agresivo que podría causarle daño y, con ese temor, no acababa de disfrutar. Decidió comprarse un consolador de un tamaño más acorde a sus gustos y hacía uso de él cuando, después de haber copulado con su amante y haber sentido más dolor que placer, no había quedado satisfecha.

Me estaba temiendo algo parecido. Cuando, más por curiosidad que por deseo, metí mi mano dentro de su pantalón, enseguida me di cuenta de que mis temores eran fundados.

Para no romper el momento que tanto había costado conseguir, continué como si nada. A menudo se pueden ver estos tamaños en las películas porno. Aunque parecen ser más del gusto de los propietarios que de muchas mujeres. Cuando se quedó desnudo, mostró el pene más bello que nunca había visto. Mediría más de veinte centímetros de carne, venas y piel perfectamente construido. La proporción, el tono, las ramificaciones, la dirección a la que apuntaba... Todo perfecto. Me hubiese encantado envolverlo y ponerlo en una vitrina para contemplarlo cada día, incluso para adorarlo como si fuese el dios protector de mi hogar, pero me daba la sensación de que, si hacía el uso que normalmente se hace de un falo, no iba a salir indemne. Me las arreglé como pude. Antes de la penetración utilicé todos los instrumentos a mi alcance, manos, cremas, palabras, lengua, boca... para que el tiempo que permaneciéramos unidos no fuese demasiado largo. Y, ciertamente, no lo fue. En realidad fue solo un intento. Se le escapó la fuerza antes de conseguirlo. Rafael se quedó preocupado. Como siempre en estos casos, intenté tranquilizarle. Era la primera vez que lo hacía con otra mujer que no fuese la suya, estaba nervioso, no tenía importancia... Yo me quedé aliviada y entera. Lo había pasado bien, le tenía afecto y le dije que la próxima vez estaría mejor.

Y seguramente habría sido así. Pero no conmigo. Pensé que sería preferible darle la oportunidad a otra mujer que le gustase la talla XL. Creo que él lo comprendió sin yo decirle nada. No nos volvimos a llamar. Sigo con la curiosidad de saber qué habrá sido de él. De vez en cuando escucho su nombre con ocasión de alguno de sus conciertos y me digo que le voy a llamar. Lo haré un día de estos.

IRENE

Ya es de día claro. He conseguido dormir varias horas y me han sentado bien. Mientras me ducho voy ordenando en mi cabeza todo lo que pasó anoche. Un plantón de mi amante, la posibilidad de que se haya enrollado con mi mejor amiga, la crispación de los celos... uf! No tenía ganas de pensar antes de beber una buena taza de café negro.

Me dirijo al ordenador y lo enciendo. El café ya está en su punto. Bebo despacio, cogiendo la taza con las dos manos, y haciendo otra interpretación de esa noche extraña. Suena el móvil y pienso que puede ser Eva. Pero no. Me preparo otro café, ahora con leche y tostadas. Pienso que pertenezco al grupo de los sufridores.

Siempre me lio con los sentimientos una y otra vez, no aprendo nunca. Me siento en el salón, el cuaderno verde oliva está sobre la mesa. Lo cojo y empiezo a leer:

Durruti

Siento frío, ese frío de las primeras horas de la madrugada. Sin abrir los ojos, estiro los brazos en busca de la colcha para taparme y seguir durmiendo. Al cogerla y cubrirme, noto que toda ella se convierte en cenizas. Intento hacerme un hueco en la almohada y las cenizas empiezan a volar por toda la habitación. No me sorprende de nada, todo está en orden. Yo solo quiero dormir, dormir, pero el olor de las cenizas, cada vez más intenso, empieza a darme náuseas. Busco con la mano un recipiente para vomitar y me sumerjo en un enorme cenicero de colillas malolientes. Me despierto.

Las arcadas eran reales. Aparté ese recipiente inmundo, empujándolo con la mano todo lo que pude, desmadejada como estaba, en un sofá y en una habitación no del todo ajena, aunque no era mi casa. Me costaba mantener los ojos abiertos, los párpados me pesaban, no podía moverme, la atracción de la gravedad me tenía inmovilizada.

La luz se iba colando por la ventana y empecé a distinguir en la penumbra lo que parecía haber sido una orgía, una bacanal gastronómica, etílica y vete a saber qué más. Pretendía ordenar mis ideas dentro de aquella bola que seguía moviéndose en mi cabeza, pero Morfeo tenía más fuerza y me volvía a llevar al desmayo. Fui tomando conciencia del espacio, a medida que la habitación se iluminaba y los contornos de los muebles se hacían visibles. Eva y yo habíamos ido a pasar una semana a un apartamento de la playa para descansar y tomar el sol.

—No nos llevaremos ni móviles, todo el día sin hacer nada —eran nuestros propósitos.

Cuanto más abría los ojos, más sorprendida estaba. Los restos de un naufragio no habrían resultado tan desoladores. Tenía la boca totalmente seca, paladeaba y pretendía hacer saliva para refrescarla. Aún no podía levantarme. Cualquier movimiento hacía que la cabeza emprendiera un balanceo mareante. La sed acuciaba y me levanté con toda la lentitud posible

para mantener el equilibrio y llegar hasta la cocina. La cocina no era precisamente un oasis. Encontrar algo en su sitio habría sido un milagro. Me hice con un vaso limpio del fondo del armario y me tomé dos zumos seguidos. ¿Y Eva?

Me venían a la cabeza oleadas de recuerdos de la noche anterior, como ráfagas sueltas. Estábamos las dos en casa con aquellos dos hombres que acabábamos de conocer. Habíamos perdido el sentido común y..., seguramente, todos los demás... ¿Y Eva? se habrá enrollado y estarán en su cuarto. ¿O no? No sabía qué hacer para comprobarlo. No recordaba cómo había terminado la noche. Abrí con sumo cuidado la puerta de su dormitorio y la vi, sola en el cama, durmiendo.

Me tumbé en una hamaca de la terraza para poder respirar oxígeno. La playa estaba enfrente y en esa playa, el día anterior, tras dos días tomando el sol, dar paseos y sentarnos en todas las terrazas del pueblo a beber horchatas, se nos ocurrió, sin más ni más, montarnos una noche loca. Citamos a dos hombres, de los candidatos a la infidelidad conocidos a través de la Red, que todavía no conocíamos personalmente. ¡Qué chifladura!

Eva y yo nos fuimos montando toda una historia. Nuestro objetivo no podía estar más claro. Íbamos a tirarnos a dos tíos. Y ellos aún no lo sabían. Ni sabían que seríamos dos parejas.

Tumbada al sol, esboqué una sonrisa recordando las caras de los dos aspirantes al presentarnos. A partir del momento en que se nos ocurrió la brillante idea, comenzamos a hacer los preparativos. Nuestro ánimo cambió y se convirtió en el nerviosismo propio de dos adolescentes expectantes ante una cita. La primera cuestión era conseguir que nuestros dos pretendientes aceptaran la invitación a cenar el mismo día. Tuvimos un primer golpe de suerte porque los dos estaban encantados y dispuestos a aparecer al día siguiente, viernes.

Salvado el primer obstáculo, pensamos en hacer una compra con comestibles y bebidas, solo vino y cerveza, y en algo más importante para una noche loca, marihuana. He ahí la cuestión. ¿Cómo podíamos conseguirla? Con un poco de interés puedes hacerte con algo del menudeo de la calle, pero a ninguna nos apetecía meternos en esa movida.

Justo en ese momento, cuando nos hallábamos faltas de ideas para ir a pillar, llamó mi hijo Dani al que le gustaba fumar sus porritos que, de vez en cuando, compartíamos. Nada más preguntarme cómo estaba, le conté nuestras ganas de tener un poco de maría, porque los días estaban siendo demasiado tranquilos y aquello empezaba a ser un balneario para la tercera edad.

–¡Ah! –Dijo Dani haciendo memoria–cerca de ahí se encuentra un sitio donde se puede conseguir calidad, yo estuve una vez con el Remi, espera... Pregunto y os vuelvo a llamar.

Al cabo de media hora Dani nos informó sobre el Pere, un tío auténtico –dijo- perdido entre los bosques de la Sierra, sin televisión ni teléfono ni cobertura. Tenía una especie de chiringuito llamado La Serpiente, pero sin letrero.

–Decid qué vais de parte del Remi, –continuó–solo pasa a gente de confianza.

Conseguimos chocolate, el mejor, puro polen, parecía recién cosechado. La dificultad no estuvo en llegar hasta ahí, lo difícil fue ganarnos la confianza del Pere, un tipo avisado. Pasados los cincuenta, había adquirido una edad indeterminada, con incipiente calvicie por el frente y pelo largo, con una coleta por detrás. Tuvimos que estar horas hasta que llegó el momento de hablar del tema:

–¿Tienes algo para pasarnos?
–Algo hay –respondió escuetamente.

El sol empezaba a calentar, calculé que serían las 9 de la mañana. En la playa unos pocos madrugadores plantaban la sombrilla. Otros paseaban mojándose los pies. La bola seguía machacándome la cabeza. Fui a buscar, con gran dificultad de movimientos, una botella de agua. Volver a mirar aquel revoltijo de mesa me daba náuseas. Conteniendo la respiración quité todos los ceniceros y demás desperdicios orgánicos. Cogí el agua de la nevera y me volví a la terraza con las fuerzas justas para caer en la hamaca. Eva dormiría toda la mañana y yo debería hacer lo mismo. Se me caían los ojos y entraba en ensoñaciones, sobre todo visuales. ¿Qué habría sido de los varones invitados a la fiesta? Los dos eran de Barcelona y probablemente se encontrarían también en sus camas durmiendo. Volvía a resbalar por el plano inclinado de la somnolencia.

Eva y yo paseamos con una larga falda de faralaes y un corpiño muy ajustado que marca una mínima cintura y deja los pechos al descubierto. Son los pechos más turgentes que se hayan visto. Se escapan pletóricos del cuerpo con una carne totalmente rosada y enormes pezones de color rojo intenso. Somos diosas. Diosas de la fertilidad porque llevamos dos serpientes en las manos y encima de las cabezas dos felinos, Eva sostiene una pequeña pantera, del tamaño de un gato y yo un gato.

El espacio se va agrandando. Nuestras tetas se pasean por un patio porticado lleno de hombres. Nuestro cuerpo de diosas minoicas se mueve como lo harían dos maniqués impulsadas por ruedas invisibles. Nuestros pechos, desplegados en todo su esplendor, constituyen un símbolo de poderío. Voy hacia un grupo de hombres y se colocan en fila para lamerme un pezón, a algunos les despido enseguida y a los elegidos les ofrezco el otro, más tiempo. Veo a Eva rodeada y entregada a la labor filantrópica de ofrecer también sus pechos y yo continúo mi paseo por aquel espacio enlosado en blanco y negro, como el tablero de un ajedrez. Soy la reina de corazones, el felino se ha convertido en una corona. Miro a Eva que está en la diagonal del tablero y comienzo a escucharla, no es su voz, su cara está impasible, quiero acercarme, quiero ir hacia ella y otra voz me detiene. Mi pezón derecho ha hablado y ahora se ríe. Los pezones de Eva son bocas y los míos también. Estamos en la sala de los secretos, oímos todo lo que se dice de un rincón a otro.

He subido a la galería del segundo piso, alguien tiene que controlar lo que pasa ahí. Me aliso la

falda ajustadísima de un traje sastre gris; la chaqueta, con abundante escote, deja libres los pechos parlanchines. Los tacones hacen ruido al andar. Camino como una gobernanta con una serpiente en la mano, que manejo como si se tratara de una fusta. La galería está llena de salas con enormes puertas, unas abiertas y otras cerradas. Me asomo ligeramente y veo a hombres y mujeres, tumbados sobre divanes y alfombras, practicando sexo oral. En la siguiente, los caballeros llevan máscaras y capas y las mujeres son altísimas, reconozco al doctor Hartford que me hace un guiño de complicidad.

—¡Ah! —Me digo—esta es la sala Kubrick

Sigo con curiosidad, pero algo me intranquiliza. Mis pechos ahora están cubiertos, llevo un pobre vestido de percal y cruzo los brazos para protegerme. Entro a otra sala, es un teatro y ahí se encuentra un actor cómico de moda, se alegra de verme y me invita a subir al escenario. Mientras bailo, tomo conciencia de lo fea que es mi falda, con cinturilla y fruncida y de esa tela tan mala, apergaminada. El cómico ha desaparecido. Sigo moviéndome en ese escenario sin ningún tipo de decorado cuando me doy cuenta de que no llevo ropa interior. Cada vez que mi falda se levanta enseño la gruta peluda, la cueva magnética y mi contento va creciendo. No hay espectadores, pero es igual, yo siento un público admirado por mi valentía. Y ese público grita y extiende sus brazos en el vano intento de poder tocarme. A mi falda tan vaporosa le han salido alas.

Voy por el pasillo de casa camino del dormitorio con un hombre, este me susurra al oído.

—Y tú, cómo duermes ¿con pijama o desnuda?

—Con esquijama —respondo.

Me desperté de golpe, oyendo mi propia voz. Con una sensación de “dèjà vu”. La playa ya estaba llena de gente.

—¿Así que tampoco pasó nada entre Sergio y tú? —me decía Eva mientras nos reíamos las dos a mandíbula batiente. La última trufa continuaba produciendo su efecto.
—Nada —le contestaba yo —, nada de nada.

Eva se había levantado al poco de despertarme y me había refrescado la memoria sobre la noche anterior. Mientras recogíamos los restos de nuestra orgía, iba recordando la entrada de los dos hombres en escena. Roger era guapo, moreno, delgado, intelectual... Me pareció verle contrariado al encontrarse con un grupo. Sergio, el mío, era un tipo tranquilo, atractivo, un todo terreno adaptable a un bombardeo y dispuesto a vivir y beber la noche hasta la última gota. Se le hacía la boca agua solo de pensar en lo que ahí podía pasar.

Los dos llegaron casi a la misma hora y los dos traían su bolsita de hachís o marihuana. Roger comenzó a liar nada más sentarse y lo mismo hicieron Eva y Sergio. Yo me ocupaba de las bebidas. Fumamos los tres porros, uno de cada clase, el THC comenzó a instalarse en nuestros cerebros agradecidos, a los quince minutos llevábamos un cieguito suave y risueño. Las

conversaciones fluían con facilidad y todo parecía agradable.

El cubo de la basura estaba a rebosar y no nos quedaban más bolsas. Decidí bajar al supermercado a comprarlas y de paso subir agua y fruta. Todavía estaba en pijama. Fui a vestirme a mi habitación al fondo del apartamento. Cuando abrí la puerta, me quedé clavada. No era posible, se trataba de un espejismo, el hachís o algún componente de las trufas debía de ser alucinógeno. Veía a Sergio desnudo, encima de la cama revuelta, extendiéndome el brazo para que me acercara y con sonrisa de triunfador. Encendí la luz y la habitación entera se iluminó mostrando un tenderete de mi propia ropa y de la suya, unas bragas ahí, un calcetín allá y encima de la mesilla una caja de preservativos. Apagué la luz inmediatamente y seguí quieta, sin saber qué hacer, sin saber qué decir.

–Uuuuummmmm, todavía estás en pijama –Sergio arrastraba las sílabas y hacía mohines en un reclamo zalamero.

El recuerdo acudió de golpe. Era el “dèjà vu” que me había asaltado hacía un rato. Íbamos hacia la habitación por la noche, apoyados el uno en el otro y con un ciego total. Y Sergio me decía al oído:

–¿Duermes con pijama o desnuda?

En mi cabeza sonó la palabra esquijama. Ya no recordaba más. Cerré la puerta de golpe y me fui a buscar a Eva que seguía dándole a la escoba en el salón.

–Por lo menos has usado preservativos –me decía a modo de consuelo por haber follado salvajemente, o eso parecía... Y yo no me acordaba absolutamente de nada.

Me sumí en una preocupación profunda, no por no haberme enterado de lo que parecía ser, por la cara de Sergio, el polvo del siglo. Me preocupaba mi falta de recuerdos.

Por lo que contaba Eva, Sergio y yo nos fuimos a la cocina a eso de la doce para hacer las trufas con yerba de la buena. Recuerdo controlar perfectamente los ingredientes y las cantidades, no quería que el zumbado de Sergio se pasara. Además creía no haber comido muchas.

En la bebida suelo ser muy parca en general, excepto con los vermouths. Y eso era lo que estábamos bebiendo, según Eva, cuando Roger se marchó y ella se fue a la cama. También recordaba haber tomado uno. ¿Uno solo? A partir del primero mi memoria se convertía en hilillos de algodón, sin consistencia, pretendía atraparlos y se desvanecían. ¿Cómo podía haber cogido semejante cuelgue? De ahí la bola en la cabeza, esa bola era puro vermut. ¡Qué inconsciente! Los porros me hubieran dormido. Los fumados sí, pero ¿las trufas? Sé que tardan unas dos horas en hacer efecto y ahí debió de juntarse con el alcohol, mala combinación. Estaba angustiada, porque creía haber cometido el más terrible de los pecados y seguí limpiando la cocina como si en ello me fuera la vida. Además, Sergio tendría que levantarse de

la cama de un momento a otro y no sabía cómo iba a mirarle. ¿Qué había pasado anoche?

No me hubiera preocupado haberle hecho un striptease pero, de un solo golpe, acudían a mí las imágenes de mis sueños en la terraza que, frenéticas, se recreaban en la exhibición de los pechos gigantescos. Ante mi asombro, parecía revivir algo que desconocía. Un hombre sigiloso me llevaba en volandas, convertida en oráculo de la fecundidad. No distinguía entre lo soñado y lo real, pero podía intuir como una voz trémula me agasajaba.

El miedo y la cobardía sumados al desasosiego me hicieron correr a encerrarme en el cuarto de baño al oír que la puerta de mi dormitorio se abría. No era capaz de enfrentarme con nada y menos con un hombre que parecía ser un amante satisfecho. Confiaba en Eva y en su capacidad para despedirle.

El olvido me quemaba como una brasa, mi memoria se quebraba para caer otra vez en el escenario del sueño y mis entrañas se agitaban. ¿Acaso me había envilecido y había sustituido el erotismo por actos soeces? Desde luego que él parecía encantado, pero yo necesitaba una certeza, una evidencia que me sacara del túnel de la noche.

Recibí el agua de la ducha como un elemento purificador y la dejé correr, contraviniendo todas las recomendaciones del ahorro ecológico, cuando noté los dedos arrugados como pasas salí, me sequé despacio y me embadurné de crema hidratante. Utilicé el secador para el pelo y ya no me quedaba nada más por hacer. Agucé el oído y todo parecía estar en silencio. Sergio ya se habría marchado. Abrí la puerta y escuché voces. No era posible, seguía ahí. Más cobarde aún, corrí al dormitorio pero la voz de Eva llamándome por el pasillo me hizo dar la vuelta y aparecer en el salón.

—A ver, piensa —le decíamos a Sergio, casi ciego, pero en esta ocasión no por efecto del humo sino porque no encontraba las lentillas.

No sabía dónde las había dejado, lo cual me daba un respiro, igual él tampoco se acordaba de nada y estábamos igualados en desmemoria; por otro lado el no saber me consolaba por solidaridad conmigo misma. Buscamos como agentes del CSI. No dejamos centímetro del baño sin registrar. Miramos hasta debajo de la cama. La casa ya estaba limpia y recogida, ninguna quería llegar a hurgar en el cubo de la basura y le pedíamos pistas.

—¿Dónde las dejas normalmente cuando no estás en tu casa?
—En un vaso con algo de agua —contestó seguro— y lo dejo en algún rincón discreto, pero ya he mirado.

Aún así, los tres acudimos a la vez a la cocina; abrimos los armarios y escudriñamos hasta las esquinas. No había ningún vaso. Rebuscamos en las tazas, entre los platos, sin resultado. Eva cogió uno de los vasos fregados, se sirvió zumo de la nevera y nos ofreció a nosotros. A esas horas hacía calor dentro de la casa. Al llenarme el vaso, me vi a mí misma bebiendo otro vaso como ese, pero de madrugada, cuando me había arrastrado hasta la cocina abrumada por la

resaca. Ese vaso era el único limpio de la casa y lo había sacado de un rincón del armario.

–Me he bebido tus lentillas –dije, y no me hicieron caso –Sí, es cierto, estaban en este vaso y me las he bebido esta mañana.

Confiaba en no haberlo hecho y que en esos momentos estuvieran navegando por alguna tubería. Pensé si las lentillas serían biodegradables.

Acompañé a Sergio hasta la puerta. Tenía puestas las gafas de sol, por fortuna graduadas, y no pude verle los ojos. Me cogió las manos y se llevó a la boca mis muñecas para depositar en ellas un beso. Al darles la vuelta sentí dos marcas rojas que al contacto con sus labios revivieron. Cerré los ojos y mis brazos cayeron inertes pegados al cuerpo. No me atrevía a comprobar las marcas. Lo onírico se cruzó con la fantasía y me trasplanté a la noche enredada en desmemorias:

“–Espera –dice ella. Pero no espera y sigue acariciando hasta que ella logra coger su copa y dar un trago grande. Ríe. Coloca sus brazos pegados al cuerpo y la leve tela del vestido se desliza hasta los pies. Él acude a su cuello y ella se desprende del anillo que ocupa su mano derecha. Se tumba, lánguida, sonriente le alarga los brazos a él que la cubre de miradas, de besos, de descarados lametazos. Ella solo tiene que moverse como una gata en celo para ofrecerle más espacio. Él amplía su recorrido y ella vive nuevos estremecimientos cuando la lengua rodea su ombligo, cuando sus piernas son encadenadas y las manos inmovilizadas en la cabecera.
–¡Fóllame! –Grita –fóllame
–Putá –responde él con la cremallera bajada y un pene descomunal agitándose en su mano.
–¿Te gusta, verdad? Di que te gusta, puta. Chúpala, mamona.
Ella abre su boca y se acerca al pene de él que ya no deja de entrar y salir ni de recibir los embates de una lengua que lubrica el placer. Ninguno de los dos parece tener bastante, pero es él, de nuevo, quien toma la iniciativa. Ella debe de permanecer quieta. Comprueba las ataduras satisfecho y con lentitud exasperante comienza a rozar sus pies, sus pantorrillas, los muslos; la cara interna, la más cercana a su objetivo es regalada con los más delicados masajes; ella querría saltar, pero no puede, y la excitación se agarra a su piel, la poca libertad de movimientos que le queda hace que su cuerpo se convulsione. Él se ha desnudado y, arrodillado entre las piernas de ella, comienza a desgarrar el tanga con los dientes. Las puntillas se abren a su paso y el vello de ella aparece mojado. La lengua de él se pierde en los laberintos y ella mueve su pelvis en círculos, indicando el camino.
–Ahí, ahí
–Guarra, di que te gusta ¡dilo!
Ella jadea tanto que los síes le salen entrecortados.
–¡Me gusta! –respira tan fuerte que parece que va a romper las ataduras.
Él acude a los pechos todavía escondidos y de un zarpazo arranca la protección. Directamente muerde y ella pide más.
Entonces él la monta y galopa sobre ella hasta que los orgasmos entrecruzados lanzan los gemidos al espacio.”

Sergio, se arrimó a mi oído y susurró:

–No has cumplido tu promesa.
–¿Qué promesa? –la pregunta me trasladó a la realidad, volví a encontrarme en la puerta de casa.
–¿No recuerdas tus promesas?

Me sonrojé.

¿Qué promesa? Mi corazón se puso a palpar con fuerza, oía los latidos como golpes secos, acelerados. Y quise poseerle en aquel instante, meterme en su carne, oler su respiración, bañarme en su espuma y devorarnos. El espejismo, engarzado en delirios y sueños, acudió en forma de temblor. Quedé muda mientras todas las partes de mi cuerpo me delataban. Quería ser hembra a su lado.

Nos dimos un beso en la mejilla y cuando abría la puerta del ascensor, atiné a decir:

–Estaremos en contacto.

Se volvió y me dedicó una sonrisa que parecía ser un indulto a todos mis desaciertos.

“Lamento mi torpeza. Y no me refiero a las lentillas. Me gustaría, si te apetece, poder tomar un café contigo, cuando puedas”.
Irene.

Lo más probable es que ya no me contestara y el poder hablar con él se estaba convirtiendo para mí en algo necesario. Mandé el mensaje y respondió. Tenía que venir el martes por motivos de trabajo, y me proponía quedar al mediodía.

Sergio me inspiraba respeto. Había dejado de ser un títere manejado a mi antojo en este juego de amantes por la Red. En una décima de segundo se había desvanecido toda mi seguridad en la situación. Me sentía disminuida y, sobre todo, con una necesidad imperiosa de disculparme, explicarle nuestro, mi, comportamiento y también cumplir con esa aventura anunciada.

Llegué con antelación y me senté en una mesa de la terraza. Pedí un refresco, el café iba a ponerme más nerviosa y ni hablar de tomar vermut ni nada parecido. No sabía cuánto se iba a quedar, mi propuesta era tomar un café, una forma ambigua de no fijar el tiempo.

El camarero me traía la consumición cuando vi a Sergio bajar de un taxi. Me dio un vuelco el corazón. Traía su sonrisa puesta, gafas de ver y el pelo recién lavado. Tras pagar, se dio la vuelta y me vio. El vacío de voluntad que me afectaba hizo que en mi fuero interno dijera, casi exclamara, “este es mi hombre”.

Le conté mi desconcierto cuando por la mañana encendí la luz y le vi tumbado, como el Adán de Miguel Ángel, en aquel escenario de ropas desperdigadas. Ahora no era sonrisa. Ahora era

carcajada sonora la que acompañaba el relato de mis tribulaciones. Sergio se reía con la “a” blanca y redonda. Habíamos llegado al dormitorio, ciegos perdidos, apoyándonos y chocando el uno con el otro. Él no había renunciado al revolcón, fijado en su cabeza desde la invitación a la cena. Precavido, llevó su caja de preservativos. Yo me puse el pijama y, tras prometerle un despertar lujurioso, me dormí. Supongo que sus ronquidos, o lo que fuera, me trasladaron al sofá. No recordaba nada de mis sueños.

Me relajé, y apareció el deseo como salido de un rincón del infinito. Por un segundo pretendí que su órgano de hombre se alzara y se hundiera en mi vagina.

Pero nada revelaba que fuera correspondida y me prohibí estos pensamientos.

Comimos juntos. Escribíamos frases y palabras en una servilleta de papel con el objeto de interpretar nuestras respectivas letras, él decía saber grafología. La mía llama la atención por ser distinta, nada de redondeces como es habitual en las mujeres. Exageré mi letra, picuda, firme y estéticamente bonita. Aún no habíamos entrado en el análisis, cuando nos besamos.

Nos perdimos por laberintos de calles del casco viejo, parándonos en las esquinas para volver a unir nuestras bocas muchas veces. La atracción que sentía por ese hombre era nueva.

A partir de la cita de los besos, nos escribíamos a diario. Todavía quedaba pendiente el examen grafológico, él había guardado las servilletas y no decía nada. Ante mi insistente demanda, escribió:

“Eres una mujer generosa, lo dice la estructura de tu escrito, los márgenes. Tienes una letra de trazo rápido, de persona inteligente, imprevisible e impulsiva. Pensaba que eras más potente sexualmente. Quizá me equivoco, pero no veo ahí un rasgo dominante, las partes inferiores de las letras son poco redondeadas, rápidas (...)”.

¡Mis letras inferiores eran poco redondeadas! ¡Mi potencia sexual era escasa, o peor, inexistente! El resto del análisis dejó de importarme... Empecé a comprender a los hombres cuando tienen un gatillazo. Juran que es la primera vez, no saben por qué les pasa y viven un auténtico drama. Las mujeres lo tenemos más fácil. Que levante la mano la que no haya fingido un orgasmo. Sentí empatía con esos hombres al leer el diagnóstico de Sergio y empecé a vivir mi infortunio. Buscaba mi letra en archivos y carpetas para encontrar una “p” o una “j” con grandes filigranas en sus partes bajas. Practicaba escribiendo “ges” redondeadas, “efes” curvadas y me di cuenta de las poquísimas letras del abecedario con prolongación hacia abajo. Pero, quizá, Sergio se equivocaba. Yo funcionaba muy bien sexualmente, tanto sola como acompañada. O eso creía. Sergio y yo aún no habíamos tenido relaciones y la cita siguiente estaba próxima.

El maître volvía a llenar nuestras copas de champán de la Veuve Clicquot. Acababa de iniciarme en la legendaria bebida, sofisticada y exquisita. Brindamos y los aromas de frutas y confituras me incitaron a seguir bebiendo. Sergio miraba complacido el espectáculo de mi cara cambiante al sentir los estallidos de las burbujas contra el paladar. Además, degustamos una excelente

“nouvelle cuisine” con una exhibición de sabores deconstruidos. Si pretendía impresionarme, lo consiguió.

Cuando llegó la hora de ir al hotel eran las cinco de la tarde y mi tren salía a las siete quince. La habitación era anónima y vulgar, contrastando con la exquisitez de la comida. El olor de nuestros cuerpos nos despertaba una atracción primaria, el instinto tomaba las riendas y las bocas insaciables se bebían en besos siempre nuevos. Nos buscamos con deseo, con furia, con urgencia. Quería meterme dentro de su piel y él quería meterse en la mía.

Sin necesidad de rituales inauguramos nuestros cuerpos. De un solo gesto, mi hombre, usurpó mi camisa y los pechos aullaron libres. De un solo golpe descubrí su atributo. Los dos moríamos de impaciencia por rebosar los deseos más carnales. Nuestros poros se abrían jubilosos y las burbujas de la Veuve de Clicquot acudían a mi lengua, que ya navegaba camino de sus ingles. En verdad que navegábamos porque los dos estábamos envueltos, literalmente, en agua. Nuestros cuerpos chorreaban. La avidez de sexo nos había hecho olvidar la conexión del aire acondicionado. En el mes de julio, con ventanas cerradas y fuego en el cuerpo nos disolvíamos el uno en el otro. Compartimos la botella de agua helada. Nos supo tan exquisita como los sabores maridados del chef.

El siguiente *round*, ya con el aire conectado, comenzó como el primero, más acelerado si cabe por el horario marcado de vuelta. No supimos cumplir aquello de ir despacio cuando se tiene prisa y agotamos el tiempo sin que se hubiera producido una elevación notable en su miembro.

Nada más llegar a casa miré el correo:

“(...) queda algo pendiente, pero espero aprobar con (nota en la próxima convocatoria. Un beso muy tierno, otro más”.

Tampoco aprobé en la siguiente convocatoria. Los deseos de sacar un sobresaliente hicieron que el bloqueo se impusiera y empezó a vivir su drama:

“Contigo me pasa algo raro, es como una asignatura que domino e, incomprensiblemente, he suspendido en junio y en septiembre, ya casi estoy en las convocatorias de gracia.”

No servía de nada insistir... Yo no examinaba... No era tan importante... Probablemente se tratara de algo temporal... Mientras, él buscaba todo tipo de argumentos para confirmar su potencia sexual. Pero seguía con el ego caído, sin señales de levantarlo.

¿Y si era yo quien causaba el desplome de su erección? La grafología es capaz de decir más verdades que las propias palabras.

Y así, cada uno con su tribulación, acudíamos a la cita siguiente para volver al desastre. Mi orgullo se hería porque no era capaz de excitar a un hombre. Su aflicción por no cumplir se convertía en azote de su tragedia.

Un día llegué antes que él al Hotel y cansada de buscar remedio a semejante problema, ideé un escenario donde Sergio haría simplemente *devoyeur*.

Preparé un sillón desde donde él podría divisar mi imagen a través de un juego de espejos. Nunca directamente.

Elegí ropa erótica, un látigo y dos pinzas para entretenerme en un juego prolongado donde alternaría la vanidad con la humillación más rastrera y así el punto de excitación podía alejarse o acercarse a voluntad.

Había cubierto mi cara con una malla roja. Debajo, grandes gafas de sol y una boca más roja que la malla.

El látigo acariciaba las nalgas y yo ofrecía un culo cada vez más redondeado y acuciante del zarpazo, más, pedían más esas nalgas ya coloradas cuando me di la vuelta y mis dos pechos hambrientos se escaparon del sostén negro y rojo con dos pezones sedientos de protagonismo.

Sergio continuaba quieto en la butaca y yo seguía mostrándome en los espejos, donde me contemplaba a la vez.

La tentación de pasar la línea, hacía que la excitación creciera.

Pero volvía al inicio. Mojaba mis labios con la bebida a través de la malla roja y hacía que el vaso helado recorriera mi cuerpo desnudo, demorándome en esos pezones que aún se encontraban entre bambalinas. La delgada tira del tanga marcaba mis labios mayores y estos sonreían.

Introduje los dedos en una loción erótica y unté con abundancia los rincones oscuros. Mis dedos aventureros se agrupaban en racimos para hurgar el fondo. Ya me había olvidado de él, que permanecía en la butaca, mirando.

Entonces cogí una pinza y, en una acrobacia subliminal, la prendí de mi pezón izquierdo, soltando un aullido de placer mientras mi cabeza se caía hacia atrás. La otra pinza consiguió que el clamor recorriera todo mi cuerpo.

Pero todavía quería más e interrumpí el juego para renovarlo con más ahínco. Me desprendí, abandonada, de la malla roja. Mis pechos acariciados por el pulgar y el índice habían cobrado vida propia.

La otra mano rodeó el clítoris que pronto se activó en ondas electrizantes y mi cuerpo, entre

carcajadas y regocijos se tumbó sobre las almohadas para flotar en la pérdida del sentido.

Esta vez Sergio no se contuvo, el último fognazo que salió de su miembro hinchado fue como la manguera de un bombero cubriéndolo todo.

Al salir del hotel entramos a una confitería y elegimos los pasteles más grandes que comimos por la calle camino de la estación.

A partir de este día ninguno de los dos mandamos mails ni nos llamamos por teléfono. La historia había terminado.

CAPÍTULO VII

EVA

Me despierto atontada por el somnífero y lo primero que reconozco es un olor, el olor a café. Poco a poco soy consciente de que hay alguien más en casa, el invitado desconocido. Y voy recordando mis miedos, mis sudores, la noche casi en vela, la imaginación desbordada por acontecimientos terribles. Entra luz y miro el reloj. Son las nueve de la mañana del sábado. Me desperezo al tiempo que siento un enorme alivio al comprobar que no ha pasado nada, que estoy bien, que mi invitado no es un asesino ni un violador. Me siento absurda por haber albergado esas sospechas y también preocupada por haber sentido esos miedos sin ningún motivo. ¿Qué me ha pasado? Me tengo por una persona equilibrada...

Tebdundo

Decido no pensar más por el momento. El olor a café obra el milagro, me hace volver a ser la de siempre, sin temores infundados. Ese olor tan cotidiano me tranquiliza y hace que la normalidad se instale de nuevo en mi cabeza. Espero que Tedbundy/Julio, haya preparado una cafetera llena, porque me hace falta una buena cantidad para despertar completamente después de haber dormido tan poco. Me doy una ducha rápida, me pongo una bata y salgo de mi cuarto, sin ningún temor, con ganas de conversar con él y ser amable, antes de que se vaya. Entro en la cocina y le veo sentado a la mesa, leyendo un periódico, con un par de tazas de café y unos cruasanes. ¡Unos cruasanes! También está la mesa puesta con cubiertos, azúcar, pan tierno, mantequilla, mermeladas y todo lo necesario para un buen desayuno. Me ve entrar, se levanta sonriente y dice:

–Buenos días, Eva. Te estaba esperando. He salido un momento a comprar unas cosas para agradecer tu hospitalidad. Habías dejado las llaves en la puerta y me he permitido cogerte unos euros del bolso que estaba en el salón. Espero que no te moleste. Te los devolveré la próxima vez que nos veamos. Se acerca a mí y me roza los labios con los suyos.

Huele bien. Se acaba de duchar. Todavía con el pelo mojado y algo revuelto, ya descansado, resulta más atractivo que el día anterior. Le miro y por mis ojos asoma brevemente un punto de deseo matinal. Parece la persona más amable y sonriente que he conocido en mucho tiempo. Me siento frente a él y me sirve abundante café. Teníamos hambre porque al cabo de un rato ya no quedaba nada, ni sólido ni líquido.

Me cuenta que tiene un negocio de carnicerías y que le va bien, que le gustan las novelas policíacas y las películas de asesinos en serie. Al oír eso, sin querer, doy un respingo. Me explica, lo que yo había pensado en un momento de lucidez sobre la llamada de teléfono. Julio se había quedado por despiste con mi móvil y su amigo se interesó por él, ya muy tarde.

Perdona –se disculpó.

Habían quedado en encontrarse al final de esa misma mañana. Me libro mucho de contarle los

temores que me habían asaltado durante la noche, aunque espero poder hacerlo algún día, si seguimos viéndonos, para reírnos un rato los dos. Se acerca el momento en el que tiene que acudir a la cita con su amigo. Nos levantamos de la mesa. Le doy las gracias por el desayuno y él a mí por la hospitalidad. Ya en la puerta nuestras miradas se quedan enhebradas la una en la otra. Nos acercamos. Las bocas, la suya y la mía, se aproximan entreabiertas. Mi pubis y su sexo se quedan pegados, como dos imanes. El deseo se me desata al tiempo que él hace lo mismo con el cinturón de mi bata. Aparece mi cuerpo desnudo, recién duchado, fresco, y el efecto que esa visión produce sobre él hace que sus ojos se cierren ligeramente, que su cara se transforme en una expresión de animal, capaz de todo por conservar su presa, que sus brazos y manos me rodeen, me midan, me hurguen, me palpen... que me lama, me chupe, me huela, con un ansia que, por un momento, me hace recordar mis temores nocturnos. Pero eso dura poco. Se para, me mira, sonrío, me acaricia la cara, me besa suavemente, me coge por las piernas, me levanta y me lleva a la habitación donde ha dormido, me tumba con delicadeza sobre la cama, se abre el pantalón y saca su pene a punto. Le pongo un preservativo con mi boca, se tumba sobre mí y entra despacio, casi con cariño, se mueve lento, profundo, y me dice:

–Sabía que esto iba a pasar.

Yo, pasiva durante todo este rato, sigo el ritmo que él me marca y, cada vez con más ganas, como su boca, que sabe bien y olvido la mala noche y gozo la buena mañana y él olvida su cita y mis gemidos se ponen a la altura de los suyos.

Julio se acaba de ir. Yo, aún sobre la cama, me siento cansada, pero también relajada y contenta. Antes de dejarme, ha dicho:

–Te llamaré.
–Te estaré esperando –le he respondido.

Me levanto, me ducho de nuevo, me visto y me dispongo a coger las sábanas en las que él ha dormido y en las que hemos retozado felizmente, para ponerlas en la lavadora. Levanto la almohada y veo un folio arrugado en el que hay varias frases escritas. Extrañada, me pongo a leer. En el segundo que me cuesta alisar el papel pienso que me ha dejado alguna frase de agradecimiento y sonrío complacida de antemano por el detalle. En letras grandes, me hace, mejor dicho, se hace una pregunta que tengo que leer varias veces para comprender.

“¿POR QUÉ NO TE HE MATADO?”. Sigo leyendo como una autómatas. “No te he matado porque hay mujeres víctimas y otras que no lo son. Tú no lo eres. Y ahora te voy a follar. Sí, te voy a follar justo en esta cama.”

Después de unos segundos de aturdimiento, tengo que sentarme. Las piernas me tiemblan demasiado. Vuelvo a leer el mensaje con la vista nublada. Me vienen a la mente los temores de la noche y, cuando consigo ordenar mis neuronas, me levanto todo lo rápido que puedo. Dando tumbos voy hacia la puerta, echo el cerrojo, doy todas las vueltas posibles a la llave y me vuelvo a sentar, ahora en el suelo. Soy consciente de que la nota ya la había escrito cuando nos hemos

encontrado en la cocina. He estado hablando, desayunando y, como dice él, follando en mi propia casa, con un asesino. Con alguien que seguramente ya ha matado. He tenido sus manos acariciando mi cuerpo. Unas manos que me han dado placer, que es muy probable que hayan matado a alguna mujer.

Estos pensamientos me llenan de espanto. No sé el tiempo que permanezco así y pasan por mi cabeza las ideas más dispares. Desde que es una broma pesada hasta que todas mis angustias y miedos durante la noche estaban fundados en un presentimiento cierto. He estado cara a cara y cuerpo con cuerpo con la muerte. ¿Y la historia del atraco? ¿Y la herida en la cara? ¿He sido tan confiada que me he dejado engañar de una manera que casi me cuesta la vida? ¡La policía! Voy a ir rápidamente con la nota... Pero, si voy, tendré que explicar todo desde el principio mis relaciones con hombres de "la página". No puedo hacer eso. Soy muy conocida en la ciudad. No puedo hacerlo y él, Julio, Tedbundo, o como quiera que se llame, lo sabe.

Nunca me había sentido tan perdida ni tan indefensa. Se lo contaré a Irene, pero ella no podrá hacer nada por mí. Nadie podrá hacer nada por mí. Me levanto con dificultad, como si de pronto hubiese cumplido cien años. ¿Y si solo es una broma pesada? ¿O si en realidad es uno de esos locos que andan sueltos por Internet y solo quiere asustar a las mujeres? Pero esos presentimientos de la noche... Antes de irse dijo que me llamaría. Si llama, ¿qué hago? No querría coger el teléfono, pero tengo que sacar algo en claro de esa llamada. Según lo que me diga, sabré si solo es un demente o si, además, es peligroso.

No me atrevo a salir, tengo miedo, aunque también él sabe dónde vivo y que la mayor parte del tiempo estoy sola. Poco después, mucho antes de lo que yo pensaba, suena el móvil. Número oculto. Nada más cogerlo, una voz de hombre, su voz, pregunta:

—¿Eva?

—Sí —respondo procurando no echarme a temblar.

Solo él habla, casi sin hacer pausas, sin entonación apenas, como rezando una letanía:

—Ya ves que soy un hombre de palabra. Dije que te llamaría y te llamo. Qué bien lo hemos pasado ¿verdad? Has sido tan amable conmigo que no voy a dejarte con todos los interrogantes que te habrán asaltado después de leer mi nota. Además puedo hablarte con franqueza porque estoy seguro de que no irás a la policía. Te gusta demasiado tu forma de vida para ponerla en riesgo. Sobre todo por tu marido y tu hijo. Sería un golpe para ellos ¿no crees? Bueno, pues ya habrás comprendido que te mentí desde el primer momento. En realidad nada estaba planeado.

Le escucho en silencio, sentada en el suelo, con enormes lagrimones rodándome por las mejillas.

—Llevaba tiempo inactivo y estaba impaciente por poner en marcha mi inteligencia y sangre fría —continuó—. Decidí contarte lo del robo, que siempre funciona bien y hace despertar el instinto

protector en algunas mujeres. Justo el día antes de encontrarnos, tuve un accidente con una puerta y eso, que me produjo una pequeña herida, daba más veracidad a la historia. Cuando te vi entrar en el café, sufrí una gran decepción porque no eras el tipo de mujer que me gusta para mi trabajo de carnicero. No eras una víctima. Parecías segura de ti, de las que van de frente y rara vez tienen miedo. El miedo, mi inspiración y mi fuerza. Pensé en irme enseguida, pero se me ocurrió la idea de prolongar el juego. Algo había en ti que me atrajo, una especie de desafío que vi en tu mirada, un reto, una seguridad que no había visto en otras mujeres. –Hasta entonces, pensaba en tomar una copa contigo y dejarte para otro día. Ya había quedado para pasar la noche con otra mujer que había conocido anteriormente en “la página” –Continúa sin darse un respiro–y con la que ya había estado varias veces. Sería mi próxima víctima, en el caso de que finalmente no lo fueras tú. Ahora lo comprendes ¿verdad? No llamé a un amigo ni anulé las tarjetas que supuestamente me habían robado. Hablé con ella desde tu móvil en el bar donde tú y yo nos encontramos y... cual fue mi sorpresa cuando al marcar el nº de esa mujer, apareció, en la pantalla un nombre: Irene. Eso significaba que tú la conocías y probablemente seríais amigas.

Sentí un escalofrío y nauseas. Comprendí que este loco o este asesino, había contactado con mi amiga, ¡mi amiga Irene! ¡Esa terrible casualidad hacía que ella también estuviese en peligro!

–Después, tu amiga –continuó diciendo –enfadada porque no acudí a la cita, me devolvió la llamada a ese mismo número, es decir, al tuyo. Yo me había quedado deliberadamente con tu móvil, por si llamaba. Veo que no lo usas mucho. Nadie más llamó y tampoco tú lo echaste en falta.

–El hecho de que tú la conocieses, me planteó un problema: si te hubiese matado a ti, ella sabría que yo era el asesino, puesto que la llamé con tu móvil. Si fuese ella mi víctima, tú sabrías que la habría matado yo, porque la llamada que le hice, quedó registrada también en tu móvil. En ningún momento se me pasó por la cabeza que os pudieseis conocer y por eso, decidí llamarla con tu teléfono. No podía hacerlo con el mío, aunque lo tenía. La policía hubiese localizado la llamada.

Hubiese querido grabar ese borbotón de palabras. Estaba aturdida, tenía que hacer un enorme esfuerzo para comprenderlas y, sobre todo, para que no me oyese llorar. No podía interrumpirle y tampoco sabría que decirle. Él tenía el poder.

–No sé qué pensaste cuando llamó tan tarde, pero no acudiste a mi habitación y todo pudo continuar perfectamente. ¿Qué hubiese pasado si hubieses entrado? No lo sé, quizás ahora no estarías viva.

Mis labios temblaron. No quería escuchar más, pero tampoco podía dejar de hacerlo. Él, seguía hablando.

–Quería meterme en tu casa para, esa misma noche o a la mañana siguiente, poder hacer mi trabajo. Pero, como ya te he dicho, no me inspirabas demasiado. El tiempo pasaba y no me sentía atraído por ti en ese sentido. Pero sí en el otro. Decidí seguir con el juego un poco más, engañarte hasta el final, poner a prueba mi capacidad de seducción. Al fin y al cabo, la muerte y

el sexo, ya sabes, Eros y Thanatos, van muy unidos y yo siento gran atracción por ambos. –A mí se me podrá llamar asesino, pero no violador –continúa –el miedo en los ojos de las mujeres, no me excita sexualmente. Me anima a matarlas y en los tuyos no lo vi en ningún momento. Pero sí vi el deseo, que despertó al mío. Decidí cambiar la sangre por otro tipo de fluidos. Al final, da igual. La cuestión es quedarse satisfecho. Lo conseguí y, a juzgar por tus suspiros, tú disfrutaste tanto o más que yo. Ya ves, a veces hago gozar a las mujeres, a veces las mato... –aquí hace una pausa–después prosigue: –¡Ah! Nunca sabrás si te mentí esta noche o te estoy mintiendo ahora. Nunca sabrás si soy un bromista genial o un asesino. Siento tener que dejarte otra vez con la duda.

Y colgó.

Por suerte para mí, –pensé–no se me ha ocurrido esta mañana contarle mis temores nocturnos. Por los datos que me ha dado: “mi próxima víctima”, “llevaba tiempo inactivo”, “a veces las mato”, se trataría de un asesino en serie. Afortunadamente para él, Irene se maneja fatal con el móvil y sigue utilizando el fijo siempre que puede. Ni siquiera tiene lista de contactos, por lo que no advirtió que el número que le llamaba era el mío.

Miro todas las noticias de crímenes de mujeres en España en los últimos años, para verificar si su historia es cierta e Irene, pudiese estar en peligro. En ese caso, tendría que ir forzosamente a denunciarlo a la policía. No encuentro nada que remotamente pudiera relacionarle. Ni siquiera que se hayan producido dos casos con alguna similitud. En Francia, esa misma mañana habían cogido al asesino de Perpignan. Eso me hace confiar en que todo ha sido un juego macabro y decido olvidarlo lo antes posible.

Seguramente un loco, un loco inteligente y peligroso, se ha divertido con nosotras, maquinando un plan que me ha hecho pasar el peor día de mi vida. Espero que sea así, que solo sea eso. O tal vez se trataba de un “iluminado” que quería dar un escarmiento a las mujeres que no vivimos bajo las reglas impuestas por las “buenas costumbres”. Es probable que no sea la primera ni la última mujer que frecuenta esta clase de páginas y sufre una “broma” tan absurda y desagradable como esta.

IRENE

Miro el reloj y ya son las once de la mañana. Me estiro, aún en albornoz y me dirijo al ordenador para mirar el correo: tengo un mail de Eva. Me fijo en la hora: ¡las 3 de la madrugada! Eva me estaba escribiendo a las tres de la madrugada, quizás quiera contarme el buen polvo que echó anoche... No sé si lo podré soportar. Vuelvo a la cocina y enciendo otro cigarrillo.

Me pierdo en mis pensamientos otra vez, y los días de villa Victoria acuden a mi memoria como el agua que mana de una fuente. El último cuaderno es el rojo y la historia está sin acabar. Me entran tentaciones de coger un bolígrafo, y no mi pluma, para poner un final espectacular. Pero solo escribo en los silencios de las noches y mi mano se desliza sin esfuerzo sobre el papel en blanco.

El nombre de J. lo desconozco, pero su Nick es Tedbundo, ni siquiera le pregunté por qué.

Tedbundo

Un murmullo encaramado a la ventana me despertó por sorpresa. El día anterior había podado los setos y cortado la hierba y me dolía todo el cuerpo. Me estiré levantando los brazos y un crujido en los riñones me recordó las agujetas de los primeros días de gimnasia. Mi actividad no tenía límites. Habría necesitado días de cuarenta y ocho horas para poder hacer más. Estaba disfrutando de una época donde mi creatividad se soltaba a raudales en las mezclas de los colores o en un seto recortado. Sin objetivo alguno. El placer del hacer por hacer.

Estaba instalada en la casa familiar, deshabitada desde que murieron los abuelos y que se había convertido en una multipropiedad vacacional entre los nietos. Desde hacía más de un año mantenía una relación estable y satisfactoria con mi pareja. Había abandonado “la página”, esas historias pasajeras y excitantes llegaron a cansarme. Por un tiempo deseé el descanso del guerrero y surgió, sin más ni más, me río si pienso que fue en la parada del autobús nuestro encuentro, pero así pasó con Enrique.

Él tenía que estar cuatro meses en Sudamérica, yo no pude ni quise acompañarle. Pensé que un tiempo separados nos vendría bien. Me daba terror llegar un día a la fase del aburrimiento. Nuestro deseo generoso de cultivar en pareja “el huerto” fue solo eso, un deseo, porque Cándido (nuestro primer punto de encuentro se fijó gracias a Voltaire) se refería a otro huerto, al personal e intransferible, ninguno ubicado en un lugar exterior. Los cultivos entre dos conducen a que uno sea devorado por el otro. Los dos lo sabíamos bien.

Volver yo sola al escenario de la infancia me había despertado los sentidos. De manera inconsciente, comencé a poner la casa en el mismo orden que mis recuerdos. Era muy grande y había sufrido distintas avalanchas decorativas con el paso del tiempo. Una cosa me llevaba a la otra hasta que pasé de los detalles a tareas mayores y subí a los graneros donde encontré sillas

y sillones, mesas y percheros y, en una fiebre restauradora, comencé a lijar y encolar los muebles abandonados. Frecuentaba la droguería para comprar trementina, barnices, pinturas a medida que las necesitaba. Nunca me he preocupado de ejercer de ama de casa, mi nivel de exigencia es muy discreto en ese terreno, pero en mis recuerdos familiares aparecía una limpieza exquisita y a ello dedicaba gran parte de mi tiempo, con un rigor que me hacía pasar el trapo una y otra vez hasta dejarlo todo reluciente, sin una mota de polvo. Aún tardé en quitar los rastrojos del huerto, pero una vez olida la tierra no pude parar. Cambié las visitas a la droguería por las visitas al vivero.

Sabía que mi trabajo no tendría una prolongación en el tiempo y todo volvería al abandono. Pero proseguía mi tarea, abducida por ese placer de hacer y alcanzar un punto de perfección. La plenitud crecía entre los montones de hojas recogidas, entre las lámparas impecables y las cortinas planchadas.

A las nueve de la mañana de un lunes sonó el móvil. A las doce en punto acudí a una cita a ciegas. Curioseaba en Internet y me acordé de “la página”. Hacía meses que no entraba y pensé que ya no quedaría rastro de mí. Pero no, ahí seguía mi perfil intacto. Seleccioné el mínimo de exigencias, como la edad, el nivel de formación y estatura y marqué el buscador por saber de los hombres dispuestos a una infidelidad en esa zona. Dos parecían interesantes y, sin más preámbulo, les mandé un mensaje proponiendo tomar un café. Decía estar ahí temporalmente y apuntaba un número de teléfono. No me vendría mal salir un poco, poder hablar con alguien. La voz que oí a través del móvil era extraordinariamente bella. No recuerdo ni una palabra de la conversación, pero dos horas más tarde me dirigía a su encuentro.

–Nada más verme supiste que me ibas a follar.
–Sí –contesté.

La primera semilla lanzada a la Red quiso germinar a su manera y quedé cautiva de una incoherencia personal. Porque mis infidelidades siempre fueron escasas y no muy satisfactorias. Como mucho, acababan en el cariño y en un sexo más fugaz que apasionado. Mis deseos más íntimos, en ausencia de Enrique, acababan por recibir satisfacción por mí misma y tenía poca o ninguna fe en encontrar a alguien capaz de superar mis destrezas. Una vez más volví a equivocarme. El deseo de devorar y ser devorada se confirmó en el mismo segundo en que J. hizo un paréntesis en un largo monólogo para decir:

–¡Has despertado mi deseo!

Yo no dejaba de mirarle, pero él hablaba y hablaba distraído, sin posar la vista, hasta que pronunció la palabra deseo.

–¡Qué bien! –exclamé con voz saltarina.

Aquello no fue despertar, aquello, para mí, se convirtió en un auténtico descubrimiento. Conocí por primera vez la atracción imperiosa de un pene. Y me puse a adorarlo. Anulé cualquier

vestigio de razonamiento y me entregué, en el sentido más literal, a ese hombre, al que recorrí con mis manos, con mi lengua, con mis pechos hinchados, con mi cuerpo entero. Pero mi meta en esos trayectos era alcanzar el falo y comerlo. Insaciable, mi boca se enroscaba en el mejor de los caramelos y segregaba círculos dadivosos. Su saliva también acudía a mi vulva y el mismo movimiento de mi pelvis se trasladaba a unas lenguas desbocadas.

En el primer golpe de vista me recordó a Carmelo, mi primer amante. Podrían haber sido hermanos. Carmelo el responsable, el bueno y complaciente. J., el malo, el vividor, el amigo de los mundos marginales. El encantador. Su voz embaucaba como la mirada de una serpiente.

Tras el primer maratón sobre una colcha ajena, me sentí relajada y satisfecha. La conversación no me interesaba nada, tan solo pretendía un buen contacto de piel y dejarme llevar por la música. J. hablaba y decía cosas aburridas o estrambóticas, hasta el punto que propuse marcharnos. Pero no nos fuimos. Y el segundo abrazo me esclavizó. Estaba tan segura de su llamada que solo de pensarlo mi vientre se alborotaba y mojaba las bragas. Por eso mismo tenía miedo. Si le veía otra vez, si una vez más su pene erecto se acercaba a mi boca, lo recibiría, lubricando con mi saliva su goce y el mío. Si oía otra vez su voz, como un robot obediente cumpliría órdenes y deseos.

–Somos dos piezas sueltas de un puzle y sin buscarnos hemos encajado, esas cosas pasan
–comenté rendida a la evidencia.

Todos nuestros puntos erógenos se acoplaban a la perfección como una obra de maestro artesano. Nuestros placeres se retroalimentaban. Su voz de mando exigiendo más me excitaba hasta la locura, mi entrega catártica azuzaba el deseo hasta que entraba en mí y me llenaba.

–Mi hembra..., mi hembra...

Retrasaba el momento de marcharme de villa Victoria, aunque dejé de ocuparme de ella. Todo mi hacer, toda mi pasión, toda mi creatividad, todos mis objetivos se centraron en J.. Él tenía menos disponibilidad de horario, así que debía esperar su llamada y acudir. El fin de semana me quedé en casa. El lunes a primera hora le esperaba. Cansada de hoteles con ventanas oscuras, le había abierto mi casa. Me resistía a ello por el prejuicio del qué dirán, la casa no dejaba de ser un santuario familiar donde se paseaba todavía el espíritu del abuelo portando el estandarte del honor y la honra, prioritarios en su escala de valores.

Pero le di instrucciones de cómo entrar clandestinamente y así lo hizo. El fin de semana no trabajé nada. Me dediqué por completo a mi cuerpo para embellecerlo. Me miraba en el espejo, desnuda, después de recibir un tostado integral de sol. Me gustaba verme, los pechos morenos y provocadores me invitaron a tocarlos. Eran hermosos y con el tacto de mis manos los pezones crecieron. Se los ofrecía a J. y para él los masajeeé. Deslicé una mano con suavidad, como para pillarlo por sorpresa, y toqué el clítoris, abultado como una cereza madura. Centré mi visión en él y me acerqué al espejo para regocijarme. Mi dedo índice lo acariciaba mojado en los pliegues naturales. Mi hacer conmigo misma adquirió una nueva dimensión. El placer de mi

onanismo no tenía nada que envidiar al provocado por mi amante. A él le debía sin duda que mi cuerpo, olvidado los últimos meses por la ausencia de Enrique, se hubiera convertido en un manantial de burbujas. A él le daba todo. Soy multiorgásmica, no siempre, pero sí con J. Con él cada contacto se convertía en una corriente voluptuosa que pedía más y más.

El espejo seguía reflejando mis actos impuros pero yo ya no veía nada. El suspiro escapado de mi boca se extendió por la alfombra de la abuela y despertó todas las carnes ancestrales que se habían apareado en esa misma estancia. Caí desmadejada sobre la cama. Mi mano seguía atenta a las terminaciones nerviosas concentradas en la explosiva cavidad. Apenas un ligero roce y otro círculo volvió a ensancharse... Y otro... Y más, más... Si mi récord estaba en tres o cuatro orgasmos, ahora, resultado de ese hacer, emulando fantasías y perdiendo la honra una y otra vez, dejé de contar en el número siete. Porque hubo más.

El lunes desperté temprano. J. no iba a venir. Me duché, me lavé el pelo y me entretuve con el cepillo y el secador. No había llamado en todo el fin de semana. Cambié las sábanas, me maquillé. Debía estar a punto de sonar. Seleccioné un vestido blanco. Las 9.20 y nadie me reclamaba. Me propuse con firmeza no mirar ni tocar el teléfono. No. A las 9.27 marqué su número.

–Hola preciosa –, ahora te iba a llamar –sonó más falso que el "preciosa...".
–Yo ya no puedo quedar en toda la semana –le espeté herida.
–¿Cuándo te vas?
–El 17 –aventuré una fecha al azar.
–¡Ah! pensaba que te ibas antes... Hay tiempo... Guárdame ausencias...

Los platos se apilaban en el fregadero, los cojines del sofá se hundían y no los ahuecaba. Lo dejé todo en manos de Dolores, que venía dos veces a la semana. Me sentaba frente al ordenador y no avanzaba con mis escritos. Buscaba mi sitio y, no lo encontraba. Debía sacar el trabajo adelante, no tenía ninguna complicación, pero no podía. Las primeras semanas había entregado todo mi tiempo a los muebles y el huerto. Luego descubrí a una hembra nueva. Y ya solo era hembra. Si no era capaz de concentrarme en el trabajo, tendría que dejar la casa.

En toda la semana no podía llamarle. A mi hombre, a quien acompañaría al mismo infierno si me lo pidiera. J. se sintió atraído por mi cuerpo de mujer, por mi culo, por mi boca. En el primer encuentro, el del café en la plaza, me vestí moderada. No sabía con quién podía encontrarme. En la cita del día siguiente, aquella en que me recogió en la puerta de la iglesia, marcaba curvas y al sentarme en el coche, cruce las piernas y la escasa falda se subió arrugada. Apenas conocía de mí el nombre, y podía ser falso. Cuando ya nos habíamos revolcado y lamido, cuando sus pezones de hombre ya estaban marcados por mis mordiscos y reclamaba más, cuando mis pechos se hundían en su boca y sazónaba con olores mis deseos de satisfacerle, cuando ya la excitación de ser su esclava me hacía perder el sentido, era yo quien no conocía ni mi nombre. ¡Oh, cómo me gustaba eso! No saber nada del otro añadía más excitación a este sexo salvaje. Si hubiera sido posible ocultar nuestros rostros, nuestros ojos...

–Blanco, Blancoooooooooooooo.

Corría por el pinar cuesta arriba, y yo detrás. El perro no atendía a razones y el olor de la Lula guiaba su instinto. El Blanco, el perro de Dolores, me salvó de caer en una enfermedad. Lo traía las mañanas que venía a limpiar y, a veces, yo lo sacaba a pasear. Se alegraba cada vez que me veía y fomentaba ese cariño con pequeños caprichos culinarios. Dolores consideraba la casa demasiado grande para una mujer sola y acabó por dejar al Blanco para protegerme. Aquella semana de espera, de tener un solo pensamiento (¡llama, llama, J., llamaaaa!) cogía al Blanco y me lo llevaba a los pinos.

Al segundo día llamé yo y no contestó. Volví a “la página”, único modo que me quedaba de conectar, para comprobar que todos los días entraba él y a mí nada me decía. Espiaba y dejaba huella. J. conocía todas las veces que le miraba. ¿Estaba conociendo a otra? ¿Ya se había cansado de mí? Claro que sabía que esto iba a suceder, era condición sine qua non de ese tipo de relación. Sin más objetivo que el instante. Como el remozo de la casa, destinados al abandono. Pero no había contemplado el supuesto de ser yo la abandonada. La que marcara números sin respuesta, la que vigilaba y escribía mensajes a ciegas. Debería marcharme y terminar el trabajo en mi casa. Casi no tenía aliento cuando alcancé al perro. El Blanco y la Lula en celo estaban concibiendo una nueva camada de perrillos blancos y negros. Empezamos el regreso, el Blanco se mantenía a mi lado satisfecho, con el rabo en alto, cuando sonó el móvil.

–Irene –la voz de Eva, al otro lado de la línea, me llegó como un salvavidas.
–¡Eva, qué alegría!
–¿Puedo ir a verte el sábado?, necesito hablar contigo.
–Y yo contigo, Eva, ven, ven por favor...

El poder de la mente es incalculable. Todo sucede en ella. Continué bajando la cuesta y mis pensamientos dieron un giro de 180°. Cuando llegué a la casa, J. se había convertido en un recuerdo sin dolor. La aventura había llegado a su fin y estaba bien así. Usé un argumento sencillo, todo lo que sube rápido baja al mismo ritmo. Esta historia solo podía llevarme al desequilibrio.

Me concentré en el trabajo, quería tener tiempo libre para hablar largo y tendido, nunca mejor dicho, con mi amiga.

El fin de semana con Eva me había devuelto a mi realidad, villa Victoria ya no tenía ningún sentido para mí y el domingo decidí volver a casa, a la ciudad, al horario, a la rutina.

El lunes a las nueve de la mañana sonó el móvil.

–Irene –J. volvía a llenarme los oídos–Irene, no sé cómo he podido sobrevivir sin ti toda una semana –yo seguía muda, no podía creer lo que escuchaba–¿Podemos vernos ahora?

Recordé que fui yo la que había puesto veto a esos días por puro orgullo. Toda mi decisión se

desmoronaba al oír la voz cálida y ahora más amorosa de J.

No quería pensar en nada, pero él estaba ahí. La urgencia de volver a verle me agitaba. Su hermoso pene hincado en mis nalgas, mi activa boca saciada.... Un latido insistente me ahogaba.

Y le digo que quiero volver a verle, que me parece bien el viernes, el viernes por la noche... sí, en mi casa.

Dejo el inacabado cuaderno rojo sobre la mesa. Me siento una estúpida por haberle dicho que quería volver a verle. La historia con Tedbundy ha acabado de la peor forma posible. Sintiéndome más tonta que una adolescente plantada en un baile. Pero ¿cómo he podido caer en la trampa de un seductor que te llama preciosa?

El ordenador encendido me recuerda que tengo el mail de Eva sin leer. Me acerco a la pantalla y vuelvo a mirar la hora de envío: 3.31

Abro el correo con la intención de echarle un vistazo, rápido, no quiero detalles de su noche con J.

No doy crédito a lo que leo. Acaba diciendo "otros te contarán el final" La palabra final resuena en mi cabeza. Final, final... y los ojos se me van haciendo más y más grandes a medida que perciben todo el mensaje de Eva. Casi leo en diagonal: Tebundy, Julio, J. ¡Era yo la que llamaba a las dos de la mañana!

Rápidamente llamo a Eva y está comunicando ¿Habla ella o habla él? ¿Qué le habrá hecho? Me visto con la rapidez del rayo y sin pararme en ningún espejo me lanzo a la calle, el instinto me hace mirar a todos los lados ¡yo también puedo ser víctima! Después de Eva seguro que viene a por mí. Intento parar un taxi sin dejar de caminar por el bordillo de la acera, al acecho de uno libre.

Tengo prisa por saber qué le está ocurriendo a Eva, quién es ese hombre hipnotizador. Eva tiene miedo, hasta ahora hemos controlado todas las situaciones, yo también tengo miedo. Más bien estoy aterrada. Los maniáticos existen y son inteligentes. Deseo con todas mis fuerzas que mi amiga esté bien. Algo terrible puede haber sucedido.

–¡Taxi!

Cuando voy a abrir la puerta del coche se me adelanta una mano. Vuelvo la cara y los ojos de J. se quedan clavados en los míos. Doy un grito ahogado. Debe de ser cierto eso que dicen que un segundo antes de morir ves pasar toda tu vida por delante. Yo la vi. El fin, el final que decía Eva.

-¿Después de Eva vienes a por mí? –acierta a decir sin quitarle la vista de encima.

Antes de que J. Julio pueda darme una respuesta el móvil que llevo en la mano se pone a sonar:
¡Eva!

–Eva, Eva –sí, es ella –Eva ¿Estás bien?... ¿Sí? ... Yo también, sí, estoy bien... ¿estás en casa?...
Voy para allá.

Al oír el nombre de Eva, Julio ha empezado a alejarse por la acera. Camina despacio, parece derrotado. Me doy cuenta de que su chupa está muy desgastada.

EPÍLOGO

Ha pasado el tiempo. Tedbundo/Julio no ha vuelto a aparecer. Eva e Irene viven tranquilas, aunque a veces todavía miran instintivamente a su alrededor.

La terraza es perfecta, se abre a un espacio infinito. Las dos mujeres se han quedado dormidas en las tumbonas. A media tarde Eva se levanta y aprovecha para recoger los últimos platos de la comida. Al poco vuelve con dos gin tonic cargaditos de hielo. No pueden evitar sentirse unas privilegiadas.

–¿Tú crees que Tedbundo era un asesino? –pregunta Eva todavía con la duda zumbando por su cabeza.

–No lo sé, no lo sé y prefiero no pensar más en ello. Te aseguro, –añade Irene con mucha dignidad –que al próximo amante le pediré carnet de identidad y currículos.

Eva asiente con la cabeza, levanta su copa y bebe un trago largo

–¿Y tú? ¿Vas a volver a entrar en “la página”?

Las palabras de Irene parecen haber caído en el vacío.

Eva tarda unos minutos en responderle y piensa en los hombres que, de una u otra forma, han aportado el placer, la diversión y la emoción a su vida. Recuerda a Jorge, el amante de los dulces, a Robert, con las exhibiciones en la webcam y la aventura en el tren con las monjas, a Javier, el fotógrafo del que conserva un recuerdo agridulce, a Víctor, el joven que quiso que le pervirtiera, a Luca, del que casi se enamoró y con el que pasó meses, yendo del lujo más refinado a la perversión más perturbadora, y a Rafael, el músico dotado artística y genitualmente pero desgraciado en su vida personal... De todos había aprendido algo y, seguramente, ellos de ella. Le habían enseñado a conocer su cuerpo y sus reacciones ante los estímulos que le procuraban y también había habido afecto y cariño entre ellos. Una vez que ya tiene claro el diagnóstico, responde riendo a la pregunta de Irene:

–Sí, volveré a “la página” pero ya nunca más confiaré en nadie que me cuente que le han asaltado.

Irene le acompaña con su risa cómplice mientras Eva enciende el ordenador. Se fija en uno de los nuevos anunciantes y dice:

–Mira, este parece interesante ¿le escribes tú o le escribo yo?

“Hombre, con pareja, cincuenta años, amante de los libros y el arte, con alto impulso sexual, busca mujer con las mismas características, para huir de la monotonía y pasar momentos agradables”.

–Le escribo yo –se dice a sí misma:

De: Eva <

eva340a@hotmail.com

>

Fecha: 10 de enero de 2013 13:10:23 GMT+01:00

Para: <

dedalo@yahoo.com

>

“Hola Dédalo, soy Eva340a@”...

AGRADECIMIENTOS

A Antonio Altarriba por su tiempo y buenos consejos.

A Estela por su infinita paciencia con sus correcciones.

A los amigos que nos iban leyendo y animando.

A los hombres y mujeres que conocimos por la Red